¿Qué es el Socialismo Nacional?

Norberto Galasso

(Germinal Ediciones

Galasso, Norberto
¿Qué es el socialismo nacional? - 1a ed. - Rosario : Germinal Ediciones, 2010.
152 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-24418-2-1

1. Historia Política. I. Título
CDD 320.53

Primera edición: 1973, Ediciones Ayacucho, Buenos Aires

© 2010 • Germinal Ediciones
Sarmiento 939 • Rosario • Santa Fe • Argentina
Tel: 54 341 4403033
E-mail: germinallibros@uolsinectis.com.ar

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723
Prohibida su reproducción total o parcial

ISBN N° 978-987-24418-2-1

Diseño Editorial y tapa: Estudio Metonimia | Lucas Mililli
www.estudiometonimia.com.ar | info@estudiometonirnia.corn.ar

Corrección: Esteban Langhi

Este libro se terminó de imprimir en abril de 2010
en ART de Daniel Pesce y David Beresi SH. • San Lorenzo 3255
Tel. 0341 4391478 • 2000 Rosario • Santa Fe • Argentina

Advertencia del autor

La expresión «Socialismo Nacional» ha sido preferida en este libro a otras que, desde una ortodoxia ideológica, pueden parecer más correctas: socialismo, socialismo de raíz nacional, socialismo del mundo colonial. Me he decidido por la que da título al libro para remarcar las diferencias con aquellas corrientes «socialistas» que desconocen la cuestión nacional existente en la Argentina y que pretenden importar mecánicamente experiencias revolucionarias lejanas, sin reparar en las condiciones específicas de la Argentina y de América latina.

NORBERTO GALASSO, 1973

Prólogo

Norberto Galasso no merece mayor presentación. Su obra, enorme y variada, se ha consolidado a través de los años convirtiéndose en una de las más ricas de nuestra cultura nacional.

Casi en soledad, en brega contra las academias y el sistema de enajenación cultural que representan la colonización pedagógica ha llevado su mensaje nacional y popular a varias carnadas de argentinos y latinoamericanos.

Este libro «¿Qué es el socialismo nacional?», es una prueba de la aptitud de Norberto para explicar los temas más complicados con una sencillez sorprendente. Escrito con la idea de incidir en los acontecimientos de mediados de los 70, a más de 30 años de elaborado mantiene toda su actualidad.

Más allá de aspectos anecdóticos o referencias de época, sigue siendo un material de interés para aquellos que buscamos una América Latina unida bajo las ideas del socialismo.

La actual realidad continental, con gobiernos nacionales y populares en el poder, le da a este texto una vigencia palpitante. ¿Qué son Hugo Chávez o Evo Morales sino socialistas nacionales del siglo 21?

Y un aspecto muy importante que no quiero obviar en este breve introito: la vigencia del marxismo como concepción del mundo. Norberto nos explica en el capítulo

agregado a la nueva edición que sólo el marxismo nos puede dar la clave para entender el derrumbe del «socialismo real», y como si esto fuera poco, en plena crisis del capitalismo en escala mundial, el análisis de Marx nos da una explicación global de la hecatombe a la que estamos asistiendo.

Por supuesto, el marxismo vivo no es el osificado de las academias y manuales, sino aquel que toma de la lucha de clases cotidiana su fuente de vida y existencia. En esta tradición se encuentra el libro del maestro y amigo.

Una obra que aspira a introducir a los jóvenes en el socialismo latinoamericano y a los «viejos» ayudarnos a clarificar nuestras ideas para proseguir la lucha por un mundo sin verdugos ni explotadores.

GUSTAVO BATTISTONI

Prólogo del autor

Este ensayo acerca del Socialismo Nacional fue redactado entre marzo y octubre de 1973, no desde la torre de marfil, ni desde alguna silenciosa y acogedora biblioteca, sino al tiempo que el autor participaba activamente en las tumultuosas movilizaciones populares de esos meses: desde el festejo del triunfo electoral del 11 de marzo hasta el nuevo triunfo del 23 de setiembre, pasando sucesivamente por la pueblada del 25 de mayo, la concentración del 20 de junio en Ezeiza, la manifestación de 21 de julio, el acto en el estadio de Atlanta del 22 de agosto y el desfile de trabajadores y Juventud frente a un balcón de la CGT , el 31 de agosto, desde donde saludaba Perón.

Por esta razón, el lector advertirá que a menudo el corazón del militante se sobrepuso al cerebro del ensayista. Creíamos que estábamos a punto de asaltar el cielo y el entusiasmo desbordante nos obnubilaba, a veces, tanto para apreciar los obstáculos que oponía el enemigo, como las debilidades del propio campo popular.

Para alguien definido ideológicamente en la Izquierda Nacional -que desde 1965 había colaborado con el Partido Socialista de la Izquierda Nacional orientado por Jorge Abelardo Ramos y del cual se había apartado en 1971 por diferencias en la metodología de construcción política-

no existía posibilidad de integración auténtica al peronismo enjundioso que regresaba al poder. Pero sí existía la posibilidad de aportar algunas reflexiones a ese importantísimo fenómeno de masas que se venía dando desde 1969: la radicalización y aún más, la nacionalización de amplios sectores medios que rompían su subordinación ideológica respecto a la clase dominante.

Por eso, este ensayo se escribió desde una perspectiva independiente, aunque, el entusiasmo y el optimismo militante que lo nutría produjo, más de una vez, que se lo considerase el trabajo de un compañero de ruta de Jotapé-Montoneros. Recuerdo con pesar una conversación con Daniel, un joven peronista de mi barrio asesinado luego por el «lópezrreguismo», quien me manifestaba su acuerdo casi total con el libro, salvo respecto a la crítica a la metodología «fierrera» que, a mi juicio, reducía la política a la mira de los fusiles.

Las coincidencias eran muchas y la presencia juvenil que desbordaba las calles anunciaba promisorios futuros, por lo cual me colocaba a su lado pero desde la Izquierda Nacional. Es decir, el triunfo del Socialismo Nacional, ahora invocado por el peronismo, era considerado por este ensayo desde la perspectiva de la revolución mundial de los países oprimidos y no desde una supuesta teoría de la «comunidad organizada», superadora del liberalismo y del marxismo.

En esa marea social impresionante que vivíamos, tanto Perón, como sus muchachos, hablaban de «socialismo nacional», pero generalmente no definían rigurosamente el concepto. (El mismo Perón llegaba a sostener que tanto era socialismo nacional el de Mao en China, como el de De Gaulle, en Francia). De ahí que el propósito del ensayo consistiera en aportar algunas reflexiones a la polémica,

especialmente deslindando claramente al «Socialismo Nacional» del Socialismo internacionalista abstracto de la vieja izquierda y asimismo, del nacionalismo democrático (o revolucionario) y del nacionalismo reaccionario.

Luego vino la frustración, los años de plomo y el librito quedó sepultado en un sótano de la librería Hernández, de la calle Corrientes, secuestrado junto a otros textos «subversivos». Ya antes, la Armada se había preocupado por prohibir su circulación a través del Correo colocándolo en una lista de literatura indeseable.

Cuando retornó el juego de la democracia y se eliminaron las fajas de clausura, los pocos ejemplares que quedaban provocaron cierta atención en algunos jóvenes y un librero me sugirió la posibilidad de reeditarlo. Estábamos ya en los noventa, presididos por el Pensamiento Unico, el Fin de la Historia y el Consenso de Washington, con la profunda crisis del marxismo producto de la Perestroika y el desmoronamiento del Muro de Berlín. Si se leía menos a Jauretche, ¿cómo cometer la insensatez de redescubrir mi obra y lanzarla a las librerías para que los comentaristas del sistema le clavaran gozosamente los dientes?

Por otra parte, los dos últimos subcapítulos del libro eran demasiado coyunturales e incurrían en diagnósticos y caracterizaciones que los acontecimientos posteriores revelarían erróneos. Por ejemplo, se consideraba al Gral. Carcagno y a José Ber Gelbard en el campo antipopular, cuando el desplazamiento de ambos abrió camino a los militares golpistas y a los economistas liberales. No se había advertido que con todas sus limitaciones el nacionalismo de Carcagno (Operativo Dorrego y discurso antiimperialista en Caracas) lo convertía en posible aliado, así como que el equipo de Gelbard -con su impuesto a la renta normal potencial de la tierra- delineaba un camino antioligárquico.

Esas diversas razones llevaron a que la obra quedase cubierta por el polvo, en un anaquel de la biblioteca, condenada sólo a ser un testimonio del pasado cuando había nacido con pretensiones de ayudar a alumbrar el futuro.

Pero, en los nuevos tiempos, varios líderes latinoamericanos han comenzado a hablar del «Socialismo del siglo XXI», tanto Evo Morales desde su «Movimiento al Socialismo», apoyado en los descendientes de los pueblos originarios, como Rafael Correa en Ecuador combinando antiimperialismo y Teología de la Liberación, camino que también podría tomar Lugo en Paraguay. Por su parte, Cuba sigue enhiesta demostrando al mundo de qué manera un sistema socialista pueda dar la mejor educación y la mejor salud del planeta y en Venezuela, el comandante Chávez entronca en sus discursos a Martí, Bolívar y San Martín con los maestros del socialismo.

Mientras los grandes países capitalistas sufren una profunda crisis, en América Latina se habla de liberación, unificación, Banco del Sur, moneda latinoamericana, antiimperialismo, UNASUR, comité de defensa latinoamericana y se cuestiona a la propiedad privada.

En este nuevo marco histórico, aquel esperanzado ensayista de 1973 cree que tiene algo que aportar, especialmente cuando las izquierdas abstractas continúan equivocándose, aliándose a los sectores del privilegio, como ocurrió en la Argentina durante el 2008.

Ahí reside el motivo de esta reedición. Con respecto a los cuatro primeros capítulos ensayísticos estoy convencido de que mantienen vigencia y ratifico plenamente las convicciones expuestas acerca de los contenidos fundamentales, en tanto los procesos de Liberación Nacional se consolidarán solamente en la Unión Latinoamericana y construyendo sociedades socialistas.

Con respecto a la parte coyuntural -los dos subcapítulos finales del capítulo V- sería deshonesto de mi parte eliminarlos y reemplazarlos y contar lo que ocurrió con la certeza del periodista que comenta el lunes, lo ocurrido en el partido de fútbol del domingo. Por eso, prefiero reproducir la obra tal cual fue publicada hace 25 años y agregar un apéndice, con reflexiones que intentan explicar el curso lamentable que tomó aquella historia, trágica derrota de terror y muerte, que comenzó el 1ro de julio de 1974 cuando falleció el general Perón.

NORBERTO GALASSO
Mayo 2009

Capítulo 1

a. Liberalismo y socialismo

La Revolución Francesa, entonando himnos gloriosos de «Libertad, Igualdad y Fraternidad», derrumbó aquel año 1789 al decadente mundo feudal. Esa sociedad estratificada y congelada, con señores y siervos, maestros y aprendices, mercados y producciones pequeñas, ornada por nobles y prelados, castillos y escudos, brujos y mitos, quedó atrás. Una nueva organización social irrumpió en la historia. La burguesía, convertida en clase dominante, sometía a los obreros «libres» a una explotación intensísima y zambullía a ese sistema de fábricas e inventos en la vorágine de la reproducción ampliada, hacia un fabuloso crecimiento de las fuerzas productivas. Bajo las amplias banderas de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, el capitalismo se constituyó en dueño y señor de la escena.

Aquellas consignas revolucionarias, que se habían presentado como conquistas de la humanidad toda, adquirieron entonces un cerrado contenido de clase: «Libertad, igualdad y fraternidad» ... para la burguesía. La democracia resultó democracia burguesa, es decir, aparente igualdad política desvirtuada en su base por la desigualdad económica. La «libertad de contratación» significó

libertad para explotar mano de obra pagando míseros salarios. La «libertad de prensa» se redujo a la facultad de publicar ideas para aquellos cuyo poder económico Les permitía poseer un periódico. Los códigos solemnes, escritos con mayúscula bajo la advocación de la justicia universal, se convirtieron simplemente en la justicia burguesa, es decir, la orquestación de un aparato jurídico-policíaco destinado a consolidar el predominio de los capitalistas sobre el resto de la sociedad. La burguesía había llevado la lucha contra los reyes y los nobles enarbolando los más hermosos principios pero, ya en el poder, se había armado hasta los dientes dispuesta a usufructuar durante muchos años sus privilegios. Quien no fuera propietario o por lo menos amanuense de la burguesía en puestos claves -ejército, iglesia, periodismo oficial, politiquería burguesa, aparato estatal, intelectualidad obsecuente- quedaba desprovisto de todo derecho, al margen de toda protección. Así, la sociedad «democrática», nacida bajo banderas igualitarias, se convirtió en su contrario, instaurando a la injusticia social como orden normal, natural, pretendidamente eterno, custodiado por el gendarme.

Sin embargo, la victoria de la burguesía -aparentemente aplastante- llevaba en sí misma los gérmenes de su propia derrota. Cada fábrica instalada significaba un nuevo triunfo del capital, pero al propio tiempo, implicaba un nuevo nucleamiento de obreros, requisito indispensable para su funcionamiento. La burguesía, al poner en marcha su instrumento de explotación, creaba y organizaba, sin quererlo, a su mortal enemigo: el proletariado.

La dialéctica intrínseca del desarrollo histórico armaba a la propia burguesía, para poder vivir, con un enorme cuchillo que era inmanejable y que si bien ahora le permitía alimentarse golosamente, tarde o temprano se volvería

contra ella y la ultimaría sin remedio. A su vez, mientras la burguesía prepotente imprimía su sello a la superestructura cultural, jurídica, filosófica, es decir, al aparato ideológico con que disimulaba su opresión, al mismo tiempo la creciente injusticia social provocaba aquí y allá la protesta popular y junto a ella, las primeras críticas al nuevo sistema de producción. Aquellos que se consideraban hijos de la Revolución Francesa y permanecían fieles al ideario revolucionario veían ahora con profundo desagrado esa apropiación del triunfo por parte de los burgueses ávidos de dinero, entregados en alma y vida a la acumulación del capital y otorgando un mísero contenido de clase a las grandes «verdades» pregonadas por los filósofos enciclopedistas. Sin embargo, estos primeros fiscales del capitalismo achacaban los males existentes al error, al desconocimiento, por parte de los sectores dominantes, de un sistema social superior. Así, creían que bastaría explicar pacientemente las ventajas de otro tipo de organización para que la burguesía regresara a las fuentes puras del 89 y estructurara un mundo armónico junto con los obreros, donde el hombre fuera hermano del hombre. No se trataba, pues -para estos socialistas inocentes- de que el lobo abusase en su provecho engulléndose corderos, sino simplemente de que el pobre lobo desconocía otros medios mejores de vivir y seguramente, si se dialogaba democráticamente con él en el corral, una paz duradera y justa imperaría entre un lobo vegetariano y unos corderos felices.

Sin restar mérito a estas primeras críticas al capitalismo, ese socialismo sentimental de Saint Simón, Fourier y Owen, entre otros, no cuestionaba en sus raíces al sistema implantado. Y sus modelos «humanitarios» -cooperativas, falansterios- no fueron capaces de conmover a la burguesía, ocupada por entonces en mantener en febril actividad

su aparato industrial. Era necesario, en cambio, ir más allá y explicar la naturaleza del capitalismo, su carácter transitorio, su mecanismo de explotación, sus contradicciones internas, es decir, era imprescindible otorgar a esas críticas un nivel científico, poniendo al descubierto las contradicciones mortales del sistema y por ende, la necesidad histórica de su reemplazo por otro sistema social superior, sin explotados, ni explotadores. Esa tarea le correspondió a Carlos Marx.

b. El socialismo científico

El socialismo científico no brota del cerebro de Marx por genial inspiración, sino que las condiciones históricas de mediados del siglo XIX -el desarrollo capitalista, la aparición de la clase obrera y el nivel alcanzado por la ciencia- encarnan el socialismo en el cerebro de Marx. Las críticas al capitalismo y la necesidad de ofrecer soluciones a la clase oprimida brotan por los poros de la sociedad injusta. La idea flota en la atmósfera enrarecida donde el liberalismo burgués proclama el triunfo y la eternidad del nuevo sistema. Carlos Marx -y en segundo término, Federico Engels- son los hombres munidos de las armas intelectuales necesarias para atrapar esa ley de la historia que hasta ahora los hombres ignoran y sin cuyo conocimiento todo el acontecer humano resulta un caos incomprensible.

Influido por el filósofo alemán Feuerbach, Marx rechaza las mitologías, supersticiones y leyendas religiosas (concepciones idealistas) para asumir el materialismo, sosteniendo así que la existencia genera la conciencia, es decir, que la idea no puede existir sin la materia, sino que es consecuencia de ésta. Ese materialismo, llevado al plano de

la historia, le permitirá descubrir que la producción de la vida material (el modo de producir, es decir, la estructura económica y social) determina, en última instancia, la vida espiritual, tanto para los individuos como para las sociedades. No es la ideología burguesa, argumentará Marx, la que genera la sociedad capitalista. Por el contrario, es la forma de producción capitalista la que provoca el mundo ideológico burgués: defensa de la propiedad privada en la legislación, el dinero como medida del prestigio social, el individualismo como norma de conducta preponderante. Es cierto que esos elementos superestructurales reaccionan a su vez sobre la infraestructura, pero finalmente son las condiciones de la vida material -en las clases y en los individuos- las que determinan la vida ideológica.

Pero el materialismo de Feuerbach, estático, mecánico, le resulta insuficiente a Marx para avanzar más allá en sus análisis. La dialéctica -que aprende de su maestro Hegel- es el arma que le permite revelar las leyes del desarrollo histórico. Hegel, filósofo idealista, ha explicado que el mundo (en primer lugar la idea y luego la materia, según su idealismo) está en permanente proceso y que ese desarrollo, generado por los elementos contradictorios que integran toda unidad, no se produce en línea recta, sino en espiral (tesis-antítesis-síntesis y ésta, a su vez, convertida en otra tesis, en un plano superior, enfrenta a otra antítesis generando otra síntesis y así sucesivamente) y que, de tanto en tanto, ese proceso gradual se interrumpe para dar lugar a saltos (aumento de cantidad que se convierte en modificación de calidad: revoluciones en el plano histórico). Estos elementos fundamentales del pensar dialéctico (el proceso, la acción recíproca, la oposición de contrarios y la transformación de cantidad en calidad) le permitían a Hegel explicar el desarrollo ideológico de la humanidad,

pero no la historia humana real. Marx, munido del materialismo sustentado por Feuerbach y los filósofos franceses del siglo XVIII, hace descender a la dialéctica de Hegel de las nubes a la tierra y sienta las bases del materialismo dialéctico.

Es cierto, como decía Hegel, sostiene ahora Marx, que el mundo está en permanente cambio, en proceso y que ese eterno fluir se explica a través de un auto-dinamismo propio, algo así como un motor colocado en el mismo proceso que genera su continua marcha.

Es cierto también que ese elemento dinámico está dado por la coexistencia, en cada unidad, de dos contrarios cuyo enfrentamiento permanente se resuelve generando un tercer elemento, a un mayor nivel, que a su vez se niega de nuevo enfrentando a otro contrario para transformarse en otro nuevo, a un nivel más alto, y así sucesivamente, promoviendo entonces un encadenamiento de causas y efectos que se influyen recíprocamente y que al llegar a determinados aumentos cuantitativos, saltan modificándose cualitativamente para continuar luego en permanente proceso de desarrollo. Pero, objeta Marx, ese desarrollo ocurre en el mundo de las ideas -no por la vida propia e independiente de las ideas, como sostiene Hegel- , sino porque previamente ocurre en el mundo de los objetos y de los seres. Toda la historia humana, dice entonces Marx, es un proceso en el cual los elementos enfrentados son las clases sociales y el autodinamismo del proceso está dado por la lucha entre ellas, resultando las revoluciones los saltos inevitables de cada sistema social a otro superior. Es ese proceso de la lucha de clases el que, a su vez, genera el desarrollo ideológico y no a la inversa, como creía Hegel.

Profundizando estas ideas, Marx completa su concepción del desarrollo del mundo (materialismo dialéctico)

y de la humanidad (materialismo histórico). Más tarde, basándose en las enseñanzas de los economistas clásicos ingleses, Marx descubre el mecanismo expoliador del capital: la producción de plusvalía. El valor de cada producto está dado por la fuerza de trabajo socialmente necesaria para producirlo, pero al obrero no se le paga por el total del valor que ha producido, sino solamente aquella suma que alcance para recomponer sus energías y permitirle volver a trabajar. Es decir, el salario del obrero está cubierto con lo que él produce en sólo una parte de su jornada de labor, mientras que en el resto de dicha jornada trabaja gratis para el capitalista. Este robo, que el burgués realiza cotidianamente, se capitaliza incrementando al capital, permitiendo incorporar nuevas máquinas y nuevos obreros, creando a su vez mayores masas de plusvalía y ampliando así cada vez más el abismo entre un pequeño grupo de capitalistas poderosos y un enorme proletariado misérrimo. A su vez, el mayor crecimiento relativo de la mecanización en el proceso capitalista y los límites a la producción establecidos por la ganancia, desplaza mano de obra creando una caravana de desocupados (ejército industrial de reserva) cuya sola presencia facilita la baja de los salarios, intensificando la expoliación.

Marx analiza luego las contradicciones de la sociedad capitalista, esa sociedad donde el orden impera dentro de la fábrica mientras el mayor desorden e irracionalidad rige en el mercado, esa sociedad donde la producción es social, pero la apropiación es sólo del burgués, es decir, individual; esa sociedad donde el valor que se produce y envía al mercado, excede el poder de compra generado, conduciendo periódicamente a crisis económicas de gran magnitud. Y profetiza entonces el catastrófico fin del capitalismo. El capital, en su permanente reproducción ampliada,

concentra la riqueza en poder de una minoría burguesa y esa concentración del capital se produce al tiempo que el resto de la sociedad se proletariza, en el otro polo, sujeto a una miseria creciente. Las relaciones de producción capitalista resultan entonces -al crear escaso poder adquisitivo- una valla que ahoga a las fuerzas productivas en su desarrollo y genera la crisis que cuestiona al sistema mismo. La burguesía, que para crecer y desarrollarse debió concentrar más y más obreros en sus fábricas, se enfrenta entonces a sus víctimas, convertidas ahora en su verdugo. La socialización de los medios de producción es el camino inevitable que toma la Historia a través de la Revolución Social. A su vez, el capitalismo, en su crecimiento, ha llevado al mundo del localismo feudal a la economía mundial que caracteriza al siglo XIX. Por eso la clase obrera del mundo instaurará una nueva sociedad. Y de ahí la convocatoria: ¡Proletarios del mundo, unios!

El socialismo científico resulta, pues, la concepción materialista dialéctica que sostiene que el sistema capitalista corresponde a una determinada fase del desarrollo histórico y que será reemplazado por un sistema superior basado en la propiedad colectiva de los medios de producción. La historia es la historia de la lucha de clases y si la burguesía fue revolucionaria en su enfrentamiento al mundo feudal y sus privilegiados y lo fue durante varias décadas logrando un fabuloso crecimiento económico y el desarrollo de la sociedad moderna, se ha tornado ya una clase reaccionaria y será derrotada por el proletariado portador de un nuevo sistema, superior, de organización social. Marx completó así su socialismo científico, que se constituye en la coronación de las tres vertientes más altas del pensamiento de su época: la filosofía clásica alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés. Y lo

convierte en peligrosísimo instrumento revolucionario, pues «ya no se trata, como dice Marx, de interpretar al mundo como han hecho hasta ahora los filósofos, sino de transformarlo»[1]. La teoría revolucionaria se funde, pues con la praxis y la clase obrera se constituye en la partera de una nueva sociedad, en el principal protagonista del progreso histórico de la humanidad.

c. Socialismo y antisocialismo

Ante la fundamentación científica dada al socialismo, la burguesía adelantó a sus teóricos para que atacasen esas ideas. La prensa burguesa levantó en andas a los plumíferos a sueldo e hizo coro a sus más endebles críticas, pero el socialismo rebatió victoriosamente a sus impugnadores: «Quieren eliminar la propiedad privada», aullaron estos intelectuales prudentes. «Sí, nos reprocháis querer abolir la propiedad privada -exclama Marx-. Pero resulta que en la sociedad capitalista la propiedad privada está abolida para las nueve décimas de la población. Luego nos reprocháis querer abolir una forma de propiedad que sólo puede existir para una minoría a condición de que la inmensa mayoría sea privada de toda propiedad».[2] «Sin la propiedad privada -aducen los teóricos de la burguesía- el individuo está suprimido». Y el socialismo les contesta: «Estáis confesando que para vosotros el individuo sólo vale a condición de tener propiedad, es decir, que cuando decís individuo queréis decir burgués. Y bien: queremos terminar con el burgués, para que realmente el ser humano sea

1. CARLOS MARX. Tesis sobre Feuerbach.
2. CARLOS MARX. Manifiesto Comunista.

valorado como tal y no por las riquezas que posea». Los defensores del orden argumentan entonces: «Al eliminar todo incentivo de ganancia, la humanidad será ganada por la pereza y cesará toda actividad». Y el socialismo les contesta: «Si así fuese, hace ya mucho tiempo que la sociedad burguesa habría sucumbido por holgazanería, pues los que verdaderamente trabajan, no ganan, ni tienen incentivo alguno, mientras que los que ganan, no trabajan».[3] «Vosotros sois materialistas y negáis los valores espirituales», protestan entonces los amigos de los banqueros. «Hacéis trampa, les responde el socialismo, pues confundís la ética con la filosofía. Nadie más materialista que vosotros que vivís abrazados a las riquezas y sois incapaces de un gesto altruista, de una quijotada idealista. Sois idealistas filosóficamente porque esa concepción del mundo os sirve para defender vuestras materialidades, mientras que nosotros, que filosóficamente adherimos al materialismo porque no creemos en supersticiones ni brujerías, derrochamos idealismo en la lucha revolucionaria». «Pero, el hombre libre -gimen los filisteos de la libertad- desaparecerá bajo el socialismo, el hombre libre se convertirá en una cosa, en un número, sometido al dictado de un autoritarismo opresor». «Todo lo contrario -responde el socialismo-. El hombre verdaderamente libre no existe bajo el capitalismo. El obrero vive prisionero del salario y el burgués alienado en la posesión de objetos que terminan por dominarlo y "cosificarlo". El hombre sólo será libre precisamente cuando desaparezca la libertad económica que hace de la vida una lucha por el dinero, para elevarlo a un plano superior donde su esfuerzo se dirigirá solamente a enriquecer y desarrollar

3. ídem.

las potencialidades espiritualidades de todos. El socialismo, al terminar con la libertad burguesa (libertad de explotar, libertad de poseer para que los demás no posean), le dará al hombre la verdadera libertad».

El socialismo científico resultaba, pocas décadas después del Manifiesto, una verdad difícilmente rebatible que coronaba brillantemente las más altas expresiones del pensamiento humano: la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés. Y los pensadores posteriores a Marx se encontraron frente a un grave dilema: aceptar que realmente el socialismo científico desarrollaba y completaba a Hegel y Feuerbach, a David Ricardo y A. Smith, a Saint Simón y Fourier y en ese caso definirse a favor de la revolución, pasando de la cátedra a la calle o en cambio, negar al socialismo y al mismo tiempo a esos maestros, apartándose del natural desenvolvimiento de sus ideas. Muchos intelectuales optaron por el primer camino y acompañaron a la clase obrera en su lucha por organizarse para dar batalla a la burguesía. Los otros, convertidos en amanuenses de la burguesía, fueron levantados por ésta como «las más altas cumbres del pensamiento universal». Y así los filósofos repudiaron a la filosofía clásica alemana y se hicieron irracionalistas con Nietzche, los economistas abandonaron el camino de la economía clásica inglesa y crearon la escuela psicológica para hurtarle el bulto a la teoría del valor y diversos grupos izquierdistas acentuaron su mutualismo, su cooperativismo, se hicieron adalides de la pequeña propiedad o derrocharon sus mejores energías condenando a Dios y al Estado. Al mismo tiempo, la teoría de que los grandes hombres hacen la historia (Carlyle) repudió desde las academias a la concepción materialista histórica y el pensar metafísico y antidialéctico permaneció vigente en las universidades, aún cuando los verdaderos sabios debían

recurrir a la dialéctica para no entorpecer su investigación científica (Darwin y la ley del desarrollo de las especies).

En la vidriera pública, la clase dominante, muy «democráticamente», estableció el monopolio de sus ideas. Pero desde las catacumbas, los socialistas afilaron sus armas (adoctrinaron, organizaron a la clase obrera, crearon partidos y no perdieron oportunidad de jaquear a la ideología burguesa, ya sea desde el folleto clandestino o desde la obra teórica monumental como «El Capital»). Los ideólogos de la burguesía reflejaron desde entonces en sus diversos sistemas irracionalistas, la decadencia de la burguesía convertida ya en una clase reaccionaria. Su ciclo había concluido y ya no haría más que sobrevivirse agonizando. Las armas de la crítica la habían batido. Sólo le quedaba la crítica de las armas para enfrentar a ese poderoso proletariado que se organizaba bajo la bandera socialista. «El fantasma de la revolución recorría Europa».

Capítulo 2

a. Socialismo e internacionalismo en la etapa del capitalismo competitivo

Los teóricos de la burguesía acusaban además al socialismo por su concepción internacionalista. «Los intereses de la patria -proclamaban- están por encima de los intereses de clase». Y erigían a la burguesía, con razón, en creadora de la nación.

El triunfo de la burguesía sobre la nobleza y el clero había significado en Inglaterra y Francia -y significaría poco después en Alemania e Italia- la constitución del Estado nacional moderno, en reemplazo de los estrechos condados y ducados. Esa clase en ascenso que propugnaba y usufructuaba al mismo tiempo las relaciones de producción capitalistas, portaba, asimismo, junto a la bandera de la democracia política, el emblema de la nacionalidad. Liberalismo y nacionalismo burgués arrasaban a un tiempo con las prerrogativas nobiliarias y los particularismos feudales. Y de ese modo, bajo esas grandes proclamas, la burguesía colocaba tras de sí, en su lucha contra reyes y papas, a las restantes clases de la sociedad. La patria, en su sentido moderno, nacía así como reivindicación típicamente burguesa y en sus enfrentamientos nacionales, cada burguesía,

invocando una y otra vez los destinos de la nacionalidad, enviará a los trabajadores a masacrarse a los campos de batalla. Tras las banderas nacionales, flameando entre la polvareda de la guerra, se escondía la defensa del capitalismo opresor. ¿Qué intereses comunes podían existir entre el explotador y el explotado? ¿Qué patria, pues, debían defender los obreros? El que vendía diariamente a la fábrica su fuerza de trabajo, nada poseía: ni propiedad, ni familia, ni patria. Y su única lucha debía ser por su liberación, donde sólo podía perder las cadenas que lo oprimían.

«Se nos acusa de querer abolir la patria», afirmaba Marx y respondía: «Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen».[4] Efectivamente, en esos países de Europa con plena soberanía política y económicamente independientes, el nacionalismo sólo disfrazaba la defensa del orden capitalista y más aún, el intento de engullirse a algún pequeño país indefenso. Resuelta la cuestión nacional -y sojuzgada la clase obrera en nombre de la Gran Francia o la Gran Inglaterra- todo intento dirigido a que los obreros enarbolasen banderas nacionales llevaba el sello del explotador.

Los intereses de todos los obreros del mundo son comunes en tanto todos deben proponerse la eliminación del capitalismo, sostiene Marx. Y su apoyo a los respectivos gobiernos burgueses, en el caso de una guerra, significaría el suicidio de la clase trabajadora del mundo. En cambio, derrotadas las respectivas burguesías e instaurado el socialismo, cesará por sí todo resquemor nacional y las fronteras se diluirán en la fraternidad universal.

4. CARLOS MARX. Manifiesto Comunista.

Este desarrollo ideológico de Marx se encuentra estrechamente ligado a su mentalidad de europeo de mediados del siglo XIX y a su confianza en la inminencia de la revolución social. Su elaboración teórica gira en torno a la sociedad capitalista instaurada en Europa en las últimas décadas. Y la proximidad del socialismo, por otra parte, le despreocupa de la suerte de Asia, África y Latinoamérica, suburbios ignotos del mundo, pues el nuevo orden social se extenderá derramando libertad y justicia *desde* Europa *hacia* el resto del planeta.

Sin embargo, este internacionalismo de Marx no plantea, como algunos lo interpretan, una política socialista al margen de los problemas nacionales, ni propone tampoco la posibilidad de una táctica común, universal, para todos los partidos socialistas del mundo. Por el contrario, en 1848, dice: «La lucha del proletariado contra la burguesía, aunque en el fondo no sea una lucha nacional, adquiere sin embargo, al principio tal forma. Naturalmente el proletariado de cada país debe acabar antes de nada con su propia burguesía. ..» Y agrega en el mismo Manifiesto: «Como el proletariado de cada país debe en primer lugar conquistar el poder político, erigirse en clase nacionalmente dominante, constituirse en nación, es por eso todavía nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués».[5] Es decir, a un siglo del Manifiesto, Marx hubiese reprobado absolutamente la pretensión stalinista dirigida a someter a todos los partidos comunistas del mundo -que operan en condiciones históricas distintas- a una misma línea y táctica política.

Por otra parte, en el mismo Manifiesto, Marx se pronuncia claramente en contra del socialismo importado

• **5.** ídem.

mecánicamente, sin adecuación alguna a las condiciones nacionales donde debe operar, como exótica flor sin raíces, y exige, en cambio, el imprescindible análisis previo de la infraestructura y la superestructura de esa sociedad específica. Asimismo, en esa misma parte del Manifiesto, Marx admite la progresividad histórica del nacionalismo en aquellos países cuya cuestión nacional aún no está resuelta. Conviene releer el ítem C de la III parte de ese documento porque los cazadores de pulgas del marxismo -que pretenden conocer en qué renglón de sus manuscritos Marx modificó una palabra para matizar una idea- no ven los elefantes de estos párrafos de un texto clásico.

Con motivo de la aparición en Alemania del grupo llamado «socialismo verdadero», Marx sostiene que ese socialismo ha sido importado mecánicamente de Francia, como si fuera una receta apta para todo país y todo tiempo: «La literatura socialista y comunista en Francia, que nace bajo la presión de una burguesía dominante y es la expresión literaria de la rebelión contra ese régimen, fue introducida en Alemania en el momento en que la burguesía comenzaba su lucha contra el absolutismo feudal... Olvidaron que con la importación de la literatura francesa en Alemania no habían sido importadas al mismo tiempo las condiciones sociales de Francia... Se las apropiaron como se asimila una lengua extranjera, por la traducción».[6] Si en Francia el socialismo cumplía su rol histórico atacando sin cesar a la burguesía triunfante, en Alemania, donde la sociedad burguesa -el Estado Nacional- aún no estaba instaurada, esa misma crítica permanente del socialismo no hacía más que fortalecer a los señores feudales, aún con sus cabezas

6. Idem.

sobre los hombros. La política que operaba revolucionariamente en Francia, servía a la contrarrevolución en Alemania y a la inversa, si apoyar un programa nacionalista en Francia era reaccionario y favorecería a la clase dominante, apoyar esa posición en Alemania significaba oponerse a los designios localistas de los nobles terratenientes, es decir, asumía un carácter progresivo. Marx fustiga severamente a ese «socialismo verdadero» que opera con desconocimiento de la realidad nacional y que, al descargar su artillería contra la unificación nacional, hace el juego a los sectores reaccionarios, antinacionales en tanto se niegan a disolver[7] los feudos en la Alemania unida y moderna. Este socialismo, dice Marx, «pudo lanzar los anatemas tradicionales contra el liberalismo, contra el régimen representativo, contra la concurrencia burguesa, contra la libertad burguesa de la prensa, contra el derecho de la burguesía, contra la libertad y la igualdad burguesas, pudo predicar a las masas que ellas no tenían nada que ganar, sino al contrario perderlo todo, en este movimiento burgués. El socialismo alemán olvidó a este propósito que la crítica francesa, de la cual era un simple eco, presuponía la sociedad burguesa moderna, con las condiciones materiales de existencia que corresponden y una constitución política adecuada, cosa que todavía para Alemania se trataba precisamente de conquistar. Para los gobiernos absolutos de Alemania, con su cortejo de clérigos, de pedagogos, de hidalgos rapaces y de burócratas, este socialismo se convirtió en el espantajo soñado contra la burguesía amenazante... Si el "verdadero" socialismo se convirtió de este modo en un arma en manos de los gobiernos, representaba directamente, por

7. CARLOS MARX. Tesis sobre Feuerbach.

otra parte, un interés reaccionario, el interés del pequeño burgués».[8]

Esta crítica que Marx hizo al «socialismo verdadero» alemán, la hubiese podido realizar, con los mismos fundamentos, al Partido Socialista y al Partido Comunista de la Argentina por su política respecto a las revoluciones nacionales acaudilladas por Yrigoyen y Perón.

En el mismo Manifiesto, Marx aclara el carácter progresivo de ese apoyo y las delimitaciones que él mismo debe tener para evitar constituirse en mero furgón de cola de la burguesía: «En Alemania, el Partido Comunista lucha de acuerdo con la burguesía tantas veces como la burguesía se revuelve revolucionariamente contra la monarquía absoluta..., pero en ningún momento se olvida de despertar entre los obreros una conciencia clara y limpia del antagonismo profundo que existe entre la burguesía y el proletariado a fin de que cuando llegue la hora, los obreros alemanes sepan convertir las condiciones sociales y políticas creadas por el régimen burgués en otras tantas armas contra la burguesía...» Y agrega, lanzando ya las primeras ideas sobre «la revolución permanente»: «Alemania está en vísperas de una revolución burguesa y esa sacudida revolucionaria se va a desarrollar bajo las propicias condiciones de la civilización europea y con un proletariado mucho más potente que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el XVIII, razones todas para que la revolución alemana burguesa que se avecina no sea más que el preludio inmediato de una revolución proletaria».'

"T^osMAíX. Manifiesto Comunista.

9. ídem.

En resumen, agrega Marx, el socialismo «debe apoyar en los diferentes países todo movimiento revolucionario contra el estado de cosas social y políticamente existente».[10] Es decir, el socialismo lucha por la subversión del statu quo y por la creación de un orden social superior y por tanto su táctica y su programa se adecúan a las condiciones históricas del país de que se trate.

b. Socialismo y nacionalismo reaccionario en la etapa imperialista

Ya avanzada la segunda mitad del siglo pasado el viento de la historia parecía soplar para el socialismo. Marx y Engels creían ya que se encontraban en las vísperas de la revolución social. En las barricadas del 48 y del 70, el proletariado ponía al borde del colapso a la sociedad burguesa. La ideología revolucionaria y la clase oprimida confluían para encontrarse en una hora gloriosa y pronto conducirían a la humanidad al comienzo de una nueva era. Pero cuando el fin de siglo estaba cercano y ya muerto Marx (1883), Engels pudo atisbar las primeras manifestaciones de un cambio fundamental que se operaba en el capitalismo, éste entraba ahora en su fase superior: el imperialismo. Y esta transformación incidirá decisivamente sobre el socialismo quien tomará, en Europa y por varias décadas, un rumbo distinto al esperado por los creadores del movimiento.

A lo largo del siglo se había producido un fabuloso crecimiento de las fuerzas productivas. El capital se había

10. ídem.

reproducido en la espiral ampliada y absorbiendo enormes masas de plusvalía, se concentró a ritmo creciente. De la pequeña empresa capitalista y del empresario individual, ascético e individualista, ya nada quedaba a fin de siglo. Sólo habían subsistido las empresas más poderosas, las cuales a su vez se fundían o absorbían las unas a las otras. Después de décadas, la lucha competitiva (derivando en fusión o absorción) había generado su contrario: el monopolio. El setenta, el ochenta y hasta el noventa por ciento de cada rama importante de la industria pertenecía ya a dos o tres grandes empresas coaligadas. Paralelamente a esa concentración del capital industrial, se había concentrado el capital bancario y el entrelazamiento de ambos (capital bancario y capital industrial) había engendrado el capital financiero. La sociedad por acciones permitía controlar a empresas que a su vez tenían la mayoría de acciones de otras, de manera que a través de carteles, trusts y «participación en sociedades» se consolidaba una oligarquía financiera cuyos miembros se entrecruzaban en los directorios y saltaban periódicamente a los ministerios dando al Estado cada vez más acentuadamente el carácter de «Comité Administrativo de negocios de la clase burguesa».

Este proceso, a través del cual se polarizaba la riqueza y la miseria en los dos extremos de la sociedad, había sido previsto por Marx (ley de la concentración del capital y de la miseria creciente). Y de allí deducía Marx la inevitable crisis y la consiguiente revolución social. Pero el proceso dio ahora un giro imprevisto que aplazó el cumplimiento de la profecía. Ese capitalismo en fabulosa expansión, ahogado por la falta de nuevas oportunidades de inversión, saturadas sus posibilidades por la reducida demanda efectiva consecuencia de su explotación desvergonzada, saltó

entonces las fronteras buscando nuevos aires en el mundo colonial. La exportación de capital se puso a la orden del día. El capitalismo, eliminada la libre competencia y convertido al monopolio, entró entonces en su fase superior: el imperialismo. Inglaterra dio el paso inicial y tras ella se lanzaron Francia, y Alemania. Los países atrasados donde la tasa de ganancia era muy elevada, pues, la mano de obra y la materia prima eran baratas, donde el precio de la tierra también era bajo y donde existía escasa competencia de capitales nativos, fueron pasto de las fieras imperialistas. Los poderosos consorcios financieros se reparten entonces el mundo y extraen formidables riquezas de Asia, África y Latinoamérica. La polarización de riqueza y miseria -que se había manifestado dentro de cada país- se verifica ahora en el terreno mundial entre un grupo reducido de grandes naciones y el enorme «proletariado» de países esclavizados.

Este ingreso del capitalismo a su etapa superior provoca importantísimas consecuencias sociales y políticas. Los países adelantados, al derramar su capital excedente sobre las colonias, se sienten aliviados de esa sobreproducción que los abruma y ahuyentan, por lo menos temporariamente, el peligro de una catastrófica crisis capitalista. A su vez, las fabulosas rentas que empiezan a generar esas inversiones en el exterior significan una lluvia de riqueza que, junto al alejamiento de la crisis, distiende la tensión entre las clases sociales antagónicas, aceitando y armonizando las relaciones entre ellas. Amplias capas pequeño burguesas y la capa superior de la clase obrera comienzan entonces a coparticipar en la explotación colonial. La burguesía, convertida en imperialista, coloca tras de sí, entonces, a sus antiguos enemigos y les arroja las migajas del festín. De este modo, la opresión imperialista le permite a la burguesía alejar el peligro de la revolución

social transformando a sus hasta ahora irreductibles antagonistas en complacientes y prudentes interlocutores. El financista Cecil Rhodes lo confesará sin ambages: «La idea que yo acaricio es la solución del problema social, es decir, que para salvar a los cuarenta millones de habitantes del Reino Unido de una sangrienta guerra civil, nosotros, estadistas coloniales, debemos obtener nuevas tierras donde instalar el exceso de población, donde encontrar nuevos mercados para los productos de nuestras fábricas y minas. El imperio, como siempre lo he dicho, es una cuestión de estómago. Si se quiere evitar la guerra civil, hay que convertirse en imperialista»."

¿Qué ocurre entonces con los izquierdistas de los países adelantados a los cuales la burguesía les ofrece compartir los beneficios del imperialismo? Esos socialistas, hasta ayer peligrosos y revolucionarios, emprenden su camino de Damasco. Amplios sectores obreros se aburguesan y correlativamente sus teóricos revisan a Marx cuestionando sus tesis fundamentales. Bernstein, el más osado de todos ellos, afirma que Marx -al que, por supuesto, empieza por reconocer como maestro- se equivocó al sostener el antagonismo irreconciliable entre las clases sociales y la consiguiente revolución social. Sostiene que, en cambio, el capitalismo abre posibilidades para que el socialismo se vaya insertando en él lenta, gradualmente, permitiendo un incesante mejoramiento de las condiciones de la vida proletaria. Estos reformistas descreen de la concentración del capital y llegan a afirmar que las sociedades anónimas significan la dilución de la propiedad privada, «la democratización del capital». El programa máximo del partido

11. CECIL RHODES, citado por Lenin en «El imperialismo, etapa superior del capitalismo».

(la sociedad socialista) pasa a constituir una meta teórica y lejana, mientras el programa mínimo (legislación obrerista) se convierte en «todo» el programa del partido. La revolución social es reemplazada por la «revolución en permanencia» para la cual «el movimiento es todo, el fin no es nada». Así, el gran ideal socialista se reduce a la obtención de mejoras económicas y sociales inmediatas, dentro del capitalismo, circunstancia que sólo será posible merced al carácter imperialista que ha tomado ese capitalismo. Al exportar, junto con sus capitales, las contradicciones más graves del sistema -al exportar la crisis al mundo colonial- y al ingresar enormes riquezas saqueadas a los «natives», la burguesía logra convertir en «reformistas» a los socialistas de los países adelantados. La huelga revolucionaria y la insurrección popular son reemplazados por la sesuda polémica parlamentaria. El partido revolucionario deja paso a una poderosa maquinaria burocrática, con diarios, propiedades y militantes rentados... que sólo sirve para votar. Ahí está el origen de curiosos socialistas como los Mac Donald y los Willy Brandt que en el siglo **XX** serán jefes de gabinetes del Imperio Británico y de la Alemania Occidental, sin que los capitalistas de ambos países se inquieten en lo más mínimo.

Pero no sólo la socialdemocracia europea abandona la idea de expropiar a la burguesía, sino que, además, se hace nacionalista. Es decir, comparte también con la clase dominante su concepción de un nacionalismo expansivo, reaccionario, característico de un país que ha resuelto su cuestión nacional y se ha tornado imperialista. Estos socialistas, al coparticipar en los frutos de esa opresión sobre las colonias, echan al demonio su internacionalismo para apoyar a su patria en la expansión colonialista que les depara un mejor nivel de vida a costa de la explotación de

latinoamericanos, asiáticos y africanos. «Usted me pregunta ¿qué piensan los obreros ingleses sobre la política colonial? -escribe Engels- Pues, exactamente lo mismo que piensan acerca de la política en general: lo que piensa el burgués. Aquí no hay partido obrero. Sólo hay conservadores y radicales liberales y los obreros participan alegremente en el festín del monopolio inglés sobre el mercado mundial y el colonial.»[12] Ese nacionalismo de los socialistas europeos es un nacionalismo reaccionario, no sólo porque aplaude la bárbara explotación de millones de seres en las colonias condenando al atraso a la mayor parte del planeta, sino porque, además, concurre así a la consolidación del capitalismo como sistema mundial.

En varios congresos de la segunda Internacional Socialista, los dirigentes de esta socialdemocracia en putrefacción confiesan sin tapujos su nacionalismo imperialista, mereciendo el calificativo de «socialchovinistas», por parte de Lenin, es decir, «socialistas de palabra y chovinistas en los hechos». En la reunión de Amsterdam (1904) el holandés Van Kol sostiene: «La tendencia a la colonización es general. Las colonias han existido antes de la época capitalista y probablemente las habrá en el porvenir, aunque la sociedad sea organizada socialísticamente».[13] Tres años después en el Congreso Socialista de Stutgart, la claudicación socialdemócrata llega a los límites de la desvergüenza: «Los pueblos de civilización superior tienen el derecho y el deber de dar educación a los pueblos atrasados... Y los pueblos de *civilización* inferior no pueden desenvolverse sin colonización» (David). «Es necesario crear una política

12. FEDERICO ENGELS, carta a Kautsky, del 12 de setiembre de 1882.

13. Congreso de la Internacional Socialista, reunido en Amsterdam el 14 de agosto de 1904.

colonial socialista... No se pueden dejar improductivas las inmensas riquezas ocultas en el subsuelo de África y otros parajes. Deben ser puestas al servicio de la humanidad» (Van Kol). «Si de pronto se suprimiesen los productos de las colonias, la industria mundial se detendría ... Es humano y lógico que los hombres usen en su provecho todas las riquezas del globo» (Terwagne). «Hay que elaborar un derecho colonial internacional. Yo prefiero que los socialistas -y no el rey de Bélgica, con total irresponsabilidad- controlen la administración del Congo» (Bernstein). «Pienso junto con Bebel que hacer política colonial no es necesariamente un crimen. En circunstancias determinadas, la política colonial puede ser obra de civilización» (Van Kol).[14]

Esta última confesión es quizás la más valiosa, porque los socialistas europeos apelarán, al igual que sus burguesías, a la leyenda de la «civilización» para justificar la opresión sobre otros pueblos. Veremos cómo los socialistas de mentalidad colonial como Juan B. Justo harán confluir en esa palabra «civilización» una doble influencia nefasta: la de la oligarquía liberal de la Argentina y la de los socialdemócratas europeos. Y «la civilización y el progreso» será el manto bajo el cual se ocultará el vasallaje de la Argentina.

c. Socialismo antinacional en la Argentina

En las últimas décadas del siglo XIX, la Argentina quedó convertida en semicolonia del Imperio Británico. Los ferrocarriles ingleses, trazados en abanico con centro en Buenos Aires, se constituyeron en «la telaraña metálica

14. Congreso de la Internacional Socialista, reunido en Stutgart el 16 de agosto de 1907.

en que quedó apresada la mosca de la República», según dijera luego Raúl Scalabrini Ortiz. Carnes y cereales muy baratos para el «taller británico», a cambio de carbón, petróleo y productos industriales cada vez más caros fueron la fórmula de la dependencia. El viejo país criollo y latinoamericano, con nacientes manufacturas y enormes riquezas por explotar, se hundió en la miseria y la desesperación, mientras crecía una Argentina blanca y europeizada, condenada al primitivismo agrario y cuyo vasallaje se expresaba nítidamente en la designación del doctor Quintana (1904), abogado de empresas inglesas, como presidente de la República.

En esa semicolonia agraria, la oligarquía vendepatria impuso su ideología al resto de la sociedad. El liberalismo oligárquico de Mitre rigió triunfante proclamando que la única bandera de los argentinos era «la civilización y el progreso». La patria, como expresión de rechazo ante la invasión del capital extranjero, era sólo «barbarie» y simbolizaba la ignorancia y el atraso caudillista.

Ese liberalismo antinacional barrió muy pronto con cuanta inquietud nacional se le cruzó en el camino. La concepción latinoamericanista de San Martín, Alberdi y Guido Spano, la literatura nacional de Mansilla y Lucio V. López, el testimonio social de José Hernández, la inquietud industrialista de los enemigos del mitrismo, la intención antiimperialista y renovadora de O. Magnasco, las más auténticas expresiones de la cultura nacional expresadas en la copla y el folklore anónimos, la verdad histórica sobre setenta años de guerra popular contra la oligarquía porteña, todo fue hundido en las sombras por la dictadura oligárquica, dueña de la escuela y la prensa, fundamentales medios de difusión. En su lugar se implantaron como «Tablas de la ley» del vasallaje los principios colonialistas: «la civilización

y el progreso», la europeización cultural, el liberalismo económico, el antilatinoamericanismo, la democracia fraudulenta para beneficio de minorías y la historia mitrista.

A esa sociedad, en plena reestructuración colonial, se incorporan miles y miles de inmigrantes en las últimas décadas del siglo. Y dentro de ese enorme aluvión inmigratorio, que llevó a Buenos Aires a albergar más extranjeros que argentinos, son muchos los socialistas y anarquistas que han dejado Europa buscando en América un mundo mejor. El socialismo aparece así en la Argentina, no como resultado natural de una sociedad capitalista en plena expansión donde los obreros se nuclean en grandes fábricas, sino como un producto importado por esos inmigrantes. Ellos creen reproducidas aquí las condiciones de explotación capitalista de Europa y aunque no se incorporan a grandes fábricas sino que realizan tareas artesanales en pequeños talleres, prestan servicios o se desempeñan en oficios diversos, mantienen fidelidad a su credo y lo divulgan. Aquí enarbolan sus viejas banderas, se agrupan por nacionalidades y publican sus órganos de difusión. En 1872 se organiza la Sección francesa de la Internacional, en 1882 el club alemán Worwarts y poco después «El fascio dei lavoratori». En 1884 aparece «Le proletaire», en 1887 «II socialista». Estos luchadores sociales europeos importan un socialismo ya inficcionado de reformismo, en franco aburguesamiento y uno de cuyos elementos claves es la desviación nacionalista reaccionaria. En estos inmigrantes, la bandera del internacionalismo se constituirá en una de sus reivindicaciones más irreductibles pero detrás de ese internacionalismo aparente permaneció siempre vivo el chovinismo alemán o francés, acrecido por la lejanía de la patria y manifestado permanentemente en una fervorosa adhesión a «la civilización» que, por supuesto, no es posible

crear desde la Argentina bárbara sino importar desde la Europa adelantada. Es decir, el internacionalismo sostenido por estos inmigrantes socialistas expresa, en última instancia, su negativa a asimilarse a la Argentina criolla y es simplemente «antinacionalismo», en el sentido de «antiargentinismo» o cosmopolitismo, posición sumamente reaccionaria para un país que soporta una dominación imperialista. Así mientras los inmigrantes menos politizados y más proclives a asimilarse formaron en las filas del irigoyenismo, los hijos de la socialdemocracia europea no perdieron oportunidad de manifestar su desdén por el gaucho y por Latinoamérica. Su agrupamiento por nacionalidades, sus periódicos en lengua extranjera y sus festejos del 19 de Mayo con cánticos en idioma natal, constituyen la mejor prueba de que no se trata de socialistas internacionalistas actuando en la Argentina sino del reflejo, en la Argentina, de los distintos grupos de la socialdemocracia europea, disimulando bajo la bandera internacionalista sus orgullos y pretensiones nacionales. A estos inmigrantes se acerca en 1890 un grupo nativo cuyo teórico es Juan Bautista Justo.

Pequeño burgués formado en la universidad oligárquica, Justo adhiere a los mitos que la oligarquía implanta a través de diarios, libros y escuelas, como reaseguro de su concubinato con el imperialismo: la «civilización» importada de Europa, el rechazo del nacionalismo como manifestación de «barbarie», el antilatinoamericanismo, nutrido de desdén hacia la indolente Patria Grande, el antiindustrialismo como complemento indispensable de la importación de artículos ingleses, el librecambio y la moneda sana, resortes claves de la opresión imperialista, la adhesión a l , i i vlll ura oligárquica, universalista y ajena a la auténtica /. i nliui.il de nuestro pueblo, la concepción de que la

política es una cuestión de alfabetismo y pedagogía y no de lucha de intereses. A ese liberalismo oligárquico, con lecturas de Comte y Spencer, le agrega Justo -en su carácter de hombre moderno y al tanto de las últimas novedades mundiales- su simpatía socialdemócrata bebida en los teóricos del reformismo alemán. Así, «la civilización» se constituye en Justo en la idea central donde empalman las dos influencias ideológicas que pesan sobre él: «la civilización», esgrimida por la oligarquía liberal para ocultar su entrega al imperialismo y «la civilización» enarbolada por los socialdemócratas chovinistas para justificar la opresión sobre las colonias. De allí saldrá ese curioso socialismo colonial, definidamente antinacional, que jugará siempre -fiel a su origen- como ala izquierda de la oligarquía.

Si los inmigrantes ignoran totalmente la cuestión nacional existente en la Argentina -ajena absolutamente a esos europeos que desprecian a estos suburbios del mundo- Justo también rechaza el planteo de la cuestión nacional pues está sólidamente aprisionado por el liberalismo oligárquico para el cual el estado semicolonial argentino es el ideal, es «el progreso». Por tanto, el internacionalismo sostenido por la base y la dirección del partido es esencialmente «antinacionalismo», es decir, un internacionalismo colonial, pro imperialista. Una de las mejores pruebas del carácter de ese internacionalismo queda evidenciada cuando una organización fantasma creada por el imperialismo yanqui, declara en nombre de «los trabajadores de Puerto Rico» su repudio a la independencia portorriqueña y a la ruptura de la relación de estado libre asociado. El diario socialista «La Vanguardia» opina entonces: «Hay un partido en Puerto Rico que reclama la independencia y está formado por la vieja oligarquía criollo-española. Contra él se pronuncian los trabajadores portorriqueños... Esta

actitud viene a revolucionar el clásico concepto de patriotismo. Ellos no tienen amor a la vieja bandera a cuya sombra no encuentran libertad ni justicia y aspiran a vivir bajo un régimen y una bandera extraños que le parecen más propicios y si "el patriotismo" ha de ajustarse a un concepto político práctico, no vemos cómo se puede condenar a los trabajadores portorriqueños».[15]

Por otra parte, ese socialismo, hijo de la socialdemocracia europea declinante, es de un chato y crudo reformismo. Desechada toda política revolucionaria de contenido clasista y desechado todo planteo antiimperialista de apoyo a los movimientos nacionales de liberación, este singular socialismo, con Justo a la cabeza y nutrido de inmigrantes, levanta un modesto programa de leyes laborales mientras se inserta profundamente como un engranaje más de la factoría agraria. Sus postulados fundamentales son: a) programa mínimo convertido en objetivo fundamental (legislación obrerista) abandonando para el mundo de la luna el programa máximo (sociedad socialista) según aquello de «el movimiento es todo, el fin es nada»; b) Táctica reformista dirigida a obtener posiciones parlamentarias con total ausencia de una estrategia de poder. Y consecuentemente, en reemplazo de las metas revolucionarias, objetivos como éstos: a) educación del pueblo, a través de bibliotecas y órganos de difusión cultos, para elevarlo de su ignorancia bárbara al estado de alfabetismo y civilización, b) reorientación de la conducta popular u través de campañas antitabáquicas y antialcohólicas, c) lucha contra la superstición religiosa y en favor de la enseñanza científica pero no nacional, d) elevación de los ideales morales por

15. *La Vanguardia,* 29 de mayo de 1909.

medio de una permanente condena de los vicios de la política criolla y de una cristalina imagen de honestidad por parte de sus dirigentes, e) divulgación de los principios del mutualismo y del cooperativismo como herramientas del cambio social, f) preparación de gremialistas cultos y prudentes, ajenos a la barbarie radical y a los excesos anarquistas, g) antimilitarismo abstracto, que no distingue entre los oficiales sostenedores del régimen y los oficiales irigoyenistas que intentan tumbarlo, h) pertinaz lucha por la libre importación, en defensa de los precios bajos de los productos de consumo popular, aunque ello signifique destruir las industrias nacionales y lanzar a la desocupación a los obreros, para los cuales lo barato resulta finalmente caro, i) defensa de la moneda sana, coincidiendo, como en el punto anterior, con la tradicional política de la oligarquía.

Ese partido socialista, alimentado de liberalismo oligárquico antinacional y reformismo socialdemócrata claudicante, constituyó así un importante aliado de la oligarquía y por ende del régimen semicolonial que ella y el imperialismo habían implantado en la Argentina. En toda ocasión en que el sistema corrió peligro, los prudentes y cultos socialistas corrieron a ocupar su puesto en las filas de la reacción. Así sucedió cuando el movimiento nacional irigoyenista desplazó del poder político a la oligarquía en 1916 y así volvió a suceder en 1928 cuando Yrigoyen retornó al poder. Las peores invectivas, desde «caudillo ignorante» hasta «déspota» o «tirano», brotaron de boca de los socialistas, confundidos con el resto de los partidos del régimen contra el «chusmaje radical». Poco después, en 1930, concurrieron a crear el clima golpista y cuando, en 1932, el movimiento nacional fue proscripto, convalidaron las elecciones fraudulentas, jugando nuevamente

como ala izquierda de la reacción. Una década más tarde, al ponerse en marcha el segundo gran movimiento nacional del siglo en la Argentina, acaudillado por Perón, de nuevo engrosaron las filas antinacionales donde oficiaba el embajador norteamericano S. Braden. Durante la década del 45 al 55, mientras los obreros recorrían el camino victorioso de la Revolución Nacional, los socialistas persistieron en la oposición junto a la oligarquía y el imperialismo y el 16 de setiembre de 1955, al producirse el golpe gorila, salieron a vivar a la democracia oligárquica. Su carácter reaccionario era tan marcado que Alfredo Palacios, el hombre que expresaba su «ala izquierda», pudo ser embajador de ese gobierno reaccionario. La base social del partido era ya un reducidísimo grupo de pequeño-burgueses, en su mayoría de Buenos Aires, enemigos del peronismo y admiradores del capital extranjero, que recibió con gran satisfacción aquellas memorables palabras del más dilecto discípulo de Justo cuando la oligarquía fusiló obreros en junio de 1956: «Se acabó la leche de clemencia. La letra con sangre, entra».[16] En esta siniestra caricatura de socialismo había venido a parar aquel mal nacido remedo de la social-democracia corrompida.

16. AMÉRICO GHIOLDI en *La Vanguardia,* junio de 1956.

Capítulo 3

a. Socialismo y nacionalismo antiimperialista en las colonias y semicolonias

La óptica europea con que Marx había elaborado los fundamentos del socialismo científico, como así también la circunstancia de que su muerte acaeciera antes de que se tornase claramente visible el fenómeno imperialista, dieron lugar a que él no revisase expresamente, con referencia a las colonias, su concepción de que «los obreros no tienen patria». Por otra parte, Marx y Engels parecen haber confiado -a mediados del XIX y dada la pujanza del capitalismo de entonces- en la labor progresista que podría cumplir un país industrial sobre un país atrasado. De allí las expresiones favorables de Marx acerca de la invasión yanqui a Méjico en 1847 y sobre la acción de Inglaterra en la India y las de Engels con relación a la dominación francesa en Argelia. Creían asimismo que la revolución social era inminente en Europa y que los obreros de las metrópolis, al tomar el poder, serían los liberadores de los países coloniales. Sin embargo, a medida que el desarrollo histórico demostraba el papel reaccionario que jugaban los países adelantados sobre los pequeños países coloniales, así como el lento aburguesamiento de los proletarios

metropolitanos, tanto Marx como Engels se alejaron de esas ilusiones y revieron su posición. «Durante mucho tiempo, pensé que podía derribarse el régimen irlandés cuando adquiriera más ascendiente la clase obrera inglesa. .. Un estudio más profundo me ha persuadido de lo contrario. La clase obrera inglesa no podrá hacer nada, mientras no se desembarace de Irlanda... La reacción inglesa, en Inglaterra, tiene sus raíces en el sometimiento de Irlanda».[17] Y además: «Qué desgracia es para un pueblo el haber sometido a otro. La clase obrera de Inglaterra nunca podrá liberarse mientras Irlanda no se libere del yugo inglés. El sometimiento de Irlanda fortalece y nutre a la reacción en Inglaterra».[18] Entonces, Marx propone en la Internacional una resolución de simpatía hacia la liberación nacional de Irlanda de la dominación inglesa y años más tarde, al referirse a este hecho, Lenin acota que algún socialista «inteligente», «le habría reprendido seguramente al pobre Marx por olvidarse de la lucha de clases».[19] Como puede verse por este comentario ya Lenin luchaba hace décadas contra este tipo de socialistas que creen que la lucha de clases, entendida como enfrentamiento proletariado-burguesía, es una receta aplicable automática y mecánicamente como si en todas las sociedades estuviese resuelta la cuestión nacional y el antagonismo principal se diera entre burgueses y proletarios. A estos mismos socialistas mecanicistas le desagradan también estas palabras de Marx: «Refuté a la camarilla proudhoniana de París que declara

17 CARLOSMARX, 10-12-1869, Correspondencia de Marx y Engels.

18. CARLOS MARX, citado por Lenin en «El derecho de las naciones a la autodeterminación». Mayo/junio 1914.

19. V. I. LENIN, en «El derecho de las naciones a la autodeterminación». Obras completas, Tomo X X I.

que las nacionalidades son un absurdo... Los representantes de la joven Francia proclamaron que todas las nacionalidades y la nación misma son prejuicios anticuados... Los ingleses se rieron mucho cuando comencé mi discurso diciendo que nuestro amigo Lafargue y otros, que han suprimido las nacionalidades, nos dirigían la palabra en francés, es decir, en una lengua incomprensible para las nueve décimas partes de la audiencia. Luego di a entender que Lafargue, sin darse cuenta de ello, entendía por negación de las nacionalidades, al parecer, su absorción por la ejemplar nación francesa».[20]

Pero ni Marx ni Engels podían ir más allá de los límites que les imponía la época histórica en que vivían. El capitalismo, al entrar en su etapa imperialista e incorporar a su sistema a los «pueblos sin historia», desafía entonces a los teóricos socialistas de principios del siglo XX obligándolos a una redefinición de las relaciones entre «nacionalismo» y «socialismo», entre cuestión nacional y cuestión social. Y será Lenin quien dará la respuesta adecuada.

Este replanteo de Lenin está estrechamente ligado a su estudio sobre el fenómeno imperialista, pues si la sobrevivencia del capitalismo se hace posible gracias a la exportación del capital, es decir, a la dominación sobre las colonias, la conclusión natural es que la lucha por la liberación nacional en esas colonias adquiere un contenido revolucionario, al debilitar al capitalismo, reintroduciendo la crisis en los grandes países. De allí pues la necesaria revaloración del nacionalismo antiimperialista de las colonias y de su vinculación con toda política socialista. Así, mientras la mayor parte de los socialdemócratas se convierten al reformismo traicionando la esencia del socialismo

20. CARLOS MARX. 20-6-1866. Correspondencia Marx y Engels.

científico de Marx, aunque apelen a veces a la supuesta fidelidad a la letra fría, Lenin se constituye en el auténtico continuador, enriqueciendo la teoría -y por ende, la acción revolucionaria- en las nuevas condiciones históricas. Incluso hasta una auténtica revolucionaria como Rosa Luxemburgo cae en el error de oponerse a la reivindicación nacional de Polonia y contra ella Lenin apunta su artillería ideológica: «En el nacionalismo burgués de cualquier nación oprimida hay un contenido democrático general contra la opresión y a este contenido le prestamos un apoyo incondicional. Al mismo tiempo, lo distinguimos rigurosamente de la tendencia al exclusivismo nacional, es decir, luchamos contra la tendencia del burgués polaco a oprimir al judío, etc.. Desde el punto de vista de los socialistas es indudablemente erróneo desentenderse de las tareas de la liberación nacional en una situación en que existe opresión nacional».[21]

Más tarde, desarrollando estas ideas, Lenin sostiene: «Estamos ante una lucha de grandes tiburones por engullir "patrias" ajenas... Y son socialchovinistas, es decir, socialistas de palabra y chovinistas en los hechos, quienes están ayudando a "su" burguesía a saquear a otros países y esclavizar a otras naciones. Esta es la verdadera esencia del chovinismo: defender la patria "propia" incluso cuando sus actos están orientados a esclavizar las patrias de otros pueblos».[22] Y más adelante: «Los partidos socialistas que no hayan demostrado en toda su actividad que son capaces de liberar a las naciones avasalladas y construir las

21. V. I. LENIN en «El derecho de las naciones a la autodeterminación». Obras completas, Tomo XXI, pp. 332 y 353.
22. V. I. LENIN. «El oportunismo y la bancarrota de la II Internacional». Obras completas, Tomo XXIII, p. 193.

relaciones con ellas sobre la base de una libre unión, esos partidos traicionarían al socialismo».[23]

Después de condenar al nacionalismo reaccionario de los socialdemócratas europeos, Lenin dice: «Hay que establecer la diferenciación entre las tareas concretas de los socialdemócratas de las naciones opresoras y los de las naciones oprimidas».[24] Y refiriéndose específicamente a estos últimos afirma: «En los países semicoloniales, los socialistas deben no sólo exigir la inmediata e incondicional liberación de las colonias, sin compensaciones, sino que deben dar el apoyo más decidido a los elementos más revolucionarios de los movimientos democrático burgueses de liberación nacional en estos países y ayudar a su sublevación -o guerra revolucionaria en caso de que la hubiese- contra las potencias imperialistas que los oprimen».[25] Por supuesto que este apoyo debe darse críticamente e impidiendo que la burguesía convierta, a su vez, a esos socialistas en sirvientes suyos atándolos a una política antiimperialista, pero burguesa, que perjudique los intereses proletarios.

Así, el fenómeno imperialista ha modificado sustancialmente la relación entre nacionalismo y socialismo. Si para el análisis de Marx, referido a países cuya cuestión nacional estaba resuelta, el proletariado no tiene «patria» y todo nacionalismo es reaccionario, ahora, al dividirse el mundo entre países opresores y países oprimidos, Lenin enfoca el problema desde una doble óptica: por un lado, el nacionalismo resulta doblemente reaccionario para los

23. V. I. LENIN. «La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación». Obras completas, Torno XXIII, p. 241.
24. ídem, p. 254.
25. ídem, p. 250.

socialistas de los países adelantados en tanto implica la conciliación con la burguesía imperialista (consolidando al capitalismo), al tiempo que significa apoyar la explotación sobre los pueblos coloniales (sentenciando injusticia y atraso para ellos). Por otro lado, el nacionalismo -en su carácter defensivo, de «antiimperialismo» y lucha por la liberación nacional- debe ser asumido por los socialistas de los países atrasados como una de las batallas fundamentales a librar en el camino hacia el auténtico socialismo. Esa liberación de los pueblos coloniales tiene, a su vez, un doble carácter progresivo porque no sólo coloca al país atrasado en condiciones de desarrollar sus fuerzas productivas y abre las posibilidades del socialismo, sino que, al privar a la potencia imperialista de la renta colonial, reintroduce en ella la crisis deteriorando el maridaje entre la burguesía y el proletariado de la metrópoli y reproduciendo las condiciones para una auténtica lucha proletaria. «Por esta razón -dice Lenin- debe ser punto central en el programa socialista la división de las naciones en opresoras y oprimidas.»[26]

Para aquellos que no repiten el marxismo mecánicamente, el rumbo a seguir está claramente señalado por Lenin: «Sería profundo error pensar que la lucha por la democracia pueda desviar al proletariado de la revolución socialista o relegarla o posponerla. Por el contrario, así como no puede haber un socialismo victorioso que no realice la democracia total, el proletariado no puede prepararse para su victoria sobre la burguesía sin una lucha total, consecuente y revolucionaria, por la democracia. Y sería no menos erróneo eliminar uno de los puntos del programa

26. V. I. LENIN «El proletariado revolucionario y el derecho de las naciones a la autodeterminación». Obras completas. Tomo XXII, p. 41.

democrático por ejemplo, el punto sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación».[27]

Aquella polarización creciente entre una minoría enriquecida y una mayoría hambrienta -que había profetizado Marx- se daba ahora pero no en el plano nacional, sino en el plano mundial: un reducido grupo de naciones imperialistas y el resto del mundo hundido en el atraso colonial. Ello no significaba, por supuesto, que la lucha de clases dejaba de existir sino que esa lucha cambiaba de forma: ya no se daba invariablemente como enfrentamiento principal entre la burguesía y el proletariado, características del capitalismo en su etapa de desarrollo, sino que se manifestaba de este otro modo: por un lado, las burguesías imperialistas de los grandes países, con el apoyo del resto de las clases del gran país y la complicidad de las oligarquías de los países coloniales y enfrente las restantes clases de las colonias configurando movimientos nacionales de liberación, entre las cuales la clase obrera podría tener mayor o menor peso según el grado de desarrollo del país colonial. El progreso histórico se produce, entonces, en cada liberación nacional de un país atrasado que debilita al capitalismo como sistema mundial, mientras que, además, en cada colonia, esa liberación nacional se nutre al mismo tiempo de reivindicaciones sociales que expresan el avance de los sectores más explotados. La cuestión nacional se resuelve en las colonias como antesala de la revolución socialista y la pérdida de las colonias significa para las metrópolis el primer paso hacia el reencuentro con su propia cuestión social, aletargada en las últimas décadas por la abundancia lograda gracias al saqueo de Asia, África y América Latina.

27. V. I. LENIN. «La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación». Obras completas. Tomo XXIII, p. 242.

La cuestión nacional -a la cual Marx ya había otorgado debida importancia en la Alemania no unificada de mediados de siglo pasado- adquiere así una relevancia fundamental en toda política socialista. El socialismo debe asumir pues en las semicolonias un contenido antiimperialista, es decir, nacional, en sentido revolucionario.

No es extraño que este enriquecimiento de la teoría socialista provenga de un hombre como Lenin -socialista de un país hundido en la barbarie-y no de un socialista de la Europa adelantada. Debía ser así precisamente porque el eje revolucionario del socialismo, que Marx había previsto en Inglaterra o Alemania, pasa, a partir de la iniciación del imperialismo, por los países atrasados o como diría el mismo Lenin, por «los eslabones más débiles de la cadena». Por eso una consecuente concepción revolucionaria lleva a un socialista de un país sometido por el imperialismo a fundir la bandera de la liberación nacional con la de la lucha por la liberación de la clase oprimida, es decir, a sostener un socialismo de contenido antiimperialista y enraizado en las condiciones específicas de esa colonia o semicolonia, es decir, un socialismo nacional.

b. Los orígenes del socialismo nacional en la Argentina

No obstante la enorme presión del liberalismo oligárquico y del social-reformismo europeo, así como la composición social mayoritariamente artesanal-inmigratoria, apareció un ala nacional dentro del Partido Socialista de J. B. justo. Si bien en ese intento participaron José Ingenieros y Alfredo Palacios, el hombre que con mayor coherencia ideológica y tenacidad política enarboló la bandera del socialismo nacional fue Manuel Ugarte.

Nacido en 1875, Ugarte recibió el influjo nacional de la generación del ochenta y de la gesta latinoamericana de los grandes capitanes, antes que el imperialismo y la oligarquía consolidaran la superestructura cultural colonialista. Bajo esa influencia, Ugarte sintió como propia la penetración yanqui en Cuba y Puerto Rico en 1898 y poco después, durante su estadía en Estados Unidos, comprendió la gravedad del peligro imperialista. Esa sociedad industrial en expansión derramaría inevitablemente sus capitales y sus fuerzas militares hacia el resto de América Latina así como ya lo había hecho sobre el Caribe y Méjico, pensó Ugarte y allí nace su convicción de que hay que enfrentar al imperialismo y de que es imprescindible reunificar a la Patria Grande. Poco después, en Francia, adhiere al socialismo difundido por Jean Jaurés, pero en vez de aceptar mecánicamente sus ideas -subordinándose a la socialdemocracia declinante, como lo hacía Justo- Ugarte ensambla la lucha por la liberación de la clase oprimida con la liberación de los países oprimidos, es decir, revolución socialista y revolución nacional. Su óptica nacional-latinoamericana lo lleva a comprender la necesidad de enraizar esa ideología de liberación social en las especificidades propias del país adonde habrán de aplicarse y eso lo conduce a otorgar a la cuestión nacional (antiimperialismo, unidad latinoamericana, cultura nacional) un papel fundamental en la lucha por el socialismo. Así, para Ugarte, en un país atrasado, colonial o semicolonial, el socialismo debe ser necesariamente nacional.

Este desarrollo ideológico de Ugarte no alcanza por supuesto la profundidad del pensamiento teórico de Lenin al respecto, pero sin embargo, resulta importante pues, cuando los principales dirigentes de la socialdemocracia europea están cayendo en el nacionalismo reaccionario

-y muchos socialistas de pequeños países remedan esa actitud convirtiéndose en personeros del imperialismo-, Ugarte reivindica el nacionalismo de los países oprimidos desde una óptica socialista. Más aún y para evitar toda confusión, en varios artículos de la misma época, fustiga severamente al nacionalismo francés como expresión de la defensa de los peores intereses reaccionarios.

Munido de estas ideas, Ugarte ingresa al Partido Socialista de Justo en 1903, pero muy pronto choca con sus dirigentes los cuales le imputan «desviacionismo nacionalista». Negado en la Argentina por sus compañeros de partido, boicoteado por los intelectuales cipayos a quienes reclama que hagan «cultura nacional», juzgado peligroso desde la vereda conservadora por su adhesión al socialismo, repudiado por los fanáticos del porteñismo y el europeísmo en virtud de su campaña de unificación latinoamericana, Ugarte mantiene no obstante alta su bandera y brega tozudamente por un socialismo nacional. Entre 1911 y 1913 su figura se agranda en Latinoamérica como consecuencia de la gira que realiza por todas las principales ciudades denunciando al imperialismo yanqui y preconizando la unión de la Patria Grande. Durante esa campaña, sostiene en El Salvador: «En esta época el socialismo tiene que ser nacional... (1912)».[28] A su regreso a Buenos Aires, la polémica vuelve a encenderse con motivo de un artículo donde la conducción partidaria justifica como hechos positivos las conquistas yanquis en Méjico y Panamá y niega importancia a la cuestión nacional recubriendo, con la bandera del internacionalismo, su política pro imperialista. En la segunda semana de noviembre de 1913, Theodoro

28. MANUEL UGARTE. 4-4-1912. «Mi campaña hispanoamericana».

Roosevelt, el viejo pirata imperialista, creador de la política del Garrote, discursea en Buenos Aires, recibiendo el elogio de «La Vanguardia». En esos mismos días el partido resuelve la expulsión de Manuel Ugarte. Así, mientras una vez más demostraban su complacencia con el imperialismo, los socialistas de Justo erradicaban del partido al hombre que había levantado ideas que les eran ajenas: la liberación nacional del país respecto al imperialismo, la unificación latinoamericana, la liberación de la clase oprimida, la reivindicación de una cultura nacional-latinoamericana.

Expulsado del partido y al producirse la definitiva bancarrota de la II Internacional en 1914, Ugarte vira ideológicamente hacia el nacionalismo democrático que si bien modera el carácter revolucionario de sus ideas, igualmente continúa resultando mucho más progresivo que el socialismo antinacional de Justo. La lucha contra el imperialismo y por la unidad latinoamericana permanecen como sus objetivos fundamentales durante su exilio en Europa. Alrededor de 1930, en plena crisis económica, vuelve a reorientarse hacia el socialismo y en 1935 regresa a la Argentina para realizar un nuevo intento dentro del Partido Socialista. Reingresa entonces (¡su primera conferencia versa acerca del imperialismo!) y cuando aún no ha transcurrido un año, vuelve a ser expulsado. Los discípulos de Justo eran fieles al maestro y no permitían que el socialismo se contaminara introduciendo a la cuestión nacional como asunto central de su lucha. Diez años después, Ugarte adhiere a la revolución nacional peronista en la cual ve cumplida la mayor parte de las reivindicaciones por las cuales había luchado desde su juventud. Ugarte sabía bien que eso no era el socialismo, pero también sabía -cómo lo hubiese comprendido un marxista ortodoxo formado en Marx, Lenin y Trotsky- que la resolución de las tareas nacional-democráticas

creaban las condiciones para el ingreso al camino del socialismo, a ese socialismo nacional, antiimperialista y enraizado en Latinoamérica que él había vislumbrado cuatro décadas atrás. Los que lo habían expulsado dos veces del partido se hallaban, como era previsible, en el bando contrario, del brazo de los ganaderos, los grandes diarios y el capital extranjero. La vieja polémica quedaba dirimida por la historia y después de muerto Manuel Ugarte, el líder del movimiento nacional, Juan Perón, reafirmaría la certeza de sus ideas al sostener la necesidad de «un socialismo nacional».

c. Socialismo nacional y nacionalismo democrático

Una de las principales confusiones al analizar el enfrentamiento entre Ugarte y el partido de Justo -como así también al discutir si Perón es o no revolucionario- se origina en el colonialismo mental con que se pretenden aplicar a un país semicolonial, mecánicamente, los esquemas propios de la Europa capitalista. Se dice entonces que Ugarte durante varios años reemplazó su ideología socialista por una posición antiimperialista, pero que no cuestionaba, en lo interno, a la propiedad privada. De allí se deduce que cuando un socialista o un comunista -rara vez y abstractamente- condenaban a la propiedad privada, se colocaban a la izquierda del nacionalismo democrático de Ugarte. Este grueso error proviene de analizar la política de un país sometido por el imperialismo con los ojos de un europeo imperialista.

En un país colonial o semicolonial, la cuestión nacional es el problema fundamental a resolver. La clase dominante es una oligarquía (minera o agraria) asociada al

imperialismo y el orden que prevalece, en favor de esa alianza, significa la opresión sobre el resto de las clases sociales. Allí está la contradicción fundamental y por eso los movimientos nacionales asumen un contenido revolucionario, aún cuando no se definan como anticapitalistas. Porque si bien el país subyugado sufre, en última instancia, la opresión del capitalismo como sistema mundial en su etapa imperialista, esa opresión no se manifiesta como desarrollo capitalista en la semicolonia, sino todo lo contrario, como insuficiencia de capitalismo. De ahí que los primeros avances nacional-democráticos de la semicolonia signifiquen al par que la liberación de la opresión imperialista, el crecimiento de las fuerzas productivas en el marco capitalista. Los seudo izquierdistas distraídos protestan entonces porque la pretendida liberación nacional no avanza por el camino de la supresión de las clases sociales y después de escandalizarse porque esa revolución crea «nuevos ricos», pasan a la oposición donde inevitablemente la oligarquía reaccionaria los recibe con los brazos abiertos. En cambio, los desocupados, que no sufrían de capitalismo, sino de falta de capitalismo, se convierten en obreros e integran entusiastamente la caravana del movimiento nacional.

Un programa nacional-democrático (como el planteado por Ugarte en 1916, desde su diario «La Patria», o como el que puso en ejecución Perón en 1945), no puede calificarse como socialista, por supuesto. Nacionalizar Bancos y servicios públicos, controlar los cambios y el comercio exterior, defender las riquezas nacionales, desarrollar la industria, consolidar el mercado interno, significa romper la dependencia y favorecer el crecimiento de las fuerzas productivas, con la adhesión de los sectores populares que ven mejorar notablemente sus condiciones de

vida mientras la oligarquía, herida en sus intereses, conspira con apoyo imperialista. La circunstancia de que esta política no haya eliminado la propiedad privada, ¿conduce a calificarla de reaccionaria? ¿Justifica la oposición sistemática que lleva a coincidir con los sectores conservadores usufructuarios del coloniaje? O por el contrario, ¿un verdadero revolucionario deberá apoyar esta revolución en marcha luchando por la profundización del proceso?

En los países capitalistas altamente desarrollados, como Estados Unidos o Europa Occidental, toda política no socialista resulta necesariamente reaccionaria, pues defiende al orden burgués y allí existen sólo dos soluciones: la de la burguesía y la del proletariado. Pero este esquema, al cual se someten los intelectuales colonizados, despista a los que pretenden usarlo para analizar la realidad argentina y su proceso revolucionario. Porque aquí hay tres políticas posibles:

a. el liberalismo oligárquico, proimperialista y antipopular (oligarquía, trusts extranjeros y sus aliados nativos),
b. el nacionalismo democrático: antiimperialista y popular (movimientos nacionales policlasistas; proletariado, clases medias y aún burgueses «nacionales»),
c. el socialismo nacional: liberación del país de la dominación imperialista y de la clase obrera del yugo capitalista (frente nacional antiimperialista conducido por la clase obrera).

Durante el período de ascenso del nacionalismo democrático en la semicolonia, el auténtico socialismo sólo cumple un papel revolucionario si apoya críticamente el proceso, asumiendo el papel de ala izquierda de la Revolución

Nacional y pugnando porque la clase obrera se convierta cada vez más en actor protagonice del proceso. En vez de condenar al movimiento nacional porque haya burgueses en su seno -y al enfrentarlo caer en guatepeor y unirse a los oligarcas- ese socialismo luchará para que la clase obrera tenga hegemonía en el frente nacional, profundizando así su vigor revolucionario y dándole al antiimperialismo un contenido socialista.

El menor o mayor atraso de la semicolonia y la correlación entre sus clases sociales determina la duración de la progresividad histórica de este nacionalismo democrático. Las banderas antiimperialistas y populares signan en general la iniciación de las luchas revolucionarias en este siglo y con mayor o menor rapidez aparecen junto a ellas las reivindicaciones socialistas. Tal lo sucedido en la U.R.S.S. (de febrero a octubre, de Kerensky a Lenin), en Cuba (inicialmente un movimiento antiimperialista y democrático contra la tiranía entreguista de Batista) y en China (donde Mao levantaba la consigna de «la nueva democracia»). En los distintos casos, con mayor o menor rapidez, el nacionalismo democrático muestra finalmente sus limitaciones y entra en franca declinación. Su programa antiimperialista, pero capitalista, resulta ya insuficiente para resolver la crisis, dada la profundidad de la misma. Entonces va perdiendo progresivamente su base social porque mientras los trabajadores enarbolan banderas socialistas junto a las banderas nacionales y acaudillan a las otras clases explotadas, los que no quieren subvertir el orden constituido giran hacia la derecha y adoptan un nacionalismo reaccionario. Estos sectores se acorazan entonces, en la defensa de la patria -de «su» patria capitalista, de «su» propiedad burguesa- y la vieja y ladina oligarquía va entonces en su ayuda, ella, vieja vendepatria, porque sabe que el nacionalismo

reaccionario no sólo es reaccionario, sino que termina por ser antinacional (los golpes del nacionalismo oligárquico contra el irigoyenismo y el peronismo en 1930 y 1955 son ejemplos definitorios). Allí se comprueba que la única clase social consecuentemente nacional es la clase obrera y que sólo su hegemonía en el frente antiimperialista, con el consiguiente avance hacia el socialismo, puede evitar el triunfo de la contrarrevolución. Y asimismo se verifica que al aferrarse al orden capitalista, el nacionalismo reaccionario se convierte en el mejor aliado del imperialismo.

d. Socialismo nacionaly nacionalismo reaccionario

El nacionalismo reaccionario nace en la Argentina en la primera década del siglo y su expresión más clara es la Liga Patriótica Argentina. En esos momentos en que el país ha sido sometido al vasallaje por Inglaterra, ese nacionalismo -agitado por jóvenes de la oligarquía- no cuestiona esa dominación, sino que, por el contrario, se dedica a atacar toda tímida reclamación de justicia social. ¿Por qué, pues, nacionalismo? Simplemente como reacción ante las ideas izquierdistas que por entonces tienen como principales exponentes a obreros extranjeros. No obstante el reformismo y la desubicación de los socialistas y la estéril -aunque heroica- acción directa de los anarquistas, esa presencia izquierdista teñida de extranjerismo fue suficiente para que «los niños bien» de la clase alta adoptaran el emblema nacionalista. Además de su odio de clase, alimentaban esas ideas su nostalgia por el «viejo país», donde el estanciero gaucho era un señor que imponía el orden con sabor a medioevo.

Ese nacionalismo que imputaba exotismo a la izquierda no se nutría ideológicamente, sin embargo, en raíces propias, sino que también vivía como reflejo europeo. Maurras, Daudet y otros teóricos de la derecha francesa armaban de ideas reaccionarias a los oligarcas criollos, idealizando el pasado feudal y preconizando una sociedad con clases sociales petrificadas en estamentos jerárquicos, bajo la advocación de la cruz y la espada. Así, la nueva generación oligárquica, comprendiendo que el demoliberalismo de sus padres, con el peligroso sufragio universal, los llevaría a la ruina, prefirió masacrar obreros en la Semana Trágica fundando su interés de clase con ayuda de los ideólogos de la derecha francesa y más tarde, de los arrebatos fascistas de Mussolini. Así defendían, a su vez, la colonia de su Majestad Británica, pues el antiimperialismo, por supuesto, no entraba en sus meditaciones.

Europeizados, reaccionarios, antipopulares y medioevalistas, estos nacionalistas van a jugar con persistencia la carta del imperialismo. En 1930 son ellos los que voltean al nacionalismo democrático irigoyenista y en 1955 son ellos nuevamente los que interrumpen la Revolución Nacional al derrocar a Perón. En ambas ocasiones, ese nacionalismo de derecha actúa al unísono con el Partido Socialista y el Partido Comunista lo que significa que los partidos de izquierda, si carecen de base proletaria, no preocupan a estos reaccionarios. Porque ellos son, ante todo, antiobreros y no temen al socialismo antinacional alejado de las masas, sino a las masas que puedan evolucionar hacia el socialismo nacional.

En 1966, cuando el «libre juego democrático» parecía crear las condiciones para una victoria popular, el nacionalismo reaccionario reapareció bajo la forma de la «Revolución Argentina» y otra vez, mientras pretendían

instaurar un Franco en el poder y hacían gala de su amor al orden, se prosternaron ante el Pentágono y colocaron en los ministerios a personeros del imperialismo. La larga historia antinacional del nacionalismo reaccionario prueba que, en una semicolonia, el único nacionalismo posible es el antiimperialismo de los trabajadores. A la inversa, todo planteo «nacionalista» dirigido a rechazar «ideologías foráneas» revolucionarias resulta fiel a su contenido de clase oligárquico y se abraza con el imperialismo.

Este nacionalismo reaccionario ha reverdecido últimamente en la Argentina, ahora dentro del movimiento nacional, con el propósito declarado de frenar la creciente importancia del ala socialista expresada en la Juventud Peronista. La Alianza Libertadora Nacionalista, el C. N. U., la Juventud Sindical y otros grupos de cuyo patriotismo nada se supo durante los dieciocho años de interregno oligárquico, arrecian ahora contra el ala revolucionaria, ya sea con largas solicitadas en los diarios o con armamento pesado como el último 20 de junio en Ezeiza. Con clara lucidez reaccionaria no se dirigen contra los pequeños grupos de izquierda, escisiones del socialismo, del comunismo y del trostkysmo, sino contra aquellos que, bajo la bandera del socialismo nacional, ensamblan la lucha revolucionaria contra el imperalismo con la lucha contra el capitalismo. Si bien estos grupos tienen propensión a la crítica de las armas, no por ello dejan de usar, aunque muy pobremente, las armas de la crítica. Veamos algunas de ellas.

La fundamental reside en la afirmación de que el socialismo es una ideología foránea, infiltrada en el movimiento nacional. Curiosamente afirman esto los nacionalistas de derecha, imbuidos de la concepción reaccionaria del francés Maurras. Pareciera que ellos, con su complejo de culpa por someterse a la influencia del ideólogo imperialista,

quisieran exigir una ideología virginalmente argentina, ajena a toda contaminación, de los indios y los gauchos a nosotros, sin vinculación alguna con el resto del mundo en los últimos siglos. Pero esta crítica no es valedera porque no hay ideologías foráneas, porque las ideas pueden ser nacionales o antinacionales, pero no tienen patria. El socialismo puede ser nacional si asume una posición antiimperialista o puede ser antinacional si sostiene que el imperialismo es benéfico y le sirve de cómplice. Puede ser nacional, si entronca con las necesidades argentinas como resultado de una real comprensión de nuestro momento histórico o puede ser antinacional, si pretende aplicar mecánicamente políticas específicamente particulares con que, en otro país, se resolvió un problema local como a veces sucede con nuestros «cubanistas» o nuestros «chinófilos». El exotismo de una ideología está dado por el oportunismo hacia el imperialismo. Es exótico Federico Pinedo, por antinacional, por jugar coherentemente siempre de acuerdo con el imperialismo, aún cuando provenga de una vieja familia criolla y guste tomar mate en su estancia, debajo de un ombú. Pero el socialismo, como ideología que condena al capitalismo, no tiene patria, evidentemente. Como no tiene patria el nacionalismo, como no tiene patria el liberalismo, como no tiene patria el despotismo. La circunstancia de que haya surgido en un determinado país no significa que sólo allí puede aplicarse, porque entonces los argentinos estaríamos «infiltrados» por una numeración «foránea» arábiga, sufriríamos la «infiltración foránea» francesa al defender los derechos del hombre o la «infiltración foránea» inglesa al fomentar cooperativas. El socialismo que opera en un país semicolonial debe ser necesariamente antiimperialista, debe apoyar críticamente a los movimientos nacional democráticos en su lucha contra los nacionalismos

opresores imperialistas o acaudillar la revolución nacional democrática, según el caso. En este sentido, tiene que ser necesariamente nacional.

Además, el socialismo, en tanto teoría revolucionaria que cuestiona a un sistema de explotación y praxis dirigida a destruirlo y reemplazarlo por una sociedad igualitaria, necesita, para operar políticamente en un país dado, ahondar previamente en el conocimiento de esa realidad, analizar hasta desmenuzarlas las particularidades de esa sociedad que pretende subvertir. Porque las sociedades viven diversas etapas de desarrollo de las fuerzas productivas, tienen distintos ritmos revolucionarios y nada sería más descabellado que pretender lanzar la revolución en todos los países a un día fijo y a una hora determinada. Esa lucha por el socialismo -como sistema mundial de liberación- se da a través de cada una de las batallas nacionales, en el momento, con el modo y bajo el método que resulte más apropiado. En este sentido, también necesariamente el socialismo debe ser nacional.

Con respecto a la imputación de «infiltración» de que se hace objeto al socialismo nacional por parte del nacionalismo de derecha, cabe recordar que no han sido los jóvenes, sino el propio Perón -hace ya varios años- quien afirmó que «el capitalismo está perimido» y abogó por «el socialismo nacional» y la unidad latinoamericana, por lo que en realidad sería él mismo el «gran infiltrado» en su propio movimiento. Sin embargo, si de infiltración se trata, podría decirse que un movimiento que nació al calor de la clase trabajadora un 17 de octubre, que sólo fue defendido por ella en 1955 y que merced a la cohesión y resistencia de esa misma clase, llegó de nuevo al poder en 1973, está infiltrado por el nacionalismo reaccionario que quiere frenar la profundización de la Revolución Nacional, que

ansia detener el proceso de reactualización doctrinaria que el mismo Jefe del movimiento ha planteado como indispensable.

Esta prédica antisocialista resulta coherente en aquellos sectores del Movimiento enraizados en el nacionalismo oligárquico, como la Alianza Libertadora Nacionalista, por ejemplo, pero a primera vista parece insólita cuando se la oye brotar furibundamente de labios de dirigentes gremiales. ¿Cuál es la causa, se preguntan hoy muchos obreros, por la cual la burocracia sindical abomina del socialismo? ¿En qué puede perjudicar el socialismo a la clase trabajadora aún admitiendo que no la beneficiase? ¿Por qué los Miguel y Cía. denigran al socialismo nacional si ahora ya no puede decirse, como se dijo con razón respecto a la vieja izquierda, que está al servicio de la oligarquía, si ahora enarbolan esa bandera hombres del movimiento jugados decididamente contra el sistema y a quienes sería descabellado imputar vinculaciones secretas con cualquier minúsculo grupo antinacional? Lo que ocurre sencillamente es que los burócratas se han pasado a las filas del capitalismo, se han insertado cada vez más en el régimen y sólo representan los intereses de los trabajadores en tanto ello les permita defender sus propios intereses para coleccionar cuadros o estancias en el Paraguay, según el caso. Estos «obreros» que reclaman paz, orden y seguridad resultan así los más fieles defensores de un sistema que explota y veja cotidianamente a los trabajadores que ellos dicen representar. De ahí los estrechos abrazos que periódicamente se dan con los empresarios, continuación de los mimos que se hicieron con los jefes de la «Revolución Argentina» y que demuestra que si el nacionalismo reaccionario los acerca, el miedo al socialismo nacional los liga fervorosamente.

Por otra parte, la imputación de «extranjerismo» o «antinacionalismo» dirigido contra el Partido Socialista de Justo o el Partido Comunista de Codovilla, no alcanza en absoluto a la auténtica concepción socialista. Los socialistas de Justo fueron antinacionales, por la supeditación al liberalismo oligárquico y al socialismo deformado y claudicante de los europeos en la etapa imperialista. Y el Partido Comunista fue antinacional por la stalinización de la III Internacional, subordinada a los dictados de la burocracia soviética. Pero el socialismo nacional, al fundir la liberación nacional (argentina y por tanto latinoamericana) con la liberación social de la clase obrera, queda a salvo de toda imputación de exotismo. Porque es socialista, pero nacional. A su vez, la campaña confusionista de la derecha intenta igualarlo al nacional-socialismo, disparate ideológico porque si es nacional -no en el sentido imperialista del nazismo, sino en el sentido antiimperialista- es fundamentalmente socialista y cuestiona la propiedad burguesa.

e. Socialismo nacional y nacional-socialismo

El socialismo nacional no tiene nada en común, por supuesto, con el nacional-socialismo, sino que, precisamente, la inversión de palabras constituye una verdadera inversión de contenidos. Para Hitler, «nacional» encerraba su afán de predominio imperialista, la expansión de la Gran Alemania, «el pueblo elegido», sobre el resto del mundo, especialmente arrebatándole colonias a sus rivales imperiales. Y «socialismo» significaba corporativismo, es decir, la destrucción de las formas «democráticas» del capitalismo para reemplazarlas por una plutocracia representativa de

los grandes trusts. De tal modo que el carácter del nacionalsocialismo es doblemente reaccionario; en lo externo: nacionalismo expansivo, imperialista, en lo interno: predominio de los monopolios. Su índole dictatorial que lo diferencia solo formalmente de los otros imperialismos que conservan rasgos «democráticos», tiene un solo origen: al poseer pocas colonias -por haber llegado tarde al reparto del mundo- los monopolios sólo pueden permanecer dentro de las fronteras reprimiendo duramente toda protesta popular. Mientras en Inglaterra, la renta proveniente de las colonias aceita las fricciones entre las clases y permite dirimir «democráticamente» las disidencias, en Alemania e Italia, con menor expansión colonial, la clase dominante, que había vivido muy de cerca el peligro de la revolución en la primera postguerra, se desentiende de las formas democráticas y aplica el garrote en nombre de la grandeza nacional.

Estos rasgos exteriores (personalismo, destrucción del «juego democrático», etc), permitieron que se pretendiera establecer una similitud entre este nacionalismo de países opresores y el nacionalismo democrático del mundo colonial. A esta confusión -generalmente interesada- concurrieron además otros factores: en los países como la Argentina, dependiente de Inglaterra, el movimiento nacional se negó a atarse como furgón de cola a los «imperialismos democráticos» y por eso recibió muchas veces la imputación de pro nazi. Y no lo hacía por pro nazi, sino por argentino, es decir, antibritánico. A su vez, la vieja izquierda antinacional cuando se sintió vacía mientras los caudillos nacional-democráticos encabezaban a las masas, en vez de agregarse críticamente a la caravana en marcha, prefirió recurrir también a la similitud: el fascismo o el nazismo engañaba a los obreros enarbolando banderas nacionales.

Más allá de las posibles semejanzas formales y descendiendo al terreno de la lucha de clases, queda desnuda la verdad. Si tanto en Alemania como en la Argentina, los que reivindicaban la bandera nacional se enfrentaban con los izquierdistas, el proceso tenía un contenido totalmente distinto. En la Argentina, el irigoyenismo y el peronismo, las masas populares, luchaban por la liberación nacional (lucha históricamente progresiva) y lo hacían con la oposición de la izquierda (grupos artesanales que jugaban un papel reaccionario), pero su enemigo principal (al cual esa izquierda adhería) era la oligarquía vacuna, clase dominante aliada al imperialismo. En Alemania, en cambio, el nazismo luchaba por convertir al país en la gran nación imperialista (históricamente reaccionario) y lo hacía como expresión de la clase dominante[29] contra los izquierdistas, enemigo principal que allí sí había surgido como consecuencia del desarrollo capitalista y estaba nutrido del grueso de las masas populares. El sector social que dio apariencia popular al nazismo fue la pequeña burguesía como también la pequeña burguesía de Buenos Aires movilizó sus huestes para festejar la contrarrevolución de setiembre de 1955. Y ni uno ni otro hecho pueden otorgar a Hitler o a los «gorilas» el carácter de movimiento progresista.

El fascismo y el nazismo son, pues, la ideología del capitalismo sin colonias, del capitalismo trustificado que no consigue exportar sus excedentes, ni aprovisionarse de materias primas y mano de obra baratas, y entonces se arma y disputa a sus iguales la presa. Por ello no puede haber «fascismo» en las semicolonias donde el desarrollo de las fuerzas productivas se encuentra aún a bajo nivel. Pero

29. «Yo pagué a Hitler», de Fritz Thyssen, ex presidente del Trust Alemán del Acero.

no obstante, si hablamos de fascismo en los países atrasados entenderemos por tal al gobierno oligárquico, sostenido por el capital extranjero, que reprime a los sectores populares. Algo de esto sabe el contraalmirante Rojas que de puro liberal preconiza la libertad para «la selecta minoría» y en nombre de la democracia ha dejado una de las más claras huellas de represión fascista en nuestra historia. Esta es la única similitud posible y cuando el astrólogo López Rega sostiene que el socialismo nacional es el nacional-socialismo[30] deja al descubierto la infiltración oligárquica en el movimiento nacional, infiltración que reniega de las raíces obreras del 17 de octubre del 45 y que posibilita ese singular fenómeno de simpatía por el peronismo que observa ahora desde el bando «gorila». Unos y otros, el ala «fascista» del movimiento nacional, los Osinde y Cía, coinciden con el «fascismo» gorila -Balbín de por medio- en la ilusión de un Perón instaurador del orden y frenador del fervor revolucionario de las masas populares, un Perón con Miguel y sin clase trabajadora, con Carcagno y sin «formaciones especiales», con Isabel y sin el recuerdo subversivo de Evita, con Juventud Sindical y sin Juventud Peronista, con la astrología de López Rega y sin la influencia ideológica de Cooke. Pero el pensamiento metafísico los lleva al error a liberales y nacionalistas adoradores del orden burgués. Porque el mismo Perón sabe que en ese caso -quebrada la relación dialéctica entre masas y caudillo- éstas no tardarían en pasar sobre él en busca del socialismo.

30. JOSÉ LÓPEZ REGA «Las Bases», 3-8-1972, p. 46.

Capítulo 4

a. Socialismo y cuestión nacional en la revolución rusa

Desde el momento en que el imperialismo había convertido al mundo en un puñado de naciones explotadoras y un conjunto de pequeños países víctimas de esa opresión, Lenin había sostenido el carácter progresivo de la lucha por la liberación nacional por parte de las colonias y semicolonias. Una y otra vez había insistido en la necesidad de diferenciar al nacionalismo de los países opresores del nacionalismo de los países oprimidos y había manifestado que, sin dejar de tener por fin último la reconciliación de las razas y las naciones en una humanidad fraterna sin fronteras, era misión de los socialistas de los países adelantados luchar por la liberación de las colonias y correspondía, a su vez, a los socialistas de los países atrasados apoyar críticamente a los movimientos nacionales de liberación. «Del mismo modo -había dicho Lenin- que la humanidad puede llegar a la supresión de las clases sólo a través de un período de transición de dictadura de la clase oprimida, también puede llegar a la inevitable unión de las naciones sólo a través de un período de transición de total independencia de todas las naciones oprimidas, es decir,

de su libertad de separación».[31] Así como justificaba las guerras de liberación nacional, históricamente progresivas, repudiaba las guerras interimperialistas, históricamente reaccionarias, en las cuales las burguesías se disputan el botín colonial. Y por eso condena como traición al belicismo de los socialdemócratas en 1914 que baja el telón sobre la II Internacional.

Fiel a esta concepción, Lenin funda su posición respecto a la cuestión nacional al producirse la Revolución de Octubre. Tratándose de un imperio multinacional como la Rusia de los zares, donde los gran-rusos oprimen a otras nacionalidades, Lenin no apela al internacionalismo vulgar para quitar importancia e ignorar este problema, sino que lo aborda como un asunto fundamental: «En lo que se refiere a la cuestión nacional, el partido del proletariado debe, ante todo, defender la proclamación y la realización inmediata de la plena libertad de separarse de Rusia para todas las naciones y pueblos oprimidos por el zarismo... Plena libertad de separación, la más amplia autonomía local y nacional, bien elaboradas garantías de los derechos de las minorías nacionales: tal es el programa del proletariado revolucionario» .[32]

A su vez, Lenin fijaba los límites de esta política: «En la medida en que la burguesía de una nación oprimida lucha contra la opresora, nosotros estamos siempre, en todos los casos y con más decisión que nadie, a favor, ya que somos los enemigos más firmes y consecuentes de la opresión. Pero en la medida en que la burguesía de la

31. V. I. LENIN. «La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación». Obra Completa. Tomo XXIII, p. 245.
32. V. I. LENIN. «Las tareas del proletariado en nuestra revolución». Obra Completa. Tomo XXVI, pp. 490y491.

nación oprimida está por "su" nacionalismo burgués, nosotros estamos en contra. Luchamos contra los privilegios y la violencia de la nación opresora y en modo alguno transigimos con las aspiraciones de la nación oprimida a los privilegios».[33] Pero las disidencias entre las clases dentro del frente nacional-democrático no le hacen perder de vista la reivindicación principal: «Negar el derecho a la autodoterminación o a la separación significa inevitablemente, en la práctica, apoyar los privilegios de la nación dominante»[34].

Entonces, aceptar como válido «lo nacional» por parte de Lenin ¿significa repudiar al internacionalismo proletario? En absoluto. Lo fundamental, antes de abordar el problema de la cuestión nacional en un país dado es establecer si éste ha cumplido o no su revolución nacional-democrática. Porque el nacionalismo, bandera reaccionaria donde la cuestión nacional ya está zanjada, es bandera revolucionaria en un país oprimido. ¿Cuál es entonces la importancia del internacionalismo proletario?

b. Socialismo nacional e internacionalismo proletario

Cuando Marx lanza su convocatoria «Proletarios del mundo; unios» y sostiene que los obreros no pueden perder «su» patria porque «no la tienen», lo hace en la Europa del siglo **XIX,** en la etapa del capitalismo ascendente y competitivo. Para los trabajadores franceses, alemanes, ingleses, la patria

33. V. I. LENIN. «El derecho de las naciones a la autodeterminación». Obra Completa. Tomo XXI, pp. 331 y 332.
34. ídem. pp. 344 y 345.

sólo servía para que periódicamente se masacraran entre ellos, en los campos de batalla, en exclusivo beneficio de sus respectivas burguesías. Marx predica entonces el internacionalismo y denuncia a los que invocando «la unión nacional» o «la salvación de la patria» intentan^ en estos países nacionalmente independientes, convertir a los obreros en furgón de cola de la burguesía que los explota. «¿Cómo vamos a considerar ahora la justa o injusta cantidad de bienes que posee cada uno, en estos momentos en que la casa se está quemando?», lloriquean los burgueses. Y el socialismo parece contestarles: «Esa casa no es nuestra casa porque ella sólo nos depara esclavitud y si no repartís igualitariamente los bienes, resultaréis quemados junto con vuestra dichosa casa».

Por otra parte, el desarrollo capitalista producido durante el siglo pasado ha liquidado las distancias estableciendo una estrecha vinculación entre los más distantes lugares. La economía ya es mundial y todo localismo resulta ahistórico. De ahí que el socialismo, como ideología propiciadora de la nueva humanidad, deba superar toda óptica de aldea para valorar las causas y efectos mundiales, interrelacionados recíprocamente, que sellan un último destino común a los explotados de la Tierra. El triunfo del socialismo en un país favorece a la revolución en otro, así como inversamente, la consolidación de un régimen reaccionario en cualquier lugar del planeta, debilita todo avance de la revolución mundial. En un mundo de naciones constituidas, como en la Europa que conoció Marx, el internacionalismo proletario colocaba pues, por encima de las fronteras que sólo interesaban a la burguesía, la solidaridad de la clase obrera internacional. Esa solidaridad -en esa Europa para la cual escribía Marx y al margen del mundo colonial- implicaba la existencia de intereses comunes

establecidos directamente y que llevaban a planteos tales como la insurrección revolucionaria en caso de guerras capitalistas.

Esta concepción del internacionalismo proletario se ve afectada profundamente por la aparición del imperialismo. La coparticipación de sectores obreros de los países adelantados en la explotación del mundo colonial debilita los lazos de confraternidad. «El socialchovinismo, dice Lenin, es oportunismo en su forma más acabada. Está maduro para una alianza franca y a menudo vulgar con la burguesía ... Es la escisión del proletario internacional.»[35] Mientras en el país opresor la socialdemocracia se adueña de los obreros y los lleva a justificar la dominación imperialista en perjuicio de sus hermanos de clase, a su vez, en el país oprimido la lucha antiimperialista alinea en el frente nacional a los proletarios junto a sectores de su burguesía. Es cierto, en principio, que no hay directamente una comunión de intereses entre los obreros argentinos y los yanquis, pero sin embargo, en última instancia, la liberación de clase de los obreros norteamericanos tiene por prerrequisito indispensable la liberación de las colonias en poder del Tío Sam. Y en eso la lucha del proletariado del país colonial juega decisivamente. El triunfo del socialismo en «los pueblos sin historia», convertidos en eje de la revolución mundial a consecuencia del fenómeno imperialista, reintroducirá la crisis en los países adelantados donde, al cesar la lluvia de riqueza colonial y al recrudecer las contradicciones del sistema, surgirán a su vez condiciones para la lucha por el socialismo. Asimismo, el triunfo de la clase obrera en los países metropolitanos revertirá consolidando

35. V. I. LENIN. «El oportunismo y la bancarrota de la II Internacional». Obra Completa. Tomo XXIII. p. 196.

el proceso revolucionario iniciado en la periferia. «El internacionalismo del proletariado británico e indio no se basa, ni mucho menos en una analogía de condiciones, objetivos y métodos -dice Trotsky- sino en vínculos inquebrantables de recíproca interdependencia. Para qué el movimiento de emancipación de la India pueda triunfar, es menester que estalle un movimiento revolucionario en Inglaterra y viceversa. Ni en la India, ni en Inglaterra, es posible levantar una sociedad socialista cerrada. Ambas tienen que articularse como partes de un todo superior a ellas. En esto y sólo en esto reside el fundamento inconmovible del internacionalismo marxista.»[36]

Es decir, el internacionalismo proletario no significa en modo alguno arriar las banderas nacionales para los socialistas de los países oprimidos, ni significa antinacionalismo como lo practicaron los socialistas de Juan B. Justo en la Argentina colocándose una y otra vez en el bando de la oligarquía y enfrentando al movimiento nacional. Por el contrario, implica que, más allá de las luchas por la liberación y la unidad latinoamericana, debe extenderse la solidaridad a todos los explotados del mundo y que si bien la contienda se da en forma nacional, ella integra uno de los muchos frentes en que se desarrolla la batalla mundial contra el capitalismo. Porque además, en la lejana línea del horizonte, los revolucionarios que bregan por implantar el socialismo en su país tienen la convicción de que esa lucha está al servicio de una humanidad mejor, de un sistema superior de organización social donde el hombre desarrolle plenamente todas sus potencialidades, donde no sólo hayan desaparecido las clases sociales sino también las fronteras nacionales y las guerras.

36. LEÓN TROTSKY. «La revolución permanente», p. 17.

c. Socialismo nacional y socialismo en un solo país

Lenin enriqueció el marxismo al desarrollar la teoría del imperialismo y ésta lo llevó a plantear correctamente la relación dialéctica entre el nacionalismo progresivo de los países coloniales y el internacionalismo proletario. El socialismo nacional -o socialismo de raíz nacional, o socialismo del mundo colonial, como quiera llamársele- se presenta, pues, como la forma particular que asume el socialismo en las colonias o semicolonias donde la cuestión nacional resulta el eje de la lucha de clases y donde además es imprescindible enraizar la tarea revolucionaria en las condiciones específicas del país dado, rechazando así el antinacionalismo que, como reaseguro del coloniaje, difunde el imperialismo a través de su aparato de penetración ideológica. Pero, al mismo tiempo, este socialismo nacional se manifiesta como un momento de la revolución socialista mundial, en «el eslabón más débil de la cadena» y su triunfo concurre, al reintroducir la crisis en los países adelantados, al progreso histórico general en la línea de una humanidad sin clases y sin fronteras. El socialismo antiimperialista no choca pues con la solidaridad de los obreros del mundo sino que concurre a ella.

Pero el triunfo de la burocracia stalinista, después de muerto Lenin, deformará los principios fundamentales de la Revolución de Octubre e incidirá especialmente en la relación nacionalismo antiimperialista-internacionalismo proletario. La concepción nacional del socialismo se convertirá en nacionalismo ruso y el internacionalismo proletario en sumisión de los partidos comunistas del mundo a las conveniencias de la U.R.S.S. Stalin intentará entonces dar bases ideológicas a esta política con la tesis de «el socialismo en un solo país».

Marx confiaba en que la revolución socialista estallaría en Europa, en el siglo pasado y se produciría en países como Inglaterra o Alemania donde el capitalismo habría alcanzado un alto grado de desarrollo. La concentración del capital, al eliminar a miles de empresarios individuales, creaba las condiciones más favorables para socializar de un solo golpe toda una rama de industria y el enorme desarrollo de las fuerzas productivas, excesivas en relación a la demanda efectiva que generaba la sociedad capitalista, permitiría la distribución igualitaria de la riqueza. De otro modo, comentó Marx, «se socializaría la indigencia y recomenzaría la lucha por lo necesario y recomenzaría consecuentemente todo el viejo caos».[37] El paso del capitalismo a su etapa imperialista estabilizó al régimen en los países adelantados y trasladó el eje revolucionario a los países atrasados. Pero entonces, cuando triunfa la Revolución de 1917 en Rusia, aquel comentario de Marx se actualiza para definir el sino trágico de la nueva sociedad que está naciendo.

El profundo atraso de la Rusia zarista, a lo que se suma la postración producida por los años de guerra civil, pone en manos de los revolucionarios bolcheviques una economía de extrema miseria donde escasea lo indispensable. El reemplazo de la vieja estructura productiva, así como la pérdida de los mejores y más capaces revolucionarios en los campos de batalla, y en especial la muerte de Lenin, agravan la situación. Las condiciones internacionales operan también negativamente pues, a la derrota de los socialistas europeos que en la postguerra se encontraban a un paso del poder, se suma el cerco del capitalismo mundial. En esa sociedad donde todo escaseaba apareció el gendarme

37. LEÓN TROTSKY. «La revolución rusa y la burocracia soviética», p. 48.

para «repartir la miseria»: así nació la burocracia. La necesidad de la acumulación primitiva -no cubierta aún por el escaso desarrollo capitalista- hizo posible asimismo que esa burocracia se consolidara con el pretexto de que las masas debían ser obligadas a grandes sacrificios. El fervor revolucionario de Octubre se aquietó, los hombres de segunda fila pasaron a la dirección del partido, la obsecuencia y el servilismo trepó a las altas esferas y mientras el socialismo, triunfante pocos años atrás, se iba transformando en su propia caricatura, emergió como jefe supremo una figura siniestra: José Stalin.

«La burocracia -dice Trotsky- es socialmente necesaria cada vez que se presentan antagonismos ásperos a los que hay que "atenuar", "acomodar", reglamentar (siempre en interés de los privilegiados y de los poseedores y siempre en interés de la burocracia misma)... Los funcionarios y el ejército permanente, escribe Lenin, son parásitos en el cuerpo de la sociedad burguesa, parásitos engendrados por las contradicciones internas que desgarran a esta sociedad... El proletariado, explicaba Lenin en "El Estado y la Revolución", romperá la vieja máquina burocrática y formará su propio aparato de obreros y empleados y para impedirles que se transformen en burócratas tomará medidas estudiadas en detalle por Marx y Engels: a) la elegibilidad y también revocabilidad en cualquier momento, b) retribución no superior al salario del obrero, c) paso inmediato a un estado de cosas en el cual todos desempeñarán funciones de control y vigilancia, en el cual todos serán momentáneamente burócratas y por lo mismo nadie podrá burocratizarse. Un Estado fuerte, pero sin mandarines -agrega Trotsky- una fuerza armada, pero sin samurais... El programa bolchevique exige la sustitución del ejército permanente por la nación armada... Con las armas,

la fuerza material pasa inmediatamente a las organizaciones de trabajadores tales como los Soviets. El Estado, aparato burocrático, comienza a agonizar desde el primer día de la dictadura del proletariado... Pero al terminar sus veinte primeros años, el Estado, en Rusia, se ha transformado en una fuerza incontrolable que domina a las masas, el ejército, lejos de ser reemplazado por el pueblo armado, ha constituido una casta de oficiales privilegiados en cuya cima han aparecido los mariscales, mientras que al pueblo que "ejerce armado la dictadura" se le ha prohibido hasta la posesión de un arma blanca... Es cierto que la muerte de Lenin precipitó el desenlace. Si Lenin hubiera vivido más tiempo, el avance de la potencia burocrática hubiese sido más lento, cuando menos en los primeros años. Pero desde 1926, Krupskaya (la compañera de Lenin), decía a los opositores de izquierda: "Si Lenin viviera estaría seguramente en prisión"... La burocracia no sólo ha vencido a la oposición de izquierda, ha vencido también al partido bolchevique. Ha vencido al programa de Lenin, que veía el principal peligro en la transformación de los órganos del Estado, de servidores de la sociedad, en amos de ella. Ha vencido a todos sus adversarios -la oposición, el partido de Lenin- no por medio de argumentos y de ideas sino aplastándolo todo bajo su propio peso social. El último vagón fue más pesado que la cabeza de la revolución. Tal es la explicación del thermidor soviético."»[38]

La burocracia soviética -y su jefe Stalin- se habían adueñado de la revolución. Esto no significaba el regreso al capitalismo pues la condición de existir de la burocracia se fundaba en el mantenimiento de la propiedad colectiva

38. ídem. pp. 42 y 61.

de los medios de producción, pero produciría la deformación del socialismo en Rusia y traería hondas consecuencias en el desarrollo de la revolución mundial.

A mediados de esa década del veinte, Stalin lanzó la teoría del «socialismo en un solo país». En ella no planteaba la necesidad de un socialismo antiimperialista pues la URSS había ya extirpado de sí el cáncer imperialista que la dominaba en tiempos de los zares sino que, por el contrario, le otorgaba al socialismo ruso un carácter nacionalista reaccionario. «Nada debe esperar la URSS de otras revoluciones ajenas -decía en síntesis Stalin- sino que debe encerrarse sobre ella misma y desarrollar una política nacional. «La tesis de Stalin, comenta Trotsky, tiene exactamente el mismo nombre que el de la socialdemocracia alemana: se llama socialismo nacionalista, es decir, socialchovinismo o deformación nacionalista reaccionaria del socialismo.»[39]

Stalin funda su teoría apelando a la ley del desarrollo desigual del proceso histórico mundial, la cual sostiene que cada país tiene su propio ritmo de desarrollo y que la posibilidad de la revolución socialista está condicionada por esos rasgos específicos (correlación entre las clases sociales, nivel de las fuerzas productivas, etc.). Esta tesis correcta -que da fundamento al socialismo nacional- resulta deformada por Stalin quien le otorga un contenido exclusivamente nacional ruso, haciendo abstracción de todos los factores externos a Rusia como si ella estuviera fuera del planeta. En vez de un socialismo nacional en cada semicolonia, como parte de un proceso revolucionario mundial, él sostiene un socialismo nacionalista ruso como si en él comenzase y acabase la revolución mundial. Stalin no

39. LEON TROTSKY. «La revolución permanente», p. 13.

plantea ese socialismo, dice Trotsky, «como una característica típica a todos los países, sino como algo exclusivo, mesiánico, puramente ruso. Según Stalin, sólo en Rusia se puede levantar una sociedad socialista autónoma».[40]

El chovinismo ruso brota por todos los poros de este «socialismo». Así, la burocracia soviética, convertida en dueña de la III Internacional, se desentenderá de la revolución mundial. La Internacional se «rusificará» y supeditará la acción de todos los partidos comunistas del mundo a las necesidades de Rusia. «A partir de ese momento, la Internacional Comunista y con ella la célebre Sociedad de Amigos de Rusia no tiene más misión que salvaguardar la edificación del socialismo contra la intervención, es decir, que su papel se reduce, en puridad, a montar la guardia en las fronteras.»[41]

La política cerradamente nacionalista de Stalin consiste entonces en que «mientras el proletariado se consagra en la URSS a liquidar las clases y a edificar el socialismo, al proletariado de todos los demás países, volviéndolo de espaldas a las condiciones nacionales -y para el cual no rige la concepción nacional del socialismo- se le obliga a emprender acciones simultáneas a fechas fijas».[112] Es decir, el nacionalismo ruso se fundamenta en el desconocimiento de toda otra política nacional en el mundo y reniega así del auténtico socialismo, que si promueve la liberación nacional en las colonias y el enraizamiento en las condiciones particulares de cada país, lo hace entendiendo que esos diversos socialismos nacionales revolucionarios confluyen desde distintos ángulos en la revolución mundial.

40. ídem. p. 16.
41. ídem. p. 18.
42. ídem. p. 17.

Esta deformación nacionalista lleva ya en sus raíces el predominio ruso sobre Europa Oriental a partir de la Segunda Guerra Mundial. Allí se verifica la contradicción que corroe al socialismo ruso porque si bien impone en esos países la propiedad colectiva barriendo con las clases dominantes, les quita toda autonomía y los subordina a su interés nacional, con los efectos consiguientes: rebeliones en Polonia, Hungría, Checoeslovaquia, que el ejército ruso sofoca violentamente. En ese río revuelto de las insurrecciones juegan su papel las viejas castas privilegiadas y los agentes de la **C I A ,** como lo denuncian los diarios de Moscú, pero si no existiera una profunda deformación del socialismo en esos países, el mismo socialismo se bastaría para aislar a los agentes contrarrevolucionarios. Por el contrario, son los sectores populares, quienes, persiguiendo sus propios objetivos revolucionarios, enfrentan a los tanques rusos que les quieren llevar el «progreso histórico» como las grandes potencias llevaban antes «la civilización» a las colonias.

El triunfo de la burocracia en la URSS se reflejó inmediatamente en su predominio sobre la **III** Internacional y ello provocó enormes perjuicios a la expansión mundial del socialismo. La política de los burócratas rusos -defender a la URSS a través de una política cerradamente nacionalista que la desvinculase del resto del mundo y le permitiese edificar su socialismo en paz- se trasladó a la Internacional. Apelando a su condición de «revolucionarios triunfantes» y reduciendo el socialismo científico a un dogma, a una ideología cerrada imposible de enriquecer y que debía aplicarse mecánicamente, condujeron al movimiento mundial con frases sueltas de Marx, Engels y Lenin cuyo único objetivo era no crear problema alguno a la seguridad de la URSS. Así, cada partido comunista se convirtió

en un brazo de la burocracia soviética que tanto en la Argentina, como en España o en Alemania, sirve al interés nacional-ruso, es decir, arremete contra Alemania e Italia cuando Rusia está en guerra con ellas o condena a Inglaterra cuando Rusia pacta con Hitler, vocifera contra el imperialismo yanqui cuando Rusia choca con Estados Unidos y frena los movimientos antiimperialistas cuando así lo exige la «coexistencia pacífica». Por eso entonces el auténtico socialismo se desarrolla al margen de los partidos comunistas ligados a la III Internacional y las revoluciones sociales estallan con total desvinculación del partido comunista local y de la burocracia soviética, como sucedió en Cuba o cuando líderes nacionales indiscutibles (socialistas, pero nacionales como Mao o Tito) desobedecen las directivas lanzadas desde Moscú.

En los distintos países, cada partido comunista abrazó entonces con fervor la bandera internacionalista, desligándose de toda política antiimperialista real y de toda preocupación por analizar las condiciones reales en las que operaba. Su política venía trazada desde Moscú y el internacionalismo permitía actuar políticamente al margen de las condiciones específicas nacionales. Pero el internacionalismo era el barniz con que se recubría el verdadero rostro de esa política, que era lisa y llanamente, pro-rusa. De ahí su desvinculación de los movimientos nacionales de liberación en las colonias (Argelia es un caso típico), a excepción de aquellos casos en que, por un azar histórico, el país opresor estaba enfrentado a la URSS: por ejemplo, el partido comunista chino pudo llevar adelante una sistemática política antiimperialista durante la segunda guerra porque Japón, su invasor, estaba en pugna con Rusia. En cambio, en Uruguay o Argentina, por ejemplo, la entente Rusia-Inglaterra para enfrentar a Hitler cerró toda

posibilidad de antiimperialismo a los partidos comunistas rioplatenses.

Este sometimiento de los diversos partidos comunistas a la línea dictada desde Moscú, provocó inevitablemente su más extrema chatura ideológica. Para justificar las volteretas políticas en función de los cambios realizados por la diplomacia soviética fue necesaria una gran obsecuencia por parte de los partidos comunistas locales y a su vez su desconexión con las masas obreras cuya claridad acerca de sus intereses concretos no admite el vaivén del oportunismo, pero, además, exigió como condición esencial, que los militantes se acostumbrasen a explicaciones fáciles y no manejasen las categorías marxistas ni la dialéctica por cuenta propia. Cuando hubo alguno que pretendió hacerlo, se lo expulsó por «indisciplina».

Así, el socialismo nacional, al proponer la revolución nacional-en las colonias, cuya etapa democrática, más o menos breve, se continúa ingresando al socialismo, concurre a debilitar al imperialismo al mismo tiempo que favorece la democratización y el regeneramiento del socialismo en Rusia. Pues la expansión del socialismo en el mundo dejará sin argumentos a la burocracia y la obligará a soltar la presión sobre la clase trabajadora rusa. Por el contrario, su antítesis, el socialismo en un solo país devino en el atraso de la revolución mundial, en la difusión de un marxismo de parque japonés y en los últimos años ha conducido a consolidar al capitalismo a través de la coexistencia pacífica. Es decir, la aparente similitud semántica de estas dos concepciones estalla en los hechos en una antítesis irreductible: revolución o contrarrevolución.

La dimensión de las consecuencias funestas del «stalinismo» brota naturalmente al estudiar la historia del Partido Comunista en una semicolonia como la Argentina.

d. El stalinismo en la Argenrina

El Partido Comunista de la Argentina tiene su origen en una escisión producida en el Partido Socialista en 1918. Su denominación inicial -Partido Socialista Internacional- revela desde su nacimiento la incomprensión de la cuestión nacional y lo muestra como una rama del socialismo justista del cual difiere fundamentalmente por su apoyo a la Revolución Rusa y no por enfoques referidos al quehacer político concreto en la Argentina. El liberalismo oligárquico que encadena al Partido Socialista a la clase dominante como ala izquierda de la misma, también domina ideológicamente a este Partido Socialista Internacional, convertido en Partido Comunista a fines de 1920. Si esta enfermedad era grave, más grave aún sería, poco después, la transformación de este partido en obediente instrumento de la burocracia soviética. Triunfante el stalinismo en Rusia, sometida a sus dictados la Internacional, los dirigentes de los Partidos Comunistas del mundo deben subordinarse dócilmente a sus órdenes o en caso contrario, son remplazados por «funcionarios leales». El Partido Comunista de la Argentina perdió entonces toda independencia al igual que el resto de los partidos adheridos a la III Internacional. En su seno brotó una burocracia cuyo único programa fue la lealtad a Stalin y cuya concepción revolucionaria no iba más allá que servir a la madre Rusia. Es decir, era desechada la revolución mundial como producto de revoluciones antiimperialistas y socialistas en las colonias que resquebrajaran el poder del imperialismo y condujeran a insurrecciones proletarias en los países adelantados y en su lugar se levantaba como única meta la defensa de la URSS. El socialismo nacional, como revolución en cada país concurrente a una revolución mundial,

resultaba reemplazado por el socialismo nacionalista-ruso, como insularización y congelamiento de la revolución en un solo país, es decir, «socialismo» en Rusia, pero «no socialismo» en el resto del mundo. Por eso, las críticas del Partido Comunista a Juan B. Justo y sus amigos carecían de base sólida, pues en el fondo, el nuevo grupo representaba otro socialchovinismo que sacrificaba toda posible acción revolucionaria en aras de la exaltación y propaganda del proceso ruso, sin comprender que la mejor manera de concurrir a un auténtico socialismo en la URSS y en el mundo, consiste en que cada grupo luche por la revolución en su propio país.

La stalinización del Partido Comunista de la Argentina lo convierte entonces, en un mero títere que brinca, salta, hace reverencias o cae con las piernas abiertas sobre el escenario, según lo determinan los hilos que lo atan a Moscú. Esto implica necesariamente trasladar, a la organización interna del partido, el burocratismo, la férrea disciplina y la absoluta falta de democracia interna que impera en la URSS. Y asimismo, reemplazar la riqueza ideológica del marxismo por manualitos de vulgarización que sólo permiten memorizar algunas frases clásicas, al tiempo que crean una total incapacidad para interpretar la realidad y obtener conclusiones revolucionarias. Sólo difundiendo este marxismo envasado -del cual son gemas preciosas para una antología del horror las Obras Completas de Codovilla- resultaba posible justificar los bruscos virajes políticos, sin mayores discusiones con los militantes, en cada oportunidad en que giraba políticamente la burocracia soviética.

A fines de la década del veinte y después de conducir al desastre a la revolución china, Stalin abandonó su oportunismo hacia la burguesía y dio un vuelco hacia la «izquierda». La burguesía, que hasta hace poco tiempo era

una aliada conveniente dentro del frente antiimperialista, se tornó de pronto «fascista» y debía ser execrada. En ese momento el «codovillismo» define como «fascista» a Yrigoyen y ataca frontalmente al movimiento nacional, concurriendo así a crear las condiciones para el golpe uriburista del treinta. Derrotados los radicales, perseguidos y proscriptos, el «codovillismo» los rechaza como «expresiones de la burguesía» y persiste en hacer el juego a la oligarquía terrateniente. Pero en 1936 Stalin, ante el creciente peligro nazi, encuentra nuevas virtudes en los capitalistas ingleses y franceses, ordenando entonces a los Partidos Comunistas del mundo que se abracen con las burguesías imperialistas. En esos momentos, justamente cuando el radicalismo declina y su ala derecha levanta la abstención, «el codovillismo» modifica su posición y se une a Alvear para «defender la democracia». El caudillo popular Yrigoyen había sido «fascista» y ahora el galerita Alvear, que traicionaba la línea nacional y popular del irigoyenismo, ¡era democrático y progresista! Inglaterra y Francia eran, a su vez, portadores de «civilización y Hitler, la bestia parda».

En 1939, al producirse el pacto germano-soviético, el stalinismo les recuerda a los integrantes de la III Internacional que Inglaterra y Francia son ahora imperialistas, que ya no irradian civilización como meses atrás y que el Führer es un buen amigo. Entonces, ¡oh sorpresa!, los stalinistas argentinos denuncian al imperialismo inglés. Es la edad de oro del codovillismo argentino. El diario «La Hora», aplaude la lucha antibritánica de FORJA, los camaradas invitan a Raúl Scalabrini Ortiz a pronunciar discursos en sus locales y Ernesto Giudice publica «Imperialismo inglés y liberación nacional», donde se define por el neutralismo y denuncia como «antinacionales» a los socialistas por compartir «el liberalismo» en contra de «un punto de vista nacional

como el nuestro, en el desarrollo emancipador de los países semicoloniales»/[3] A veinte años de su creación el Partido Comunista parecía haber encontrado su camino, pero era solamente una coincidencia afortunada. El antibritanismo de Stalin había vuelto antibritánicos a todos los partidos miembros de la Internacional y en la Argentina, semicolonia inglesa, Codovilla había soplado la flauta y como el burro, había hecho música... por casualidad.

Poco después -a mediados de 1941-, Alemania invade Rusia y Stalin se arroja en los brazos de Churchill. Ese mismo día los stalinistas criollos borran todo lo escrito en los dos últimos años y vuelven a unirse a los oligarcas aliados al Imperio Británico. De nuevo, como antes de 1939, Inglaterra y Francia son «imperialismos», democráticos, es decir, bondadosos, mientras que Alemania es un «imperialismo totalitario» y feroz. De nuevo Scalabrini Ortiz y los hombres de FORJA son «fascistas» y otra vez Alvear es un «burgués progresista». Giudice esconde su librito y los ejemplares de «La Hora» de los últimos dos años «por razones de seguridad». ¿Acaso alguien había hablado de «liberación nacional»? ¿Acaso tenía algún sentido el imperialismo? Sólo la defensa de las instituciones democráticas contra el totalitarismo hitlerista preocupa ahora a los stalinistas. Y la oligarquía y el imperialismo agradecen satisfechos.

Más tarde, la consolidación de la alianza entre Rusia y las potencias occidentales, sellada en Yalta y Postdam, tendrá su reflejo en la Argentina en el apoyo del stalinismo a los partidos representantes de la Argentina colonial: es decir, la Unión Democrática. Y por ende Perón

43. ERNESTO GIUDICE. «Imperialismo inglés y liberación nacional». Editorial Problemas. 1940.

-exponente de esa lucha por la liberación nacional que ellos mismos habían preconizado entre 1939 y 1941- es considerado nazi. El remedo de monos reaccionarios respecto a los enfrentamientos mundiales demuestra indiscutiblemente la ligazón de hierro del Partido Comunista criollo a su casa matriz moscovita. Pero lo más grave es que todas estas volteretas se hicieron en nombre del socialismo y del materialismo histórico. Una política que prescindía absolutamente de todo análisis profundo de las relaciones entre las clases y se desinteresaba por descubrir los caracteres específicos de la sociedad en que pretendía operar, se cobijó bajo la bandera socialista enfangándola una y otra vez. «¡Viva la Unión Democrática! ¡Viva la Argentina libre de nazi-peronistas y reaccionarios! ¡Vivan las Naciones Unidas en la obra común de asegurar la paz y el bienestar para la humanidad! ¡Viva la Unión Soviética y el gran líder de la humanidad avanzada y progresista, Stalin!, vociferaba Codovilla en 1945»." Y se abrazaba a los ganaderos y a Braden, en la orgía del coloniaje. Esa era la siniestra caricatura del socialismo creado por Marx. Casi treinta años después, Rodolfo Ghioldi continúa reivindicando a la Unión Democrática y exaltando los bellos gestos del ganadero millonario Antonio Santamarina.[45] No lo hace sin embargo, por tonto o por tozudo, sino porque aunque quisiera, no tiene posibilidad alguna de autocrítica..., pues no puede explicar las reales causas de esas volteretas políticas. Una política contrarrevolucionaria puede ser explicada si se origina en un error de apreciación táctica o una mala

44. VICTORIO CODOVILLA. «Batir al Nazi-Peronismo para abrir una era de libertad y progreso». Informe presentado al Partido Comunista. 22-12-45. Editorial «Anteo».

45. RODOLFO GHIOLDI. Revista «Redacción» 7-9-1973.

caracterización ideológica. Pero una contrarrevolución -sin política-, sólo producto de la dócil obediencia a dictados ajenos, no puede ser revisada sin cuestionar toda una historia de traiciones al socialismo.

Durante los gobiernos peronistas, los stalinistas, según propia y orgullosa confesión, «fuimos los más perseguidos»"[6] y al llegar 1955 recibieron con alborozo el golpe oligárquico-imperialista. Más aún, con su perspicacia característica, Codovilla declaró que en el gobierno gorila había dos alas: la clerical y reaccionaria dirigida por Lonardi y «la que encabeza el contraalmirante Rojas, que se inclina hacia posiciones democráticas y de cierta resistencia al imperialismo».[47] Es obvio que Lonardi jugó también la carta imperialista, pero también es notorio que esa «línea democrática» del contraalmirante fue la que masacró obreros en José León Suárez. Ello no impidió que el codovillismo avalara la reforma constitucional de 1957 y pronunciara en la convención viejas monsergas liberalotas.

La política de «coexistencia pacífica» fue acentuando aún más el carácter antirrevolucionario del Partido. Así, fieles a la concepción de que las relaciones de la URSS con el imperialismo no debían ser perturbadas por conflictos revolucionarios en parte alguna del mundo, los stalinistas de la Argentina simpatizaron con el pacífico y tortuguiento gobierno radical entre 1963 y 1966. Entregados de lleno a administrar sus cooperativas, no advertían el profundo descontento popular ante la inacción del gobierno y la pérdida progresiva de apoyo en elecciones consecutivas. Más tarde, ya bajo la «Revolución Argentina», el pueblo argentino entró en un período de franca actitud insurreccional

46. «Nuestra Palabra». 23-9-1955.

47. VICTORIO CODOVILLA. «La Mañana», de Montevideo, setiembre 1955.

coronada por «cordobazos», «cuyanazos», «tucumanazos» y una vez más la historia pasó de largo sin que este pretendido partido comunista incidiera sobre ella. Luego, en las elecciones de marzo de 1973, donde la clase obrera votó prácticamente en su totalidad por el frente justicialista, nuevamente el stalinismo tomó otro camino. Esta vez había fabricado al burgués-progresista Osear Alende, al cual publicitó como a un líder bolchevique olvidando distraídamente la prédica macarthysta de Alende y su adhesión a los Centros Federales de Manuel Anchorena, expresión del nacionalismo oligárquico, muy poco tiempo atrás. En este mismo año, el señor Fernando Nadra continúa afirmando que: «Durante su gobierno, Perón ... ni siquiera puso en marcha las medidas que constituyen la revolución democrática, agraria y antiimperialista... Por el contrario, consolidó el régimen terrateniente, capitalista y dependiente del imperialismo». Y agrega: «Las conquistas reivindicativas de los primeros años del peronismo desaparecieron en los últimos en medio de grandes protestas y luchas de los trabajadores y el pueblo. De manera que no hubo socialismo ni gérmenes de socialismo, ni etapa previa, antioligárquica y antiimperialista».[48] Quizá por eso, porque el peronismo defendió a la oligarquía, el Partido Comunista asume la representación revolucionaria y propone este programa radicalizado que supera toda previsión del mismísimo Lenin: «Proponemos la sustitución del sistema presidencial, proclive a la arbitrariedad, por el parlamentario; el establecimiento de un régimen federal y popular, la cámara legislativa única, el sistema proporcional, la garantía de los derechos de prensa, palabra, asociación y reunión, el derecho de asilo, la plena igualdad de

48. FERNANDO NADRA. «Socialismo Nacional», p. 94.

derechos de mujer y hombre, la libertad de conciencia, la libre actividad de los partidos políticos, de las organizaciones sindicales y populares sin intromisión estatal, el carácter democrático y profesional de las fuerzas armadas y otras medidas similares». Y por si fuera poco agregan: «Jornada laboral semanal de cuarenta horas, vacaciones, salario mínimo vital y móvil, igual salario para la mujer y el joven, protección de la madre y el niño, condiciones especiales para el trabajador rural, seguridad social completa, vivienda, derechos sindicales plenos, entre otras reivindicaciones».[49] Con este programa furibundo, casi diríamos «ultra», el Partido Comunista de la Argentina infunde nuevo vigor e incontenibles bríos a la revolución mundial. Y la vieja oligarquía aprueba y sonríe satisfecha. También ella colaborará en «las campañas financieras».

e. Variantes izquierdistas y cuestión nacional

La política de los partidos Socialista y Comunista de la Argentina, en permanente antagonismo con las masas que hacían su experiencia en los movimientos nacionales (irigoyenismo y peronismo) quemó varias generaciones de bienintencionados pequeño-burgueses que retornaron decepcionados a sus casas, para ver pasar a los manifestantes desde el balcón, como dice el poeta Nicolás Olivari. La contradicción de estos partidos que se decían «representantes de la clase trabajadora» y en cuyas filas solamente por azar aparecía un obrero distraído, provocaba, además

49. ídem.pp. 162 y 165.

de cara vanas de escépticos, brotes rebeldes que culminaron en periódicas escisiones, produciéndose así esa diversidad de fracciones y matices que confunden a quienes no han pasado por alguna de las sectas. Una característica común sella, sin embargo, a la mayor parte de los cismas: el detonante que provoca la ruptura es un motivo extranacional. Es decir, el colonialismo de la izquierda es tan intenso y la polémica auténticamente marxista tan poco común, que no ha sido el proceso nacional, sino los acontecimientos revolucionarios del mundo, los causantes de disidencias.

La aparición del Partido Comunista, desgajándose del Partido Socialista, se funda en la actitud a tomar frente a la revolución rusa de 1917. El desgajamiento de los jóvenes del viejo tronco socialista (Partido Socialista de Vanguardia, 1961) es resultado del sarampión «cubanista» producido a partir de 1959, con el triunfo de Fidel Castro en Cuba. La ruptura de jóvenes comunistas (maoístas) con la dirección codovillista se produce a causa del enfrentamiento Rusia-China. La irrupción del «guevarismo», finalmente, si bien entronca con el intento armado del «Che» en Bolivia inserto en la revolución latinoamericana, tampoco obedece a una disidencia brotada en relación a una experiencia concreta de lucha en la Argentina. La ruptura del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) tampoco se origina en un replanteo acerca de la estrategia correcta en un país con marcadas singularidades como la Argentina, sino en el rechazo o la aceptación del «foquismo» preconizado por Guevara. Mientras el PRT «El Combatiente» se define por la guerrilla, el grupo PRT «La Verdad», es fiel a su viejo orientador Nahuel Moreno. Pero ambos mantienen la sustancial coincidencia con la izquierda cipaya: los primeros forman el Ejército Revolucionario del Pueblo y

sindican a Perón «como contrarrevolucionario»;[50] los segundos ingresan al Partido Socialista de los Trabajadores e igualmente repiten que Perón y Lanusse expresan una identidad política.[51] Ambos, más allá de sus distintos métodos de lucha, propugnan una política proletaria pura cuyo único programa es un socialismo neto que obsequiosamente ofrecen a la clase trabajadora mientras sindican al resto de los partidos y del pueblo como agentes de la burguesía. Por supuesto, no operan progresivamente en la política argentina, sino que repiten los viejos vicios del socialismo antinacional. Más allá de la heroicidad de los hombres del ERP, su desconexión con la clase obrera y sus golpes en el vacío, demuestran que «la crítica de las armas» no puede ir desvinculada de las «armas de la crítica«. Y que si llega un momento en que los fusiles definen, siempre detrás de ellos hay hombres que responden a una idea política y es ella la que indica cuándo y hacia adonde debe apuntarse. Todo lo demás es heroísmo sin política, es decir, como sostiene el escritor uruguayo Methol Ferré, «la política de la muerte» se convierte «en la muerte de toda política». A su vez, sus ex-compañeros otorgan un clasismo furibundo al Partido Socialista de los Trabajadores lo que no impide que en las últimas elecciones logren el apoyo del ala reformista y conservadora del Partido Socialista Popular que sigue a la doctora Moreau de Justo; el viejo socialismo antinacional de J. B. Justo los ha criado y el antiperonismo, es decir, el desconocimiento de la revolución nacional-democrática, los vuelve a unir.

En todos estos casos, no existe una autocrítica profunda y seria de los errores de los prohombres de la izquierda, ni

50. Reunión de prensa del E.R.P., del 30-6-1971.
51. Periódico «Avanzada Socialista», 15-3-1972.

de los desastres políticos cometidos por los viejos partidos de izquierda. Por ejemplo, un dirigente del Partido Socialista Popular sostiene aún en 1972 que «Juan B.. Justo fue un revolucionario»[52] y otro maoísta persiste en considerar a Stalin como una gran figura de la historia del socialismo. Unos y otros participan aún del mito de los grandes izquierdistas argentinos: Aníbal Ponce, Lisandro de la Torre, Alfredo Palacios, pero ninguno ha realizado su replanteo acerca de la relación entre cuestión nacional y socialismo en una semicolonia y por ende, no han logrado todavía comprender el fenómeno peronista.

La circunstancia de que se trate generalmente de jóvenes pertenecientes a la pequeña burguesía es otra de las causas de este permanente desentendimiento con las masas. Esa clase emparedada, sin política propia, ha jugado durante décadas como masa de maniobra de la oligarquía y sólo en los últimos años, al deprimirse notablemente su nivel de vida como consecuencia de la política económica de la «Revolución Argentina», se ha radicalizado y muchos de sus miembros se han «nacionalizado» ingresando a las filas del movimiento nacional peronista. Subsiste sin embargo, pesando aún especialmente sobre los sectores estudiantiles y profesionales, la vieja influencia cultural de la oligarquía. Formados en la universidad del régimen, el liberalismo oligárquico ha dejado en ellos tremendas secuelas. Y al combinar los mitos semicoloniales con un marxismo falsificado, persisten en dar crédito al viejo cuento de que las masas criollas, ineptas y bárbaras, no supieron encarrilarse tras los programas «civilizadores» y en cambio, tomaron el rumbo equívoco de los que agitaban consignas

52. Declaraciones del Presidente del Partido Socialista Popular, Víctor García Acosta, 17-7-1972. *Clarín.*

emocionales o nacionalistas para engañarlas. Recitan a Marx, pero recónditamente aún creen que las luchas políticas son cuestiones de cultura y no enfrentamiento de intereses. Así, los cultos -Justo, con sus estadísticas, Palacios citando a los filósofos griegos, Rodolfo Ghioldi repitiendo los cuadrados manuales rusos de divulgación ideológica- habrían sido los maestros incomprendidos por los descendientes de Facundo y El Chacho, impregnados de barbarie y atavismo, que prefirieron seguir a ese «sibilino curandero» que se llamó Yrigoyen o a ese «demagogo charlatán» que se llama Perón. En su desdén intelectual, no comprenden que la desvinculación de la cultura oficial por parte de las masas argentinas es el punto de partida de su clara visión política. Porque mientras los que han leído y admirado las hazañas «civilizadoras» de Rivadavia pueden terminar sirviendo objetivamente la causa de Federico Pinedo, los «incultos» podían intuir correctamente que ambos eran hombres al servicio del extranjero y que los caudillos federales y sus sucesores señalaban el rumbo del verdadero progreso histórico argentino. Esta sumisión a la ideología de la clase dominante se ha dado bajo diversas formas: la historia mitrista fue asimilada por la izquierda con el argumento de que los caudillos federales expresaban formas precapitalistas de producción y que los capitales ingleses introducían, en cambio, formas modernas; el librecambio y la división internacional del trabajo fueron defendidos recurriendo al internacionalismo proletario; el rechazo de la cultura nacional -elemento importantísimo en la lucha anti-imperialista- se fundamentó exaltando a los libros europeos; todo intento de redondear una concepción nacional a partir de la cual elaborar una política revolucionaria fue desestimada recurriendo, en cambio, a modelos que, por muy meritorios que fuesen,

se desarrollaban en otras condiciones (Argelia, China, etc.), trasladándolos mecánicamente, en vez de entenderlos como experiencias revolucionarias de las cuales deben destilarse sus rasgos más generales y obtener las mayores enseñanzas posibles que puedan aplicarse a nuestra lucha. Así, obnubilados por sucesos lejanos, pero atados ideológicamente a la clase dominante cercana, se constituyen en admiradores de revolucionarios auténticos pero en predicadores de revoluciones falsas. Y mientras pretenden convencer a la clase obrera que debe ser revolucionaria «para sí», ellos actúan objetivamente como contrarrevolucionarios «para otros».

La cuestión nacional es el punto de partida para la comprensión de la realidad argentina, de su historia, de su presente y de toda posibilidad revolucionaria futura. «Sería un profundo error -repetimos con Lenin- pensar que la lucha por la democracia pueda desviar al proletariado de la revolución socialista o relegarla, posponerla, etc. Por el contrario, así como no puede haber un socialismo victorioso que no realice la democracia total, el proletariado no puede prepararse para su victoria sobre la burguesía sin una lucha total, consecuente y revolucionaria por la democracia. Sería no menos erróneo eliminar uno de los puntos del programa democrático, por ejemplo, el punto sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación.»[53]

En este «error profundo» caen los ultraizquierdistas que se colocan así objetivamente en el campo de la contrarrevolución cuando no distinguen una política nacional-democrática de la política de la oligarquía, es decir, cuando equiparan a Perón con Lanusse. Mientras el liberalismo

53. V. I. LENIN. «La Revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación». Obra Completa. Tomo XXIII, p. 242.

oligárquico o el nacionalismo reaccionario en el poder llevarán a cabo una tozuda política de entrega al imperialismo y de hambre y represión contra los sectores populares, el nacionalismo democrático intentará, dentro de los moldes capitalistas, el desarrollo de una nación autónoma. ¿Cómo lo logrará?, o siquiera, ¿podrá lograrlo?, son preguntas que podemos y debemos hacernos, pero sin perder de vista que ese nacionalismo democrático inicia un proceso, pone en marcha una película cuyo fin puede variar según la actitud de los revolucionarios. Sostener que Perón, Balbín, Lanusse, Manrique, etc. expresan lo mismo y preconizar el voto en blanco, como lo han hecho varios grupos ultraizquierdistas en marzo de 1973, significa no sólo el más absoluto abandono del marxismo para analizar la realidad, sino, en la lucha política práctica, «ese profundo error» de que habla Lenin. Es, simplemente repetir al maestro Justo sosteniendo que «roquistas, alemistas, irigoyenistas, etc. son todos lo mismo y se pelean sólo por apetencias de poder» lo que equivale a decir que la lucha de clases es una humorada de Marx. Un «error» de esta dimensión -«un crimen», diría Talleyrand- tiene el condigno castigo y las masas populares ignoraron absolutamente a sus pretendidos mentores (1% de votos en blanco en las elecciones del 11-3-1973).

Más allá de la combatividad y las ganas de hacer la revolución, más allá de las críticas correctas a los candidatos conservadores del Frejuli y a la frenadora burocracia sindical, pervive en el fondo de estos «izquierdistas» ese marxismo mal aprendido de fin de siglo, importado de la socialdemocracia decadente y en el cual no tiene cabida la concepción de la cuestión nacional. Una vez más es necesario volver a Lenin: «Es absurdo contraponer la revolución socialista y la lucha revolucionaria contra el

capitalismo a una de las reivindicaciones democráticas, en el presente caso, la reivindicación nacional. Debemos combinar la lucha revolucionaria contra el capitalismo con un programa y una táctica revolucionarios en torno al conjunto de las reivindicaciones democráticas: república, milicia, elección de funcionarios por el pueblo, igualdad de derechos de la mujer, derechos de las naciones a la autodeterminación, etc. Mientras exista el capitalismo, todas estas reivindicaciones sólo son realizables excepcionalmente y además de un modo incompleto y desvirtuado. A la vez que nos apoyamos en las realizaciones democráticas ya conquistadas y denunciamos su carácter incompleto en el régimen capitalista, exigimos el derrocamiento del capitalismo, la expropiación de la burguesía como base indispensable, tanto para acabar con la miseria de las masas como para realizar *completamente, íntegramente,* todas las transformaciones democráticas.

Algunas de estas transformaciones serán iniciadas antes del derrocamiento de la burguesía, otras en el curso de su derrocamiento y otras, después de dicho derrocamiento. La revolución social no es una batalla única, sino un período que comprende toda una serie de batallas por transformaciones económicas y democráticas en todos los órdenes, batallas que sólo pueden culminar en la expropiación de la burguesía. Justamente en nombre de este objetivo final, debemos formular en términos rigurosamente revolucionarios *cada una* de nuestras reivindicaciones democráticas. Se puede concebir que los obreros de un país determinado derroquen a la burguesía *antes* de la realización integral de ninguna de las transformaciones esenciales. Pero no se puede concebir que el proletariado, como una clase histórica, pueda vencer a la burguesía sin estar preparado para ello por una educación en

el espíritu democrático más consecuente y enérgicamente revolucionario».[54]

El camino hacia el socialismo en los países semicoloniales -y debieran saberlo los admiradores de Cuba Socialista- no se inicia directamente socializando de la mañana a la noche la propiedad privada. Por el contrario, termina allí. Se inicia, como en Cuba, luchando contra el imperialismo y la oligarquía vendida y coincidiendo todo el resto de la población bajo la bandera de la revolución nacional. En el curso del proceso, luchando contra los conservadores que integran el propio frente, contestando al jaqueo imperialista, etc., la revolución nacional democrática encuentra su único camino posible, para ser coherente con ella misma, en el socialismo. Por eso, oponerse a un gobierno nacional-democrático cuando éste tiene aún el apoyo mayoritario de las masas populares, implica inconscientemente hacer el juego a los sectores reaccionarios que pretenden tumbarlo. De tan izquierdistas, dialécticamente, se convierten en su contrario y objetivamente le dan el abrazo a la oligarquía. En cambio, acompañar a la clase obrera en su experiencia bajo el gobierno nacional-democrático e ir desarrollando junto con ella las conclusiones que del proceso surjan, es el único camino revolucionario, a condición de mantener la independencia necesaria para señalar todas las claudicaciones y vacilaciones e indicar permanentemente las graves limitaciones de la ideología nacional democrática para resolver los problemas de un país semicolonial, hundido en la crisis, en esta etapa de agonía del capitalismo como sistema mundial.

54. V. I. **LENIN.** «El proletariado revolucionario y el derecho de las naciones a la autodeterminación». Obra Completa. Tomo XXIII, pp. 40 y 41.

Confundir al nacionalismo democrático con el resto de los partidos políticos reaccionarios significa favorecer a la derecha y apretar a la revolución nacional en un juego de pinzas cuyo usufructuario es el imperialismo (la'caída de Torres en Bolivia resulta un claro ejemplo.) Pero olvidar las reivindicaciones de la clase obrera en aras de un gobierno nacional-democrático, aduciendo que toda crítica pueda ser aprovechada por la oligarquía, implica someterse a la burguesía del país oprimido, que es antiimperialista y antioligárquica, pero no mucho, y tampoco por mucho tiempo. El verdadero socialismo, munido de una teoría y de una praxis revolucionaria no puede en una semicolonia marginarse de las masas ni de la Revolución Nacional. Pero ese socialismo, que pasa por las masas y la Revolución Nacional, será revolucionario a condición de no amenguar sus reivindicaciones de clase diluyéndolas en el nacionalismo democrático. Es decir, debe ser nacional, pero debe ser socialista.

Capítulo 5

a. Peronismo y revolución democrática

A partir de la crisis económica de 1930, aquella Argentina Agraria que había «inventado» el imperialismo británico y la buena voluntad de la oligarquía terrateniente, encontraba enormes dificultades para funcionar. En los años siguientes se llevaría a cabo la desvergonzada adecuación de los mecanismos del coloniaje a las nuevas condiciones de la economía mundial. El problema de las carnes se resolvió a través del Pacto Roca-Runciman entregando, a los frigoríficos extranjeros, la casi totalidad de la exportación. Los problemas monetarios fueron resueltos merced a los servicios de Federico Pinedo quien a través del Banco Central mixto, otorgó a la banca extranjera el control de la emisión monetaria y del crédito en la Argentina. La disputa entre las empresas ferroviarias inglesas y los industriales yanquis del automotor se falló a través de la coordinación de Transportes para bien de su Graciosa Majestad. El problema petrolero también se manejó en beneficio del imperialismo e igual solución se dio a la cuestión eléctrica a través de los escandalosos contratos con CADE y CIADE. Esta Década Infame fue coronada con el fraude que llevó a la presidencia de la Nación al doctor Ortiz, que había entregado largos años

de su vida al imperialismo como abogado de empresas inglesas. Frente a este ignominioso panorama, los radicales abandonaban la abstención y se insertaban en el sistema junto a los socialistas, al par que los stalinistas sólo se ocupaban de echar imprecaciones contra Hitler y propiciar el Frente Popular con los «demócratas» amigos de Inglaterra. En esas condiciones de profunda frustración y pesimismo, se desarrolló el período anterior a 1945. Sólo un fenómeno progresista se verificaba muy especialmente en los alrededores de Buenos Aires: a pesar de la resistencia de la oligarquía, la industria argentina crecía a ritmo sostenido, favorecida por la disminución de importaciones como consecuencia de la crisis económica mundial, primero, y por la guerra después. Muchos hombres y mujeres del interior se trasladaban al litoral y nacían rápidamente aquí y allá fábricas importantes que nucleaban gran número de obreros.

El golpe militar de junio de 1943 abre entonces un proceso que adquiere un carácter definido el 17 de octubre de 1945. Aquella tarde, la oligarquía vacuna, dueña de la Argentina Agraria, se estremeció de terror. No se trataba solamente de la liberación de un coronel a quien juzgaba ambicioso, autoritario y demagogo. Era algo mucho más grave: había visto irrumpir, tumultuosamente, en la historia argentina, a la clase obrera nativa. Hasta ese momento, los planteos antiimperialistas habían sido esgrimidos por una minoría pequeño burguesa -esos Scalabrini Ortiz, esos Jauretche- a la cual se había lapidado con el boicot del silencio. Y a su vez, los problemas sociales habían sido discutidos con una izquierda reformista, desarraigada del país, cuyo aislamiento del movimiento nacional había permitido asimilarla al sistema. Pero ahora, los más lúcidos miembros de la clase privilegiada intuyeron que la cuestión

nacional y la cuestión social se enlazaban peligrosamente y que esa muchedumbre que inundaba las calles y «metía las patas en la fuentes» vendría a objetar, tarde o temprano, no sólo el coloniaje, sino también la propiedad privada. Si bien quedaba mucho camino por delante, la Revolución Nacional, popular y antiimperialista, se había puesto en marcha.

La intervención desvergonzada del embajador norteamericano Braden, en apoyo de los viejos partidos del viejo país, señaló pocos meses después el indudable carácter nacional del movimiento. Y las gigantescas concentraciones populares definieron el indudable carácter democrático del movimiento (en el correcto sentido de la expresión «democracia», como gobierno de mayorías y no en la concepción tergiversada por el liberalismo oligárquico para disfrazar a los gobiernos fraudulentos y minoritarios). Pero si efectivamente la Argentina vasalla quedaría muy pronto atrás, la propiedad privada sería respetada por el peronismo triunfante. Es decir, la revolución tenía contenido nacional democrático, pero no socialista.

Durante muchos años habrá seudoizquierdistas que insistirán en este aspecto para rematar sus elucubraciones relamiendo con sorna esta conclusión: «Por tanto, Perón vino a defender a la clase dominante». Ni qué pensar lo que habría dicho Marx ante semejante disparate.

En 1945 ni existían condiciones para implantar el socialismo, ni Perón habló de socialismo, ni la clase obrera quería socialismo. Los trabajadores argentinos habían sufrido, durante años, desocupación, salarios míseros, hambre, no por excesivo desarrollo capitalista, sino precisamente por lo contrario, por ausencia de desarrollo capitalista, por el persistente boicot que el imperialismo inglés había dirigido contra toda fábrica que se intentase levantar

en la Argentina, condenando así a miles y miles de criollos a la desocupación crónica. Esa clase obrera no ansiaba liberarse del salario; por el contrario, quería un salario seguro en un trabajo seguro. No ansiaba el socialismo que la librase de la enajenación, sino algo mucho más concreto y humilde: comer. Y en la Argentina de 1945 existían condiciones históricas tales que permitían que la clase obrera mejorase su nivel de vida y tuviese leyes sociales favorables dentro del sistema capitalista. Más aún, permitía que, al mismo tiempo, los dueños de industrias también alcanzasen grandes ganancias. De allí que el movimiento peronista haya nacido como frente de clases, de allí que tuviese el apoyo masivo de los obreros, aunque no hiciese socialismo y que fuera extraordinariamente progresivo, aún cuando respetase a la propiedad privada.

Quien se opusiera a este proceso de liberación nacional -aún cuando lo hiciese en nombre del socialismo- terminaba tarde o temprano uniéndose a los sectores reaccionarios, defensores de la vieja Argentina agraria y semicolonial. Es decir, adoptaba un camino contrarrevolucionario, el mismo de quien se hubiera opuesto frontalmente a la Revolución Francesa imputándole que abriese camino al capitalismo, colocándose de ese modo junto a los nobles y el clero en defensa del mundo feudal. Por el contrario, un auténtico socialista entendía en 1945 que su papel era el de apoyar al movimiento nacional, imprimirle el mayor dinamismo revolucionario posible, criticarlo, pero desde una izquierda real, junto a la clase obrera y después de haber sindicado a la oligarquía y a sus cómplices como el enemigo principal. En este sentido, la auténtica tradición del socialismo revolucionario fue salvada en la Argentina por un grupo nucleado alrededor del periódico «Frente Obrero» en cuyo primer número se reproducía esta tesis elaborada

por Trotsky: «Los países coloniales y semicoloniales, son, por su misma naturaleza, países atrasados. Pero estos países atrasados viven en las condiciones de la dominación mundial del imperialismo. Es por esto que su desarrollo tiene un carácter combinado: reúnen, al mismo tiempo, las formas económicas más primitivas y la última palabra de la técnica y de la civilización capitalista. Esto es lo que determina la política del proletariado de los países atrasados: está obligado a combinar la lucha por las tareas más elementales de la independencia nacional y la democracia burguesa con la lucha socialista contra el imperialismo mundial. Las reivindicaciones democráticas, las reivindicaciones transitorias y las tareas de la revolución socialista no están separadas en la lucha por etapas históricas, sino que surgen inmediatamente las unas de las otras».[55]

Ese frente de clases liderado por Perón avanzó profundamente sobre el terreno enemigo durante diez años. Cortó los hilos que nos sujetaban colonialmente al dominio del Imperio Británico: Bancos, ferrocarriles, empréstitos externos, puertos, barcos, gas, líneas aéreas, seguros, teléfonos, comercio exterior. Quebrados los diques que habían reprimido el desarrollo de las fuerzas productivas, la Revolución Nacional consolidó y amplió la industria liviana. La liberación, empalmada con el desarrollo, ensambló entonces con la justicia social, conformando «las tres banderas» del justicialismo. El viejo país agrario quedaba atrás y la Argentina se lanzaba resueltamente hacia el progreso en todos los órdenes: el de la soberanía política, el del crecimiento económico, el de las conquistas obreras.

A través del control de cambios, una suculenta tajada de la renta agraria de la oligarquía pasó, durante esos años,

55. Periódico «Frente Obrero», setiembre 1945.

a financiar el desarrollo industrial. El mercado interno se consolidó y la importante demanda efectiva mantuvo un alto ritmo de crecimiento de las fuerzas productivas. A su vez, los raquíticos sindicatos del treinta fueron reemplazados por poderosas organizaciones, los convenios colectivos se aplicaron con fuerza de ley y las obras sociales, el turismo social y las jubilaciones y pensiones vinieron a sacar a los sectores de menores ingresos de una postración de décadas. Cuando se compara esa Argentina del año cincuenta con el país de diez años atrás queda evidenciada la tremenda estolidez de los seudoizquierdistas que repiten aún que «Perón engañó a los obreros» o que declaman que los «hipnotizó», mientras se manducan glotonamente ese poderoso café con leche y medialunas que nunca les faltó desde la niñez. Como asimismo, la incomprensión de los que sostienen que Perón defendió a los burgueses y «detuvo» la lucha de clases. ¡Como si Perón pudiese detener la rotación de la Tierra! La lucha de clases existió siempre, lo que ocurre es que el antagonismo principal de las clases sociales en la Argentina de esa época se daba entre la clase dominante (oligarquía vacuna aliada al imperialismo) por un lado, y el resto de las otras clases sociales (cuyo interés era la revolución nacional democrática), por otro. La clase obrera discutió convenios laborales con la burguesía industrial pero, por ahora, no le discutió la propiedad privada de sus fábricas. Muchos de estos empresarios no eran, sin embargo, peronistas. Favorecidos por los créditos del Banco Industrial y los tipos de cambio, dieron pruebas de su inconsciencia histórica adquiriendo casas de veraneo, criando perros de raza, renegando contra los delegados y el aguinaldo y contando cuentos verdes sobre Evita en las reuniones de directorio. Pero a pesar de todo eso, no constituían el enemigo principal y enfilar la lucha frontal contra

ellos hubiese significado hacer el juego a la oligarquía. A medida que el proceso se desarrolla y desaparecen las condiciones históricas de postguerra, esa alianza temporaria o conciliación entre el capital y el trabajo, preconizada y aplaudida por el nacionalismo democrático, se tornó más y más difícil. Años después, llegará el momento en que el ala derecha del movimiento nacional se pase al bando de la oligarquía mientras la clase obrera pase a hegemonizar el frente nacional. Entonces, la lucha de clases se simplifica, mostrando a los antagonistas clásicos (proletariado-burguesía) y recién entonces puede ser que la historia argentina se haga comprensible para los seudoizquierdistas que pretenden reducir la fabulosa riqueza del socialismo científico a un subcapítulo del Manifiesto Comunista escrito para la Europa de 1848. Pero la Argentina del 45 y del 50 estaba aún lejos de ese momento y Perón podía hablar de la «función social» del capital sin que nadie, en las bases, hiciera muecas de desagrado.

Por otra parte, el carácter progresivo de la revolución nacional, en tanto liberación del imperialismo y desarrollo de las fuerzas productivas, no debe llevarnos a creer que ésta puede reproducir en el país semicolonial el proceso de desarrollo capitalista que tuvo Europa en el siglo pasado. Los países como la Argentina, que han entrado tardíamente a la escena histórica, viven sus revoluciones nacionales en la etapa imperialista y eso le otorga a las mismas un carácter completamente distinto al que tuvieron las revoluciones democrático-burguesas de Inglaterra y Francia, por ejemplo. Esa imposibilidad está determinada por la debilidad de las burguesías nacionales de estos países incapaces de acaudillar con energía la lucha contra el imperialismo y la oligarquía nativa. Esta circunstancia nace de las condiciones particulares del desarrollo de estos países. Ante

todo, la vieja oligarquía está en pie y tiene un aliado poderoso, el imperialismo, mientras junto a la burguesía nacional se mueve la clase obrera, de quien la burguesía, por supuesto, desconfía, más aún, teme. En segundo lugar, el imperialismo penetra generalmente en algunas ramas de la industria, provocando bolsones de desarrollo que nuclean importantes masas obreras en fábricas cuyos propietarios no integran la burguesía nacional. Es decir, si en Francia toda fábrica creada en el siglo pasado significó un robustecimiento correlativo para ambas clases sociales, burguesía y proletariado, en la semicolonia la inversión extranjera provoca el crecimiento del proletariado... sin el consiguiente aumento del poderío burgués. Ducilo o la General Motors consolidan un importante sector obrero sin robustecer a la burguesía nacional sino por el contrario consolidando la vertiente proimperialista de la burguesía. De ahí que el proletariado se constituya entonces en la clase más «nacional» -es decir, más sistemáticamente antiimperialista- y que ello otorgue al proceso revolucionario un contenido cada vez más socialista. La revolución nacional en una semicolonia significa, por eso mismo, iniciar el camino hacia la revolución socialista. Las enseñanzas dejadas por las revoluciones producidas en este siglo así lo demuestran.

b. De la revolución nacional a la revolución socialista

Desde principios de siglo se planteó entre los socialistas rusos la discusión acerca de cuáles serían las características de la revolución que derrocaría al zarismo. Dado el atraso de Rusia y si se tomaba como modelo la historia de Europa, todo indicaba, a primera instancia, que la revolución debía ser burguesa, es decir, que su tarea sería quebrar

el absolutismo para dar paso a la democracia, romper los inmensos feudos para distribuir la tierra entre los campesinos y dar impulso a un capitalismo nacional. Pero ello implicaba una contradicción insoslayable con el hecho de que el proletariado ruso fuera la principal fuerza revolucionaria, pues resultaba absurdo que la clase obrera rusa realizase la revolución para luego servírsela en bandeja a la burguesía, que luego se ocuparía de usufructuarla explotando, a su vez, a quienes la habían llevado al poder. En general, los mencheviques argumentaban que dado que la revolución sería seguramente una revolución burguesa, era la burguesía la que debía dirigirla y el proletariado sólo podría presionar desde la izquierda, dentro del frente democrático. Lenin, por el contrario, sostenía que la cuestión clave de la revolución era la destrucción de la propiedad terrateniente y como la burguesía liberal estaba demasiado atada a la nobleza terrateniente, la resolución del problema agrario determinaba que la conducción revolucionaria se realizase a través de una alianza de obreros y campesinos. Se instauraría pues «una dictadura democrática de obreros y campesinos», sostenía Lenin, pero era más bien entendido por sus compañeros de partido en el sentido de «revolución democrática» y no de «revolución socialista». El problema resultaba complejo pues se trataba de un país hundido en el atraso y en la barbarie al cual correspondería una revolución democrática, pero cuya burguesía era tan atrasada y débil que ya no era capaz de acaudillarla y cuyo proletariado tenía el vigor revolucionario para implantar el socialismo para el cual parecía que *todavía* no existían las condiciones indispensables. A esta polémica, que duró años, se sumó en 1906 la teoría de la «revolución permanente» elaborada por Trotsky, a la cual finalmente adhirió Lenin en abril de 1917 y cuya validez fue corroborada por la misma Revolución Rusa.

La revolución de febrero de 1917, que había llevado al poder a Kerensky, era, sin duda, una revolución burguesa. Pero, dice Trotsky, «en tanto revolución burguesa había llegado demasiado tarde y no podía tener una consistencia íntima. Desgarrada por sus contradicciones internas, esta revolución debía o bien trasformarse poniendo rumbo hacia la revolución proletaria o bien, bajo algún tipo de régimen burgués oligárquico, hacer retroceder a Rusia hacia una condición de país semicolonial».[56] El trámite hacia la revolución socialista sólo podía realizarse, consideraba Trotsky, bajo la dirección del proletariado, con apoyo campesino y no bajo la forma de una alianza entre las dos clases, pues el campesinado podría prestar apoyo pero no crear un partido verdaderamente revolucionario. «La dictadura del proletariado, sostiene, se convertirá en el instrumento para la realización de los fines de una revolución burguesa históricamente atrasada. Pero al llegar al poder el proletariado se verá obligado a hacer cortes cada vez más profundos en el derecho de propiedad privada, abrazando con ello las reivindicaciones de carácter socialista.»[57] Y agregaba: «La revolución permanente quiere decir una revolución que no se aviene a ninguna de las formas de predominio de clase, que no se detiene en la etapa democrática y pasa a las reivindicaciones de carácter socialista, abriendo la guerra franca contra la reacción, una revolución en la que cada etapa se basa en la anterior y que no puede terminar más que con la liquidación completa de la sociedad de clases».[58]

56. LEÓN TROTSKY. «Las Lecciones de Octubre» en «La revolución permanente», Editorial Pasado y Presente, p. 34.
57. LEÓN TROTSKY. «La revolución permanente», p. 31.
58. ídem, p. 33.

Ya Marx en el Manifiesto había sostenido que la revolución burguesa que se avecinaba en Alemania -dado que se produciría existiendo un proletariado mucho más potente que el de Inglaterra y Francia, en el momento de sus respectivas revoluciones democráticas- debía constituirse, seguramente, en el preludio inmediato de una revolución proletaria. Si bien esto no se produjo y Alemania recorrió rápidamente la etapa capitalista entrando a la imperialista, esta observación resultaba válida como fundamento de una teoría aplicable a las revoluciones en los países atrasados donde la solidez de la burguesía es mucho menor y el poderío del proletariado mucho mayor, debido al desarrollo combinado. De ahí la elaboración posterior de Trotsky. De ahí esta apreciación, aplicable tanto a Rusia como a la Argentina: «Dado que el principal papel en los países atrasados no lo desempeña el capitalismo nacional sino el capitalismo extranjero, la burguesía del país en lo que respecta a su situación social, ocupa una posición mucho menos importante que la correspondiente al desarrollo de la industria. Teniendo en cuenta que el capitalismo extranjero no importa obreros sino que proletariza a la población nativa, el proletariado del país comienza bien pronto a desempeñar el papel más importante en la vida de la nación».[59] Cuando se vive pues un momento en que la revolución nacional antiimperialista ya no puede ser llevada adelante por la burguesía, cuando la burguesía se niega a expropiar al imperialismo y a la oligarquía porque teme cuestionar la propiedad privada con argumentos que mañana le puedan ser aplicados a ella misma, el proceso empieza a desandar su camino hacia un nuevo coloniaje o, en cambio, la

59. LEÓN TROTSKY. «Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina», p. 14.

clase obrera asume la hegemonía del frente antiimperialista y entonces profundiza la revolución entrando en vías socialistas.

Las revoluciones socialistas de este siglo demuestran la corrección de este planteo. No sólo el caso Rusia sino también el de China, o Yugoeslavia o Vietnam, por ejemplo, muestran cómo el inicial planteo de carácter nacional-democrático tiende inevitablemente a desenvolverse, profundizando su contenido revolucionario, hasta culminar en el ingreso al socialismo. Otro ejemplo al respecto es Cuba. La lucha comienza como momento de liberación nacional-democrática para derrocar a la tiranía de Batista aliada a los monopolios yanquis. Fugado el dictador, a principios de 1959, mes a mes la revolución nacional se radicaliza deshaciéndose de sus sectores conservadores (por ejemplo, el presidente Urrutia) y avanzando, para ser consecuentes con la bandera de liberación nacional, por el camino socialista. Para hacer política nacional en Cuba hay que someter al gran capital yanqui clavado en la carne de la isla, pero en su reemplazo, no surge esa burguesía que en Francia o Inglaterra ocupó rápidamente el lugar de la nobleza y el clero como clase dominante y expropió para sí la victoria democrática. El Estado, las cooperativas y otras formas de control popular pasan a ocupar ese primer plano, mientras las masas, a través de sus caudillos, se constituyen en la columna vertebral de la revolución. La lucha contra el imperialismo se corona así en el cuestionamiento de la propiedad privada capitalista.

Las características del proceso nacional-democrático de la Argentina exigen tener muy presente estas experiencias revolucionarias. No porque se pretendan trasplantar modelos ajenos, sino porque la manera de desarrollarse el proceso, así como las reivindicaciones sostenidas en

la etapa democrática y en la etapa socialista, coinciden en sus rasgos generales con las del proceso argentino, más allá de las peculiaridades propias de cada país (como por ejemplo, la notoria diferencia entre la burguesía nacional en la Argentina, en relación a Cuba). La tesis general resulta valedera: «La etapa democrática se convierte así en los países atrasados en el preludio inmediato de la revolución socialista, unidas ambas por un nexo continuo. Entre la revolución democrática y la transformación socialista de la sociedad, se establece por tanto, un ritmo revolucionario permanente».[60]

c. Los límites del nacionalismo democrático

La revolución nacional-democrática iniciada aquel 17 de octubre de 1945 en la Argentina, había avanzado victoriosamente los primeros años, quebrando la subordinación al imperialismo inglés y resistiendo el embate del imperialismo yanqui. La etapa de la industria liviana ya estaba cubierta y era necesario entrar en la otra faz, la del desarrollo de la industria pesada. Pero diversas circunstancias retrasan el proceso y se conjugan, bajo la segunda presidencia del General Perón, para crear una grave alternativa. Las sequías de 1951 y 1952 han reducido el volumen de divisas disponibles y, al mismo tiempo, las potencias imperialistas, recuperadas de sus heridas de la guerra, reanudan ahora su presión expoliadora sobre los países en desarrollo. Si hasta hace poco el control de cambios ha permitido financiar la industrialización, transfiriéndole parte de la renta agraria de la oligarquía, el mecanismo ya no resulta

60. LEON TROTSKY. «La revolución permanente», p. 35.

capaz de continuar bombeando el crecimiento de las fuerzas productivas. ¿De dónde obtener los capitales necesarios para financiar el nuevo proceso? ¿Cómo extraer petróleo en cantidades suficientes y cómo desarrollar una poderosa siderurgia? ¿Cómo fabricar tractores y camiones, intensificar la explotación del carbón, impulsar la petroquímica y multiplicar la producción de electricidad? Por otra parte, la conciliación del capital y el trabajo había sido posible en la Argentina de posguerra en virtud de la masa de divisas disponibles y de una política de desarrollo industrial a ritmo sostenido. Ahora, resultaba cada vez más evidente la imposibilidad de esa política. El imperialismo volvía a hacer sentir su expoliación a través de los términos del intercambio, mientras el crecimiento de las fuerzas productivas se desaceleraba notoriamente. Al mismo tiempo, a la burguesía nacional ya le parecían demasiadas las cargas sociales, las obras sociales y los precios máximos, mientras, a su lado, la clase obrera tomaba cada vez mayor conciencia de su fuerza y de sus derechos. Doblemente difícil resultaba, pues, conjugar intereses cada vez más contrapropuestos, especialmente en esos momentos en que la revolución nacional debía dar un salto cualitativo para el cual necesitaba una importante masa de recursos.

Las medidas adoptadas en ese período, como respuesta a estos problemas, son un fiel reflejo de las contradicciones internas del movimiento nacional. Por un lado, se realizan Congresos de la Productividad, se proyectan contratos petroleros con compañías imperialistas, se modifica el régimen de inversiones extranjeras para alentar las radicaciones, y se reorienta la política monetaria, conteniendo la inflación, es decir, pareciera que la Revolución Nacional pretende encontrar su camino negociando con el capital extranjero y subsidiariamente aumentando el ahorro

nacional en base al esfuerzo de los trabajadores. Por otro lado, desde las altas esferas se prohija la creación del Partido Socialista de la Revolución Nacional, se habla de crear milicias obreras y se coloca en puestos de comando a revolucionarios como John W. Cooke, como si se buscase la solución por el camino del socialismo, convirtiendo a la clase obrera en principal protagonista del proceso. Empresarios nacionales, capitales extranjeros y utopismo desarrollista por un lado y clase obrera, confiscación de la oligarquía y socialismo nacional por otro, parecen ser las opciones ante las cuales vacila la Revolución Nacional. Así también, en los momentos álgidos de mediados de 1955, el Jefe del Movimiento convoca un día a «la unión nacional» proclamando que «la Revolución ha terminado» y poco después, arenga a las masas sosteniendo que «por cada uno que caiga de los nuestros caerán cinco de los de ellos». Asimismo, mientras por un lado se consolida alrededor de Perón una burocracia obsecuente y frenadora, por otro lado surgen las primeras expresiones de una literatura política que, desde distintos rumbos, revisa las posiciones de la vieja izquierda y aporta los fundamentos ideológicos que concurren a un socialismo nacional antiimperialista y latinoamericano. Enrique Rivera y Jorge A. Ramos, de extracción trotskysta, Rodolfo Puiggrós, disidente del partido comunista; John W. Cooke, peronista, y Juan José Hernández Arregui, de origen radical sabatinista, marcan ya los hitos de la nueva etapa de la Revolución Nacional.

Chumbada por los intelectuales exquisitos, jaqueada por el imperialismo, usufructuada por la burguesía nacional y acechada por la oligarquía, la Revolución Nacional -y su caudillo al timón- detienen un momento la marcha para buscar el rumbo. Y la oligarquía salta entonces desde las sombras aquel **16** de setiembre de 1955. Nada hicieron

los burócratas sindicales para defender al gobierno nacional-democrático. Menos aún, la burguesía nacional. Sólo de las barriadas populares salieron los nietos de los montoneros, trepándose a los camiones con palos o escopetas viejas, mientras los marinos descendientes de Nelson encañonaban a la ciudad bajo la bendición del imperialismo.

Desde aquel nefasto setiembre de 1955, la Argentina rueda de traición en traición, de entrega en entrega. La oligarquía enajena la riqueza nacional, redistribuye el ingreso nacional en favor suyo y de los monopolios extranjeros, favorece la colonización pedagógica y sentencia hambre, desocupación y represión, que va desde la tortura hasta los fusilamientos, para los sectores populares. Pero cuando la oligarquía gozaba exultante de esta doble Década Infame, creció desde lo más hondo de las raíces argentinas una indignación incontenible que asumió pronto formas insurreccionales. El «cordobazo» resultó una visión dantesca para las clases privilegiadas. El suelo se hundía bajo sus pies. Los políticos corrompidos y los gremialistas «participacionistas» habían quedado atrás, sobrepasados por una marea popular indetenible. «Tucumanazos» y «cuyanazos» brotaron después. Y el frío del pánico corrió por la columna vertebral de la oligarquía. La represión significaba jugar con fuego y entonces prefirió enhebrar una sutilísima maniobra dirigida a encerrar al caudillo y a su movimiento en una trampa «democrática». Integrarlo, sobornarlo, engañarlo... Pero la estrategia política de Perón y la permanente resistencia popular condujeron a la oligarquía al callejón sin salida del 11 de marzo de 1973.

En esas elecciones, el triunfo de la fórmula Cámpora-Solano Lima significó que después de dieciocho años volvía a proyectarse sobre el mapa de la Argentina aquella película cortada en setiembre de 1955. La Revolución Nacional

reiniciaba la marcha y apenas dio los primeros pasos chocó de nuevo con aquel dilema de hierro al cual se había visto enfrentada en 1955. Pero las condiciones históricas no eran las mismas, los protagonistas habían madurado, incluso hablaban otro lenguaje y la opción era coreada ahora en las calles por grupos antagónicos del mismo movimiento nacional.

d. Patria peronista o patria socialista

Aquel nacionalismo democrático expresado en las tres banderas justicialistas que marcó el camino de la Revolución Nacional en su primera etapa, resultaba progresivo en tanto las condiciones históricas del país permitiesen el desarrollo de las fuerzas productivas sin cuestionar la propiedad privada. Pero llegado ese límite, la revolución nacional ya está saturada en sus posibilidades capitalistas y sólo dos caminos se le ofrecen: el del socialismo nacional, profundizando el proceso revolucionario o el freno al proceso revolucionario, intentando cualquier otra solución que, tarde o temprano, creará condiciones para el triunfo del imperialismo. Diversos indicios permiten señalar que el proceso está llegando ahora, en 1973, al borde mismo del punto en el cual se separan las aguas.

La crisis económica argentina, después de dieciocho años de Alsogarayes y Kriegers Vasenas, es muy profunda. La deuda externa marca récords nunca alcanzados y el drenaje por intereses, amortizaciones, utilidades y regalías resulta una carga abrumadora. La producción ganadera permanece, con su característico parasitismo, ajena al paso del tiempo, con un stock de animales levemente superior al de hace sesenta años, lo que obliga, para poder exportar,

a la restricción del consumo interno. La mayor parte de las riquezas del interior permanecen intocadas aún. La industria siderúrgica continúa en pañales. Existe un fabuloso déficit de vivienda. Y más de un millón de desocupados ambulan por el país. Ya no es tiempo de aspirinas. El enfermo pide un cirujano a gritos.

Pero a este panorama económico inquietante -especialmente si se recuerda el fracaso del frigerismo en el poder con su utopismo desarrollista- se suman cambios importantes en el movimiento nacional que otorgan a este proceso histórico rasgos y perfiles revolucionarios. Por un lado, la clase obrera mantiene su confianza en el líder del movimiento, pero no es la clase obrera virginal del 45, que hacía su primera experiencia política y entraba gozosa y desprevenida en el frente de clases. Los obreros han sufrido duramente en todos estos años y si bien no son propensos a aventuras petardistas, las privaciones, la infamia patronal, las huelgas vendidas por los gremialistas, el hambre, configuran una acumulación de rabia que ya explotó en varias asonadas populares del interior. La clase obrera en su mayoría aún acepta el nacionalismo democrático, pero vigila muy de cerca la experiencia que va a realizarse porque ella fue la que ganó la guerra y no está dispuesta a perder la paz. Ella fue la que en 1955 salió a jugarse frente a la metralla gorila y ella fue la que hizo la resistencia, ella la que intervino en el «cordobazo» y ella la que volcó sus votos masivamente el 11 de marzo. Ese gigante, con sus enormes brazos alrededor de la ciudad Capital, está callado y observa, pero puede echarse a andar en cualquier momento.

Por otra parte, ha surgido dentro del movimiento nacional un ala socialista y revolucionaria. Conferencias, diarios y libros de izquierda habían difundido sus ideas durante décadas, pero cuando quisieron trasladar esa ideología a

la realidad política, desde sus agitadores más activos hasta sus intelectuales más brillantes, fracasaron. En cambio, y como si la historia se complaciese en piruetas asombrosas, en el flanco del movimiento nacional ha surgido en los últimos tiempos una poderosa fuerza que ha llenado las calles y las plazas de la República vivando al «socialismo nacional». Después de tantas décadas, el socialismo brota ahora por primera vez en bocas juveniles y auténticamente revolucionarias en manifestaciones multitudinarias. No ya un socialismo ajeno, peón del imperialismo en el tablero político de la semicolonia, sino un socialismo que enlaza las reivindicaciones nacionales con la cuestión social, que se siente argentino y latinoamericano, que se expresa en movilizaciones de decenas de miles de militantes y que además, salvando una valla que nunca pudo franquear la izquierda antinacional, dialoga con la clase obrera. La abrumadora presencia de cartelones de FAP, FAR y Montoneros en el acto de Ezeiza del 20 de junio pasado sintetiza este hecho nuevo de la política argentina y demuestra al mismo tiempo un alto nivel de conciencia política, no sólo de la Juventud Peronista -de extracción predominantemente pequeño burguesa-, sino de amplios sectores obreros. A esto vienen a sumarse los replanteos tácticos y estratégicos llevados a cabo por las «organizaciones armadas» peronistas, con un alto grado de autocrítica y que los lleva a considerarse «un germen de vanguardia revolucionaria» y a sostener «que la clase obrera debe hegemonizar el frente antiimperialista». Esta confluencia del mayor grado de desarrollo teórico con la realización de movilizaciones masivas que denotan un creciente nivel organizativo prueban que el socialismo, como herramienta de revolución nacional y social, ha abandonado los anaqueles de las bibliotecas para pisar fuerte en las calles y caminos argentinos.

Otro elemento que prueba -por contraposición- este avance revolucionario está dado por la vigorización del ala derecha del movimiento nacional. También en la vereda de enfrente del socialismo, el nacionalismo democrático pierde pie y se hace reaccionario. Las increíbles solicitadas publicadas últimamente revelan hasta qué punto el nacionalismo reaccionario, con la simpatía del gorilismo oligárquico, se ha asentado en un flanco del movimiento nacional.

Las consignas contrapuestas -patria peronista o patria socialista- definen hoy dos concepciones diametralmente distintas que responden a su vez a antagónicos intereses. La burocracia gremial y sus aliados reaccionarios (López Rega, Osinde, C. de O, C. N. U., Alianza, etc.) al levantar la patria peronista lo que en realidad hacen es ocultar, bajo un lema enraizado en las grandes luchas del pueblo argentino, su defensa ardorosa de la patria capitalista. Su concepción del peronismo se reduce a algunos rasgos que éste tuvo en sus inicios -ayuda social, función social de la propiedad, etc.- y pretende congelarlo en esos caracteres de aquellos tiempos en que era posible conciliar el capital y el trabajo sin traicionar a los obreros. Por el contrario, los sectores más avanzados del movimiento afirman que el peronismo, para ser fiel a sí mismo, debe sostener ahora reivindicaciones socialistas. Es decir, no se es leal con la patria peronista del 45 defendiendo ese mismo programa treinta años después, cuando las condiciones históricas son distintas. La verdadera consecuencia consiste, por el contrario, en mantenerse al ritmo del proceso y profundizar las respuestas al par que la historia plantea nuevos interrogantes. La patria peronista de Miguel, Osinde y Norma Kennedy es la patria capitalista, la patria de Gelbard y la C.G.E. La patria peronista de la juventud y de los trabajadores más avanzados es la patria socialista.

La pretensión burocrática de congelar al peronismo en el pasado, resulta del agrado de «los gorilas» y obedece al terror que les inspiran, a unos y otros, las masas hoy y aquí, en la calle. Supone al mismo tiempo, el rechazo de la actualización doctrinaria propuesta por Perón. E implica, en última instancia, negar las raíces mismas del peronismo -mayoritariamente obrero desde 1945- cuya única posibilidad de desenvolvimiento histórico en 1973 es el camino al socialismo.

Basta comparar las circunstancias históricas actuales con las del 45 para comprender cuánta agua ha corrido bajo los puentes y cuan inútil es el intento de «inmovilizar» al movimiento en el pasado. Si en 1945 los hombres de las villas reclamaban casas, hoy reclaman sólo materiales y ayuda financiera, pues las casas las quieren hacer ellos. No desean recibir, quieren protagonizar. Si en aquellos tiempos los empleados «esperaban» el cambio de un funcionario, ahora ocupan las reparticiones y los desplazan en asambleas populares. Si dada su escasa experiencia, la clase trabajadora se sentía antes interpretada por los burócratas, ahora los repudia o los acepta transitoriamente como «mal necesario» para discutir problemas gremiales, pero nadie duda de que los autos coludos, los departamentos en Barrio Norte y los nenes en escuelas pagas, indican que «hay algo podrido en Dinamarca». Si en aquella época la pequeña burguesía estudiantil se dejó enredar por la política oligárquica y sirvió a sus fines, ahora se ha plegado en su mayor parte a las filas obreras y asume una posición en la que confluyen su nacionalización y su radicalización. Si treinta años atrás, «socialismo» era una palabra ajena a las manifestaciones peronistas, ahora han vibrado estadios de fútbol enteros al grito de «Ya va a llegar, ya va a llegar, el socialismo nacional», o «Perón, Evita, la patria socialista».

En este momento histórico, la Revolución Nacional agota ya sus posibilidades de desarrollo dentro del marco capitalista. La patria peronista -para ser económicamente libre, políticamente soberana y socialmente justa en 1973- no puede ya continuar respetando a la propiedad privada de las grandes estancias ni la explotación obrera en las grandes fábricas, sino que debe cuestionar al régimen desde sus raíces mismas, sin respetar esa propiedad privada cuyo sistema de expoliación nos ha conducido a la esclavitud económica, al vasallaje político y a la injusticia social. La patria peronista, con pactos sociales CGE-CGT, con empresarios modernos y bondadosos y muchas relaciones humanas, con participación obrera en las utilidades -tal cual la entienden los que hasta ayer fueron amigos de los generales servidores del Pentágono- sólo puede conducir a una nueva derrota nacional en beneficio de la oligarquía y del imperialismo. En cambio, así como el ser humano, a medida que crece, sigue siendo el mismo y al mismo tiempo es otro, la patria peronista sin renegar de sus caracteres -y asumiendo la tradición de aquella patria peronista del 45 pero sin pretender remedarla en condiciones históricas distintas- se afirma y se supera ella misma en la patria socialista. Y esto no es mera dialéctica: el que viene hablando desde hace varios años de Socialismo Nacional es Juan Domingo Perón.

e. Peronismo y socialismo nacional

En agosto de 1968, Perón afirmó en «La hora de los pueblos»: «Están los que siguen pensando que la solución reside en insistir en el sistema capitalista, los que piensan que la solución ha de ser el socialismo internacional dogmático

y los que creen que la verdadera solución depende de un socialismo nacional». Y agregó: «Frente a la caducidad insoslayable del capitalismo demoliberal, se puede predecir que el mundo será en el futuro socialista: los hombres dirán en cuál de sus acepciones».[61] En varias oportunidades posteriores y después de insistir en esa «caducidad insoslayable del capitalismo», Perón se definió en favor del «socialismo nacional». Es decir, coherente con su condición de Jefe del movimiento nacional de una semicolonia, Perón no adhiere a la deformación stalinista del socialismo cuyo internacionalismo oculta el socialchovinismo ruso que se expresa hoy en la «coexistencia pacífica». Y en cambio, da su adhesión al socialismo nacional por el cual debe entenderse aquel que posee un claro contenido antiimperialista, que por ende plantea la cuestión nacional como eje de la revolución, que desarrolla a partir de la resolución de esa cuestión nacional su concepción avanzada de reivindicaciones socialistas y que por otra parte arraiga profundamente en las condiciones nacionales elaborando su política en íntima ligazón con las especificidades del país semicolonial. Por eso sostendrá luego como línea política: «la liberación nacional en el camino del socialismo nacional».

Al mismo tiempo, Perón fundamenta su tesis de que «la integración de la América Latina es indispensable: el año 2000 nos encontrará unidos o dominados»[62], vigorizando así la concepción nacional del socialismo. Identidad de lengua y cultura, comunidad de territorio, de orígenes y de luchas marcan la necesidad de cumplir el sueño de nuestros Grandes Capitanes: unificar la Patria Grande,

61. JUAN D. PERÓN. «La hora de los pueblos», p. 188.
62. ídem. p. 190.

revirtiendo el proceso balcanizador llevado a cabo por el imperialismo.

Esta reelaboración ideológica de Perón resulta el coherente desarrollo y coronamiento de su nacionalismo democrático, colocado ya en el camino de negarse a sí mismo para superarse a su vez en el nivel revolucionario acorde con este momento histórico de agonía del capitalismo como sistema mundial.

En esa misma línea, otras voces se han sumado y se suman ahora a las del Jefe del Movimiento Nacional. Eva Perón, por ejemplo, no decía «el peronismo es revolucionario» sino «el peronismo será revolucionario o no será nada», lo que significa que si el peronismo tenía rasgos revolucionarios en la etapa nacional-democrática de los años cincuenta, el verdadero carácter revolucionario se expresaría en el futuro, cuando el movimiento cuestionase decididamente al capitalismo. Scalabrini Ortiz se definía, antes del golpe gorila de 1955, en favor de la formación de un grupo político con acento nacional y postulados socialistas y afirmaba: «El capital no fenece y por eso fundamentalmente es inhumano. "Humanizar el capital" significa a mi entender emplazarlo, transformarlo en mortal y perecedero como las cosas a las cuales está aplicado. La frase del General Perón entreabre un nuevo mundo de posibilidades técnicas y matemáticas en que parece factible una nueva relación entre los seres humanos».[63] Arturo Jauretche, por su parte, ha sostenido últimamente: «No tengo ninguna objeción que hacer al socialismo nacional, fuera de señalar el peligro de que lo primero oscurezca a lo segundo, lo de nacional... No podemos convertir la revolución de 1973

63. RAÜL SCALABRINI ORTIZ. «El capital, el hombre y la propiedad en la vieja y en la nueva Constitución».

en una simple restauración burocrática... Estas nuevas generaciones no tienen nada en común con los rezagos intelectuales de un pasado que, antes de ser muerto en el comido del 11 de marzo, había sido muerto en el pensamiento, a mano de los jóvenes. De ellos es esta revolución».[64] También J. J. Hernández Arregui se suma a estas opiniones: «La tesis de la socialización de la economía no es una teoría. Ella ha surgido de la violencia material, política y militar ejercida por el imperialismo sobre estos pueblos. En el caso argentino las ideas de un socialismo de raíces nacionales es la derivación inevitable de la gran experiencia peronista y el propio Perón no ha vacilado en los últimos tiempos en hablar de socialismo nacional, que en sí implica la negación del socialismo extranjerizante y colonizado que ha sido típico de estas tendencias, de espaldas al país y en definitiva aliadas del imperialismo inglés ayer y del angloyanqui hoy».[65] Y un auténtico revolucionario como John W. Cooke sostenía: «Los que piensan en conciliaciones entre las clases o en paternalismos equilibristas están al margen del tiempo, como los que hablan de corregir los "abusos" del capitalismo... El único nacionalismo auténtico es el que busque liberarnos de la servidumbre real: ése es el nacionalismo de la clase obrera y demás sectores populares y por eso la liberación de la Patria y la Revolución Social son una misma cosa...»[66]

Esta maduración revolucionaria del nacionalismo democrático hacia el socialismo nacional se encuentra íntimamente ligada a las modificaciones operadas en la sociedad (intensificación de la explotación que sufre la clase

64. ARTURO IAURETCHE. Revista «Cuestionario», julio 1973.
65. J. J. HERNÁNDEZ ARREGUI. «Primera Plana», 25-4-1972.
66. JOHN W. COOKE. «Che», 8-9-1961.

obrera, pauperización y radicalización de la clase inedia). Y sintetiza el fervor revolucionario que subyace latente en las masas argentinas y que estalló ya en varias oportunidades desde 1969 a la fecha. En este sentido, el breve período del gobierno del doctor Cámpora permitió verificar esa latencia revolucionaria que hoy vive en amplios sectores del pueblo argentino.

Héctor Cámpora, de extracción conservadora y cuya candidatura fue recibida fríamente por muchos revolucionarios, solamente con «dejar hacer» y abrir el juego para que el pueblo se expresase, se convirtió rápidamente en alguien que insólitamente expresaba algo nuevo, más aún, algo inquietante para oligarcas y burgueses. A pesar de su gabinete moderado y del «pacto social» que nada resolvió para los sectores de menores ingresos, se respiraba bajo su gobierno la sensación de que algo nuevo se estaba poniendo en marcha. Se trataba simplemente de que el pueblo empezaba a actuar, a protagonizar. Después de dieciocho años el trabajador y el estudiante se expresaban sin temor a la represión porque un ministro -no marxista, pero demócrata consecuente- quemaba los prontuarios y les recordaba a los policías que se había puesto fin a la tortura. Y un rector de la Universidad expulsaba de la cátedra a los abogados de los monopolios imperialistas, después de tantos años que la tribuna universitaria había estado al servicio del coloniaje. Desde abajo, se imprimía al proceso un ritmo avanzado y esa fuerza subversiva se expresaba aquí y allá señalando, más allá de los hombres de derecha que ocupaban resortes del poder, los atisbos de un camino nuevo. En las oficinas públicas, los funcionarios ineptos o corrompidos son literalmente echados por sus propios empleados. En muchas reparticiones se organizan mesas de trabajo y se reemplaza la rutina burocrática por la discusión

de problemas concretos vinculados a las tareas que se realizan. Grupos de amas de casa y de la Juventud Peronista controlan los precios exigiendo el cumplimiento de las leyes de abaratamiento. Los villeros se organizan y proponen planes concretos para resolver su problema de vivienda. Los estudiantes enjuician y reemplazan a profesores del régimen. Todas estas formas de democracia directa que Cámpora permitió poner en marcha revelaban claramente el estado de efervescencia popular. Para eso se había peleado durante tanto tiempo. Esta experiencia tan breve coronó en Ezeiza cuando millones de personas expresaron por abrumadora mayoría su apoyo al socialismo nacional y su consustanciación con **FAP, FAR** y Montoneros, expresiones armadas de esa guerra popular por la patria socialista. La metralla organizada por el nacionalismo reaccionario interrumpió ese día el proceso y otra vez la sangre revolucionaria, como en los últimos años, volvió a regar un camino argentino. Poco después, se precipitó la renuncia del presidente y vicepresidente de la Nación. El desplazamiento de Cámpora, aun cuando iba dirigido a facilitar la llegada de Perón al poder, produjo tristeza y desánimo en las masas. El pueblo le había otorgado su simpatía y el «gracias, Tío» escrito en las paredes resultaba como un apretón de manos amistoso y al mismo tiempo cómplice: gracias por la renuncia que favorecía a Perón y gracias por «haber dejado hacer». Ese día se abrió un interregno -que durará hasta la asunción del mando por Perón- en el cual quedó frenado el avance popular que se venía verificando.

Esos dos meses habían revelado, para quien **supiei** a verlo, el trasfondo revolucionario que va brotando de **las** raíces mismas del pueblo argentino. Con decisión para **ai 1 t** batar prácticamente a sus combatientes de las **cárceles** i I día 25 de mayo, con audacia para llegar a exigir la un un. **La**

en su propio despacho a un alto funcionario vinculado al frigerismo, con tremendas ganas de asumir por sí, de una vez por todas, la conducción de su propio destino, las masas acudían a su cita con la historia. Incluso cuando el telón cayó transitoriamente sobre este breve período popular, los trabajadores argentinos demostraron su madurez y su capacidad de organización: pocas veces en el mundo una caravana de millones de hombres y mujeres, ordenándose por sí misma, recorrió varios kilómetros por una carretera, embargada de rabia y de tristeza sin que se produjera el más mínimo disturbio ni accidente. Viéndola desde los caseríos cercanos, esa multitud en marcha hacía pensar en la Argentina que, más allá de las sombras que inundan el camino y a pesar de la hora de derrota que vivía, avanzaba sin vacilación, codo a codo como los soldados de Bolívar al cruzar los ríos, hacia un futuro que nadie le podrá arrebatar.

Ahora, octubre de 1973, la Revolución nacional-democrática recomienza su camino con la llegada de Perón al poder. Después de veintiocho años de aquel 17 de octubre en que la clase obrera nativa irrumpió en la historia argentina, vuelven los trabajadores, junto al ala radicalizada del movimiento, a retomar la senda revolucionaria. Los que aparezcan entonces levantando voces de prudencia y conciliación o pretendan compatibilizar la liberación nacional con la defensa del orden capitalista, serán sobrepasados por la marea popular.

No hay socialismo sin lucha antiimperialista porque no puede haber clase obrera victoriosa en un país derrotado. Pero no hay auténtica y verdadera liberación nacional si la clase obrera no acaudilla el frente antiimperialista y le otorga al proceso un contenido socialista. No hay a su vez liberación nacional de las patrias chicas sin unificación

en la Patria Grande de San Martín y Bolívar y no hay Patria Grande liberada sin socialismo nacional-latinoamericano.

Después de muchos años, se acerca la hora de la victoria de los trabajadores. Y esta revolución no se hará bajo la bandera de un socialismo desvinculado de la realidad argentina, alienado en procesos lejanos, sino que ella será posible a través de la teoría y la acción revolucionaria de un socialismo antiimperialista, hijo de nuestra realidad, heredero de nuestras luchas, latinoamericano, es decir, nacional. Pero si después de décadas hemos comprendido que el socialismo debe ser nacional, ello exige como condición fundamental que no amengüe en lo más mínimo su carácter de socialista.

Desplegando sus banderas revolucionarias los descendientes de los montoneros irrumpen de nuevo en la escena: por la revolución nacional para liberar al país del imperialismo opresor, por la revolución socialista para liberar a la clase obrera del yugo capitalista, por una América Latina liberada, unida y socialista.

Buenos Aires, octubre de 1973.

Apéndice

Reflexiones sobre los subcapítulos d y e del Capítulo V

En esos subcapítulos se abordan cuestiones que -veinticinco años después- obligan a profundizar el análisis. Una de ellas se refiere a la frustración de aquella marea revolucionaria que vivió la Argentina a partir del «Cordobazo». La otra se relaciona con la crisis sufrida por el socialismo, pocos años después, a nivel mundial.

1. La frustración del proceso revolucionario en la Argentina

Aquellos 49 días que duró la llamada «primavera camporista» parecían asegurar el rumbo hacia la construcción del Socialismo Nacional. «Chile/ Cuba/ el pueblo te saluda», «Se van, se van *¡y* nunca volverán» fueron cánticos que presidieron ese período de intensa movilización de masas. Los sectores más avanzados del campo popular cubrían las calles, las oficinas y las casas de estudio augurando los nuevos tiempos por venir. Pero por debajo del tremolar de las banderas victoriosas se ocultaban situaciones nuevas *y*

graves equívocos no fácilmente detectables en el frenesí del entusiasmo. La reflexión sobre algunos de ellos quizá pueda ayudarnos a entender las razones de nuestra derrota y de la contrarrevolución oligárquica y genocida que se implantó desde aquel nefasto 24 de marzo de 1976.

Un aspecto a considerar es el cambio de la situación latinoamericana. En el inicio de los 70 se había consolidado un corredor revolucionario sobre el Pacífico con el general Velazco Alvarado en el Perú, Juan José Torres en Bolivia y Salvador Allende, en Chile, mientras Cuba mantenía su antorcha como vanguardia liberadora y Torrijos, en Panamá, confrontaba con los yanquis. A su vez, los Tupamaros parecían hallarse en condiciones de tomar el poder en Uruguay, mientras el regreso de Perón a la Argentina resultaba inminente, después de **18** años de exilio y proscripción.

Tres años después, la situación había mutado profundamente. Velazco Alvarado encuentra dificultades para concitar la movilización popular (intento del SINAMOS), mientras la derecha conspira hasta que, aprovechando su enfermedad, lo desplazará en 1975. Por su parte, en Bolivia, en 1971, un golpe reaccionario dirigido por Banzer derrocó a Torres (quien será luego asesinado por la CIA en la Argentina) y más tarde, Allende muere en el «pinochetazo» del 11 de setiembre de 1973. A su vez, en Uruguay, el presidente Bordaberry cierra el Congreso instaurando un gobierno fuerte. En un breve lapso de tiempo, el imperialismo yanqui ha logrado destruir el contorno revolucionario de esa Argentina a la cual regresaba Perón, en plena alza de masas.

Ante esta situación, cabe suponer que el líder entendió que era preciso evitar audacias «apresuradas» y optó por moderar el ritmo transformador, preconizando, como Péneles en la antigua Grecia, «todo en su medida y armoniosamente». Así, decidió frenar abruptamente el vertiginoso

proceso que se venía desarrollando. Quienes no lo entendieron, siguieron su desenfrenada carrera e inevitablemente se estrellaron. Quizás pueda argüirse aquello que señalaba el viejo Ugarte: «Nada hay más peligroso que una revolución a medias» o recurriendo al argot futbolístico, que «la mejor defensa es un buen ataque». Pero lo cierto es que estos retrocesos latinoamericanos seguramente operaron sobre el anciano general que regresaba a su patria más dispuesto a trabajar como asesor por la unidad de la Patria Grande que a presidir aquella caldera hirviente que era la Argentina del 73.

Esta polémica acerca de cual era el ritmo más conveniente con que debía avanzar el proceso de Liberación Nacional se encuentra indisolublemente ligada al disenso entre el General Perón y la cúpula de la organización Montoneros, sostenido en Roma, en abril de 1973. Hoy se conocen los términos de esa conversación donde Montoneros se presenta ante el General con pretensiones de coconducir el movimiento. Para ello, le entregan una lista de 300 funcionarios a designar en el nuevo gobierno, propuesta que asombra y molesta a Perón, para quien la verticalidad y la unidad de mando eran formas de conducción indiscutibles. En ese listado, los jóvenes cometen un error imperdonable: postulan para ministro o asesor de Economía al radical Roque Carranza, partícipe del atentado terrorista producido el 15 de abril de 1953, en Plaza de Mayo, que provocó la muerte de siete militantes peronistas.

En esa propuesta va implícito el error de Montonero respecto a quién es Perón y la confusión acerca de la propia política que preconizan en sus cánticos. En verdad, ellos no se proponen encabezar a los trabajadores, alcanzando influencia por sí mismos, por su arrojo, por su militancia, por sus ideas socialistas, elevando el nivel de conciencia de

la clase más allá del nacionalismo democrático, para desarrollar una fuerza capaz de hegemonizar el frente antiimperialista en camino al socialismo. Proceden, en cambio, como nacionalistas revolucionarios, que pretenden coconducción con el General, como expresión de la pequeña burguesía. Por supuesto, su proyecto era proseguir y profundizar «la primavera camporista», es decir: democracia, antiimperialismo, unidad latinoamericana, protagonismo popular. Pero se proponían desarrollarlo como integrantes del movimiento peronista y de allí que su vinculación con los trabajadores se produzca en nombre de Perón, posición correcta respecto a la que toma el ERP cuya incomprensión del peronismo le crea un abismo con los obreros, pero también gran limitación para el desarrollo de una conciencia socialista. Los trabajadores aceptan a estos jóvenes porque son «hombres de Perón» -suponiendo que con el General y «sus muchachos» reeditarán el 45-, pero ese ascendiente -«de prestado»- se debilita cuando «la juventud maravillosa» entra en contradicción con el jefe del movimiento, jefatura que tiene una larga historia, desde el gobierno y desde el exilio.

Esto permite sostener que, más allá de sus referencias al socialismo nacional, la Jotapé-Montoneros son nacionalistas revolucionarios, por eso están dentro del peronismo y por eso van a conversar con Perón con propósitos de compartir la conducción del movimiento.

En esa decisiva reunión, realizada en Roma, Perón les explica que el gran problema de las organizaciones armadas se produce cuando se logra el triunfo y hay que hacer política, subordinando los fusiles. Allí, intenta someterlos a su verticalidad y les asegura que «el futuro es de ellos», pero que, en el presente 1973, deberán capacitarse y por ahora sería conveniente que se pusieran al frente de la

Fundación Eva Perón para adquirir experiencia. Para conducir, entiende el General, está él, que ha logrado superar largamente el sesenta por ciento de los votos en la última elección, aunque los jóvenes puedan aducir que esas elecciones se produjeron, por lo menos en parte, porque ellos arriesgaron la vida en la pelea contra la dictadura.

Lo cierto es que Perón y la conducción montonera no se conocían hasta esa reunión de Roma y siguieron sin comprenderse, en un equívoco recíproco y trágico. El General creía posible someterlos a su verticalidad, como a una vanguardia o «formación especial» que ya había cumplido exitosamente su misión y debería desarmarse, por tanto, y volver a las filas para el nuevo tipo de tareas a realizar. Ellos, a su vez, carecían de la experiencia acerca de Perón en el gobierno, como jefe de un movimiento policlasista que manejaba a través de una conducción pendular y consideraban que se habían ganado el derecho a coconducir con quien había sido el jefe único durante 30 años, exclusividad que ni Scalabrini Ortiz, ni Jauretche, ni siquiera Cooke, habían cuestionado.

Perón quería reeditar el 45 porque él mismo era producto del 17 de octubre y de «la comunidad organizada» y no se proponía ir más allá. Probablemente también porque comprendía que el cerco imperialista sobre la Argentina -en el caso de transformaciones rápidas y profundas- le crearía un destino similar al de Juan José Torres o Salvador Allende. Por otra parte, el General había dicho sabiamente, en 1971: «Yo voy a volver a la Argentina, pero me parece que para mí será demasiado tarde... y para los jóvenes... será demasiado temprano». Además, ese hombre de ochenta años (había nacido en 1893 y no en 1895), con su salud quebrantada, sin apoyo casi en el Ejército, aceptando a una burocracia sindical que lo alejaba de los trabajadores, no

se encontraba en las mejores condiciones para una lucha frontal y decisiva contra el imperialismo. Esa había sido, en definitiva, la obra maestra de la oligarquía: no sólo derribarlo en 1955, sino impedir su regreso durante tantos años para que se concretase justamente -«demasiado tarde»- cuando era necesaria la mayor energía y la mayor audacia revolucionaria para retomar la película interrumpida en el 55 y avanzar por los caminos del socialismo nacional. Estos factores confluyeron para provocar el giro de Perón, a partir de Ezeiza, tomando distancia de la Juventud y dejando que los antagonismos internos de su movimiento se dirimiesen a balazos, ya que resultaba imposible arbitrarlos, como antes, en el campo de la política. En este gravísimo disenso, los Montoneros cometieron errores garrafales -el mayor fue seguramente «el operativo Rucci»- dinamitando los puentes entre ellos y el General.

Sin embargo, a pesar de su ruptura con «la juventud maravillosa», el peronismo gobernante adoptó, en ese período del año 73 y los primeros seis meses del 74, algunas medidas que marcaron diferencias claras respecto a los gobiernos que le antecedieron y le sucedieron. Aún en pleno enfrentamiento con su ala izquierda, Perón retomó importantes banderas del 45: nacionalización de los depósitos bancarios, renacionalización de varios bancos, recupero de la mayor parte del comercio exterior para el Estado, ampliación del comercio e inversiones con los países socialistas, reducción de la deuda externa, aplicación de precios máximos, proteccionismo industrial, intento de avanzar sobre la renta agraria diferencial con el impuesto a la renta normal potencial de la tierra, modificación de la distribución del ingreso a favor de los trabajadores y especialmente, ruptura del embargo impuesto por los Estados Unidos a Cuba, con envío de vehículos y otorgamiento de crédito. Que en líneas

generales se trataba de una política nacional no cabe duda; que era insuficiente, tampoco. El gremialista textil Adelino Romero se lo dijo a Perón: «Preferimos perder con usted a ganar con otro», lo cual significaba reconocer que las expectativas populares estaban lejos de ser colmadas, aunque ello no mellaba la lealtad al líder. Perón, por su parte, aducía que el peronismo había recibido un país devastado y dependiente y que para una política consecuente de liberación, primero debería reconstruirse, confiando en que se lograría a través del Plan Trienal elaborado por el equipo de Gelbard.

La comunidad organizada y la conducción bonapartista habían funcionado muy bien a partir de 1946, pero ahora encontraban obstáculos difíciles de superar. Con largos años sobre sus espaldas, edemas pulmonares e infartos, el octogenario líder intentó mantener la cohesión del movimiento y avanzar, según lo planteó en el discurso del 12 de junio del 74: «Yo vine al país para lanzar un proceso de liberación nacional y no para consolidar la dependencia». Asimismo, criticó a «algunos diarios oligarcas» y señaló que el enemigo está preocupado por «nuestras conquistas. .. Ellos se dan cuenta de que hemos nacionalizado los factores básicos de la economía y que seguiremos en esa tarea sin xenofobia, pero hasta no dejar ningún engranaje decisivo en manos extranjeras».

¿Era posible hacerlo cuando los antagonismos internos minaban la cohesión del movimiento? ¿Era posible concretarlo cuando el sector más dinámico y movilizador del frente, en esos años, había entrado en dura confrontación con el líder? Pocos días después, intentó recomponer la relación con la Jotapé-Montoneros, pero ya era tarde. Murió el primero de julio de 1974 y la congoja se apoderó de los sectores populares. El nivel de conciencia de la abrumadora

mayoría de los trabajadores no había superado los límites del nacionalismo democrático. Aquellos que habíamos diagnosticado ligeramente que si Perón no avanzaba audazmente cuestionando la propiedad sería sobrepasado por las masas, habíamos expresado sólo deseos e ilusiones que nada tenían que ver con la clase trabajadora real.

A partir de allí, los antagonismos internos se exacerbaron agrietando las columnas tradicionales que sostenían al peronismo y al poco tiempo, el desbarranque culminó en la gran frustración expresada en la impotencia de Isabel y la represión sanguinaria de López Rega, creando condiciones que el enemigo supo aprovechar. Así, llegó el golpe militar que sembró muerte, terror y hambre, en esos años sombríos en que el campo popular quedó fragmentado, confundido, perseguido, con gran parte de sus cuadros y militantes aniquilados. Aquello que se había manifestado como un «un proceso de liberación nacional en camino al socialismo nacional» fue aniquilado a sangre y fuego por una clase dominante aliada al imperialismo, aterrorizados ambos por la osadía de aquella marea social impresionante que se había iniciado con el Cordobazo, en 1969. Y hubo campos de concentración, vuelos de la muerte, fusilamientos y torturas como escarmiento ante la osadía popular.

2. La crisis del socialismo

La otra gran cuestión sobre la que debemos reflexionar se produce algunos años después y se refiere al Socialismo. El fracaso de la URSS, con su perestroika y el derrumbe del muro de Berlín le dieron a la derecha, a nivel mundial, la gran ocasión para proclamar el fracaso del socialismo. Por entonces, se divulgaron las tesis del «Fin de la historia»,

«el fin de las ideologías» y la implantación del pensamiento único. El marxismo fue vituperado, difamado, caracterizado como anticientífico. Profesores y académicos se apartaron de esa concepción ante el fracaso del llamado socialismo real. La derecha llevó a cabo una de sus maniobras de inteligencia más contundentes: el marxismo había muerto. Se había probado que el capitalismo, al cual podían reconocérsele algunos defectos, era sin embargo el único sistema posible porque, en definitiva, respondía a la naturaleza egoísta y competitiva del hombre. (En un ensayito, publicado en 1996, bajo el título «El socialismo que viene», refutamos a algunos de estos sabihondos profesores, estilo Fukuyama o Lipovestky)

Sin embargo, la verdad era otra: el derrumbe de la experiencia soviética sólo podía explicarse, precisamente, a través del marxismo. Ya años atrás, León Trotsky había analizado de qué modo las condiciones específicas en que se produce la revolución rusa (bajísimo nivel de las fuerzas productivas, intervenciones extranjeras en su territorio, pérdida de los mejores cuadros políticos durante el conflicto bélico, frustración de los procesos revolucionarios en Alemania, Italia y Hungría, como asimismo la muerte de Lenin) habían generado una burocracia y cómo ella, aún manteniendo la colectivización, se apropiaba de privilegios, «rusificaba» a la Internacional y se tornaba nacionalista y contrarrevolucionaria, a través de la teoría «del socialismo en un solo país» desarrollada por Stalin. De allí deducía Trotsky, en su libro «La revolución traicionada», la posibilidad de la restauración capitalista en la URSS: «Dos tendencias contrarias surgen de la entraña del régimen soviético: en la medida en que en contraste con un capitalismo decadente, (la URSS) desarrolla las fuerzas productivas, prepara la base económica del socialismo. En la medida

en que, en beneficio de un estrato superior, da expresión cada vez más extrema a las normas burguesas de distribución, prepara la restauración capitalista... La evolución de las contradicciones acumuladas puede ir a parar al socialismo o lanzar a la sociedad hacia el capitalismo... La contrarevolución en marcha hacia el capitalismo deberá romper la resistencia de los obreros; los obreros, marchando hacia el socialismo, deberán derribar a la burocracia». Es decir, a principios de los años treinta, el desterrado Trotsky comprende que la deformación producida en la revolución, con la burocracia contrarrevolucionaria y la teoría del «socialismo en un solo país», conducen a una bifurcación de caminos: o los trabajadores avanzan en una revolución democrática que destruya a la burocracia o ésta restaura el capitalismo convirtiéndose en burguesía. Sesenta años después se produciría el derrumbe, pero liberales y fascistas -sin comprenderlo ni explicarlo- sólo aprovecharon para decir: El socialismo ha fracasado, el marxismo ha muerto. De intento, ignoraban que era el propio marxismo, a través de una de sus mayores figuras, quien había alertado sobre esa posibilidad . Asimismo, a ninguno de esos políticos, seudointelectuales y periodistas del sistema se les ocurrió señalar que el proceso contrarrevolucionario sufrido en Francia en las primeras décadas del siglo XIX, no deslegitimaba de manera alguna a la revolución del 89 ni a los Derechos del Hombre que ésta había enarbolado. De idéntica manera, el derrumbe del socialismo en la URSS no significaba el fin del socialismo, sino solamente la frustración de un proceso que se dio en condiciones muy distintas a las previstas.

Pero los escribas no le pueden hacer trampas a la Historia, vieja picara que últimamente se ha preocupado por recuperar las banderas del socialismo, sacándolas de las

sombras y catapultándolas a los discursos de alguno líderes revolucionarios.

Así como los viejos problemas perduran, el socialismo recobra fuerzas para definir un camino. ¿Es posible, en los procesos de liberación nacional de colonias y semicolonias, que una burguesía nacional impulse el desarrollo de un capitalismo autónomo? ¿Existe acaso esa burguesía nacional con conciencia antiimperialista? ¿O se trata de empresarios trasnacionalizados por la globalización, desinteresados de sus mercados internos? ¿Cómo responder entonces a los reclamos de los sectores populares?

Así ocurre que la palabra maldita -«socialismo»- ha comenzado a circular nuevamente, en los últimos años, en los países oprimidos. En América Latina no sólo Cuba resulta ejemplo con su excepcional sistema educativo y sanitario, sino que, en otros países, los movimientos populares ya están hablando del «Socialismo del Siglo XXI».

¿Cuál es su significado? El mismo que sostuvimos años atrás: antiimperialista, nacional, expresión real de los reclamos populares, participativo, no burocrático. El Movimiento al Socialismo de Evo Morales en Bolivia, el socialismo bolivariano del comandante Chavez en Venezuela y el socialismo cristiano de Correa, en Ecuador o de Lugo, en Paraguay han reivindicado la palabra maldita, la palabra silenciada durante varios años en los medios de comunicación. Y esto se produce justamente cuando el capitalismo mundial cruje en una de sus crisis más profundas. Otra vez el socialismo se ha puesto a transitar por las rutas fangosas de los países oprimidos, como aquel viejo fantasma que Marx veía recorrer a Europa a mediados del siglo XIX. Pero no es el socialismo rosado y conciliador de la socialdemocracia europea, sino un socialismo que brota de las raíces mismas de los pueblos oprimidos y que necesariamente debe ser

participativo, antiburocrático, expresión de la realidad profunda de cada país, es decir, nacional.

Antes, para diferenciarlo de la vieja izquierda colonizada lo llamamos «socialismo nacional»; ahora, puede que se difunda como «socialismo del siglo XXI» pues bajo esa denominación avanza en varios países, ensamblando su bandera con las de la liberación y unificación de la Patria Grande Latinoamericana.

Esta es la causa, estimado lector, por la cual decidimos reeditar este libro.

Mayo 2009

Indice

Prólogo I *Gustavo Battistoni* 9

Prólogo del autor 11

Capítulo 1

a. Liberalismo y socialismo 17
b. El socialismo científico 20
c. Socialismo y antisocialismo 25

Capítulo 2

a. Socialismo e internacionalismo en la etapa del capitalismo competitivo 29
b. Socialismo y nacionalismo reaccionario en la etapa imperialista 35
c. Socialismo antinacional en la Argentina 41

Capítulo 3

a. Socialismo y nacionalismo antiimperialista en las colonias y semicolonias 49
b. Los orígenes del socialismo nacional en la Argentina 56
c. Socialismo nacional y nacionalismo democrático 60

d. Socialismo nacional y nacionalismo reaccionario.....64
e. Socialismo nacional y nacional-socialismo.....70

Capítulo 4-
a. Socialismo y cuestión nacional en la revolución Rusa.....75
b. Socialismo nacional e internacionalismo proletario.....77
c. Socialismo nacional y socialismo en un solo país.....81
d. El stalinismo en la Argentina.....90
e. Variantes izquierdistas y cuestión nacional.....97

Capítulo 5
a. Peronismo y revolución nacional-democrática.....107
b. De la revolución nacional a la revolución socialista.....114
c. Los límites del nacionalismo democrático.....119
d. Patria peronista o patria socialista.....125
e. Peronismo y socialismo nacional.....128

Apéndice.....137